



CLARICE LISPECTOR, *La búsqueda de la dignidad* • ROY SIGÜENZA, *Apuntes de viaje a Nurdu*
CAMILA SOSA VILLADA, Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2020
FAUSTO RAMOS, *El escriba de Angostura*

Todas nuestras revistas digitales y algunos e-books gratuitos los encuentras en:

www.casadelacultura.gob.ec/postpublicaciones/



CCE
BENJAMÍN
CARRIÓN

Neruda, 50 años del Nobel

Faltan pocos meses para que se conmemore los cincuenta años de concedido el Premio Nobel a Pablo Neruda por ser «autor de una poesía que, con la acción de una fuerza elemental, da vida al destino y los sueños de un continente».

Pero no se trata solo de un continente, Neruda es uno de los mayores poetas de todos los tiempos en las letras hispanas.

En una nota de Editorial Planeta, «la trayectoria del poeta configura, a la vez que la evolución de un intelectual militante, una de las principales aventuras expresivas de la lírica castellana».

Un minucioso trabajo de la Fundación Pablo Neruda, de conservación y preservación de la obra del poeta, posibilitó encontrar algunos poemas inéditos que solo fueron publicados en 2014, y que nosotros iremos entregando para que todos quienes aman la poesía de Neruda tengan un poco más del amor y la dulzura nacidos como vino y como flor de la pluma del poeta.

tus pies toco en la sombra, tus manos en la luz,
y en el vuelo me guían tus ojos aguilares
Matilde, con los besos que aprendí de tu boca
aprendieron mis labios a conocer el fuego...*



Camilo Restrepo Guzmán

* Del libro: *Tus pies toco en la sombra y otros poemas inéditos*



NÚMERO CINCUENTA · ABRIL 2021

PRESIDENTE
Camilo Restrepo Guzmán

DIRECTOR
Patricio Herrera Crespo

EDITOR
Patricio Viteri Paredes

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
Jorge Basilago, Yuliana Marcillo,
Cristina Morales Ruiz, Fausto
Ramos, Antonio Sacoto, Roy
Sigüenza, Carmen Váscones,
Rodrigo Villacís.

EDICIÓN DE TEXTOS
Katya Arfieda

DISEÑO
Tania Dávila L.

PORTADA
Tarasieh Werle-Vahdat



Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión
Dirección de Publicaciones

Avs. 6 de Diciembre 116-224 y Patria
Telf.: 2565-808 Ext. 463
gestion.publicaciones@casadelacultura.gob.ec
www.casadelacultura.gob.ec
Quito-Ecuador

#Casapalabras



@casapalabras.cce



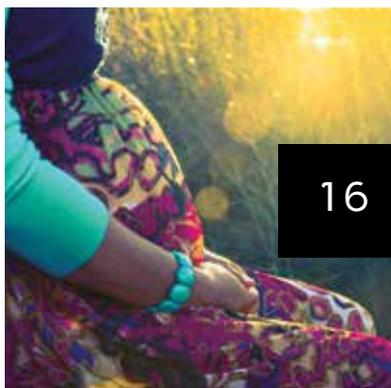
casapalabras_cce



www.issuu.com



casapalabras.cce.ec@gmail.com



03 *La búsqueda de la dignidad*, relato de la gran escritora brasileña Clarice Lispector, a 100 años de su nacimiento.

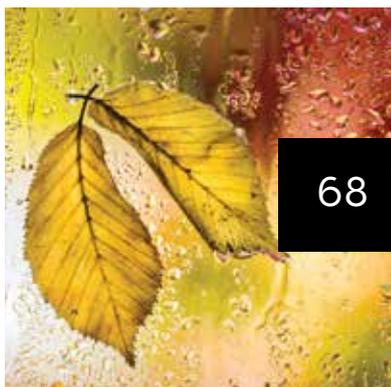
12 Roy Sigüenza, poeta ecuatoriano de larga trayectoria, nos presenta su poema *Apuntes de viaje a Nurdu*.

16 *Hueso duro*, legendario relato del escritor peruano Cronwell Jara.

24 Poemas de Camila Sosa Villada, escritora argentina que obtuvo el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2020.

30 Dos capítulos de la novela *El escriba de Angostura*, del escritor ecuatoriano Fausto Ramos.

40 *El hueco*, cuento de la escritora colombiana Pilar Quintana, Premio Alfaguara de Novela 2021.



44 La poesía del polaco Adam Zagajewski, fallecido hace poco, Premio Princesa de Asturias de las Letras 2017.

48 Fragmento de la novela *La travesía*, de la escritora argentina Luisa Valenzuela, Premio Carlos Fuentes 2019.

54 Jorge Basilago examina la vida y obra del gran músico argentino Astor Piazzolla, a 100 años de su nacimiento.

58 Los versos de Benjamín Prado, laureado poeta español.

64 Entrevista de la escritora Yuliana Marcillo al poeta ecuatoriano Pedro Rosa Balda, a raíz de la publicación de su último libro, *Peso pluma*.

68 Cristina Morales Ruiz presenta el poemario *F(h)ilos de agua*, de Carmen Váscones, y nos muestra una selección de los poemas.



72 Presentación de los dos primeros tomos de la *Biblioteca de la Independencia*, colección en homenaje al Bicentenario de la Independencia del Ecuador que la realizan conjuntamente la Casa de la Cultura y la Academia de Historia.

74 Entrevista de Rodrigo Villacís a la artista iraní-ecuatoriana Tarasieh Werle-Vahdat.

80 Reseña de Antonio Sacoto sobre la novela *La isla de los gatos negros (Galápagos)*, de Gustavo Váscones Hurtado.

85 Presentación del libro *Dibujando la geografía de la Patria*, editado por la CCE, que recoge la obra de 24 artistas de las 24 provincias del país.

86 Homenaje a Pablo Rodríguez, investigador del rock ecuatoriano, gestor cultural y periodista fallecido hace poco.





Clarice Lispector

(1920-1977)

Una de las más importantes escritoras del siglo XX y quien marcó un antes y un después en la literatura brasileña.

A 100 AÑOS DE SU NACIMIENTO

La búsqueda de la dignidad

■ Clarice Lispector



La señora de Jorge B. Xavier simplemente no sabía decir cómo había entrado. Por la puerta principal no fue. Le parecía que vagamente soñadora había entrado por una especie de estrecha abertura en medio de los escombros de la construcción en obras, como si hubiera entrado de soslayo por un agujero hecho solo para ella. El hecho es que cuando se dio cuenta, ya estaba adentro.

Y cuando se dio cuenta, advirtió que estaba muy, muy adentro. Caminaba interminablemente por los subterráneos del estadio de Maracaná, o por lo menos le parecían cavernas estrechas que daban a salas cerradas y, cuando se abrían, las salas solo tenían una ventana que daba al estadio. Este, a aquella hora oscuramente despierto, reverberaba al extremo sol de un calor inusitado para aquel día de pleno invierno.

Entonces siguió por un corredor sombrío. Este la llevó igualmente a otro más sombrío. Le pareció que el techo de los subterráneos era bajo.

Y he aquí que este corredor la llevó a otro que la llevó a su vez a otro.

Dobló el corredor desierto. Y entonces cayó en otra esquina. Que la llevó a otro corredor que desembocó en otra esquina.

Entonces continuó automáticamente entrando en corredores que siempre daban a otros corredores. ¿Dónde estaría la sala principal? Pues con esta encontraría a las personas con quienes fijara la cita. La conferencia quizás ya habría comenzado. Iba a perderla, justamente ella que se esforzaba en no perder nada de cultural porque así se mantenía joven por dentro, ya que por fuera nadie adivinaba que tenía casi setenta años, todos le daban unos cincuenta y siete.

Pero ahora, perdida en los meandros internos y oscuros de Maracaná, ya arrastraba pies pesados de vieja.

Fue entonces cuando súbitamente encontró en un corredor a un hombre surgido de la nada y le preguntó por la conferencia que el hombre dijo ignorar. Pero

ese hombre pidió información a un segundo hombre que también surgió repentinamente al doblar el corredor.

Entonces este segundo hombre informó que había visto cerca de los asientos de la derecha, en pleno estadio abierto, a «dos damas y un caballero, una de rojo». La señora Xavier dudaba que esas personas fueran al grupo con el que ella debía encontrarse antes de la conferencia y, en realidad, ya había olvidado el motivo por el cual caminaba sin parar. De cualquier modo siguió al hombre rumbo al estadio, donde se detuvo ofuscada en el espacio hueco de luz ancha y mudez abierta, el estadio desnudo, desventrado, sin balón ni fútbol. Además, sin gente. Había una multitud que existía por el vacío de su ausencia absoluta.

¿Las dos damas y el caballero ya habrían desaparecido por algún corredor?

Entonces, el hombre dijo con un desafío exagerado:

—Pues voy a buscarlas para usted y encontraré a esas personas de cualquier manera, no pueden haber desaparecido en el aire.

Y, en efecto, ambos las vieron de muy lejos. Pero un segundo después volvieron a desaparecer. Parecía un juego infantil en que carcajadas amordazadas se reían de la señora de Jorge B. Xavier.

Entonces entró con el hombre en otros corredores. Hasta que el

De cualquier modo siguió al hombre rumbo al estadio, donde se detuvo ofuscada en el espacio hueco de luz ancha y mudez abierta, el estadio desnudo, desventrado, sin balón ni fútbol. Además, sin gente. Había una multitud que existía por el vacío de su ausencia absoluta.



hombre también desapareció en una esquina.

La señora desistió ya de la conferencia que en el fondo poco le importaba. Lo que quería era salir de aquella maraña de caminos sin fin. ¿No habría puerta de salida? Entonces sintió como si estuviera dentro de un ascensor descompuesto entre un piso y otro. ¿No habría puerta de salida?

Fue entonces cuando súbitamente se acordó de las palabras informativas de la amiga, por teléfono: «Queda más o menos cerca del estadio de Maracaná». Frente a ese recuerdo compren-

dió su engaño de persona tonta y distraída que solo escucha las cosas por la mitad, y la otra queda sumergida. La señora Xavier era muy distraída. Entonces, pues, no era en Maracaná el encuentro, era cerca de allí. Entretanto, su pequeño destino la tenía perdida en el laberinto.

Sí, entonces la lucha recomenzó peor todavía: quería salir por fuerza de allí y no sabía cómo ni por dónde.

Y de nuevo apareció en el corredor aquel hombre que buscaba a las personas y que otra vez le aseguró que las encontraría

porque no podían haber desaparecido en el aire. Él dijo:

—¡La gente no puede desaparecer en el aire!

La señora informó:

—No hay necesidad de que se incomode buscando, ¿sabe? Gracias, igual. Porque el lugar donde debo encontrar a esa gente no es Maracaná.

El hombre dejó de andar inmediatamente y la miró, perplejo:

—Entonces, ¿qué hace usted por aquí?

Ella quiso explicar que su vida era así mismo, pero ni siquiera sabía qué quería decir

con «así mismo», ni con «su vida», de modo que nada respondió. El hombre insistió en la pregunta, entre desconfiado y cauteloso: ¿qué estaba haciendo allí? Nada, respondió solo con el pensamiento la mujer, ya a punto de caer de cansancio. Pero no le respondió, le dejó creer que estaba loca. Además, ella nunca se explicaba. Sabía que el hombre la creía loca —y quizás lo fuera—, pues sentía aquella cosa que ella llamaba «aquello» por vergüenza. Aunque también tenía la llamada salud mental tan buena que solo podía compararla con su salud física. Salud física ahora destrozada, pues arrastraba los pies de muchos años de camino por el laberinto. Su vía crucis. Estaba vestida de lana muy gruesa y sofocada y sudada con el inesperado calor de un auge de verano, ese día de verano que era un vicio de invierno. Le dolían las piernas, le dolían con el peso de la vieja cruz. Ya estaba resignada de algún modo a no salir nunca del Maracaná y a morir allí con el corazón exangüe.

Entonces, como siempre, solo después de desistir de las cosas deseadas, estas ocurrían. Lo que se le ocurrió de repente fue una idea: «Soy una vieja loca». ¿Por qué en vez de continuar preguntando por las personas que no estaban allí, no buscaba al hombre y le preguntaba cómo se salía de los corredores? Porque lo que quería era solo salir y no encontrarse con nadie.

Encontró finalmente al hombre, al doblar una esquina. Y le habló con la voz un poco trémula y ronca por el cansancio y el miedo de que la esperanza fuera vana. El hombre, desconfiado, estuvo de acuerdo rápidamente

con que ella se fuera a su casa y le dijo, con cuidado:

—Parece que usted no está muy bien de la cabeza, quizás sea el calor extremo.

Dicho esto, el hombre simplemente entró con ella en el primer corredor y en la esquina aparecieron dos largos portones abiertos. ¿Solo eso? ¿Era tan fácil?

Tan fácil.

Entonces ella pensó que solo para ella se había vuelto imposible hallar la salida. La señora Xavier estaba un poco asustada y al mismo tiempo, acostumbrada. En cierto sentido, cada uno tenía su propio camino a recorrer interminablemente, formando esto parte del destino, en el que ella no sabía si creía o no.

Pasó un taxi. Lo mandó detenerse y dijo, controlando la voz que estaba cada vez más vieja y cansada:

—Oiga, no sé bien la dirección, la olvidé. Pero sé que la casa queda en una calle (solo recuerdo que se llama «Guzmán») y que hace esquina con una calle que si no me equivoco se llama Coronel no sé qué.

El conductor fue paciente como con una niña:

—Pues entonces no se preocupe, vamos a buscar tranquilamente una calle que tenga Guzmán en el medio y Coronel en el fin —dijo, volviéndose hacia atrás con una sonrisa y guiñándole un ojo de complicidad que parecía indecente. Partieron con una sacudida que le estremeció las entrañas.

Entonces, súbitamente, reconoció a las personas que buscaba y que se encontraban en la acera de enfrente, junto a una casa grande. Era como si la finalidad fuese llegar y no escuchar la con-

ferencia que a esa hora estaba olvidada, pues la señora Xavier había olvidado su objetivo. Y no sabía por qué había caminado tanto.

Estaba cansada más allá de sus fuerzas y quiso irse, la confidencia era una pesadilla. Entonces le pidió a una mujer importante y vagamente conocida que tenía auto con chofer que la llevara a su casa porque no se sentía bien con aquel calor tan raro. El chofer llegaría dentro de una hora. Entonces se sentó en una silla que había en el corredor, se sentó muy tiesa con su cinturón apretado, lejos de la cultura que se desarrollaba enfrente, en la sala cerrada. De la cual no salía sonido alguno. Poco le importaba la cultura. Allí estaba, en los laberintos de sesenta segundos y de sesenta minutos que la conducirían a una hora.

Entonces la mujer importante vino y le dijo que el auto estaba en la puerta, pero que le informaba que, como el chofer había avisado que iba a tardar mucho, en vista de que la señora no lo estaba pasando bien, paró al primer taxi que vio. ¿Por qué ella no había tenido la idea de llamar un taxi, en lugar de estar dispuesta a someterse a los meandros del tiempo de espera? Entonces, la señora de Jorge B. Xavier se lo agradeció con extrema delicadeza. Ella siempre era muy delicada y educada. Ya en el taxi, dijo:

—Leblon, por favor.

Tenía la cabeza hueca, le parecía que su cabeza estaba en ayunas.

Al poco notó que andaban y andaban pero que otra vez terminaban por regresar a una misma plaza. ¿Por qué no salían de allí? ¿Otra vez no había camino de

salida? El conductor acabó confesando que no conocía la zona Sur, que solo trabajaba en la zona Norte. Y ella no sabía cómo enseñarle el camino. Cada vez le pesaba más la cruz de los años y la nueva falta de salida solo renovaba la magia negra de los corredores de Maracanã. ¡No había modo de librarse de esa plaza! Entonces el chofer le dijo que tomara otro taxi, y hasta llegó a hacerle una señal a otro que pasó a su lado. Ella se lo agradeció comedidamente, era ceremoniosa con la gente, aun con los conocidos. Era muy gentil. En el nuevo taxi, dijo tímidamente:

—Si no le incomoda, vamos a Leblon.

Y simplemente salieron enseñada de la plaza y entraron en nuevas calles.

Fue al abrir con la llave la puerta del apartamento cuando tuvo el deseo, ganas, mentalmente y con la imaginación, de sollozar en voz alta. Pero no era persona de sollozar ni de protestar. De paso le avisó a la criada que no iba a atender el teléfono. Fue directamente a su habitación, se quitó toda la ropa, tragó una pastilla sin agua y esperó a que diera resultado.

Mientras tanto, fumaba. Se acordó de que era el mes de agosto y pensó que agosto daba mala suerte. Pero septiembre llegaría un día como puerta de salida. Y septiembre era por algún motivo el mes de mayo: un mes más leve y más transparente. Pensando en eso, la somnolencia finalmente llegó y se adormeció.

Cuando despertó, horas después, vio que llovía una lluvia fina y helada, hacía un frío de lámina de cuchillo. Desnuda en la cama se congelaba. Le pareció

muy curiosa la idea de una vieja desnuda. Se acordó de que había planeado la compra de un chal de lana. Miró el reloj: todavía podía encontrar la tienda abierta. Cogió un taxi y dijo:

—Ipanema, por favor.

El hombre le dijo:

—¿Cómo? ¿Al Jardín Botánico?

—Ipanema, por favor —repetió ella, bastante sorprendida. Era el absurdo del desencuentro total: ¿qué había en común entre las palabras «Ipanema» y «Jardín Botánico»? Pero otra vez pensó vagamente que «su vida era así».

Hizo la compra rápidamente y se vio en la calle oscura sin tener nada que hacer. Pues el señor Jorge B. Xavier había viajado a Sao Paulo el día anterior y solo volvería al día siguiente.

Entonces, otra vez en la casa, entre tomar una nueva píldora para dormir o hacer alguna otra cosa, optó por la segunda hipótesis, pues se acordó de que ahora podría volver a buscar la letra de cambio perdida. Lo poco que entendía era que aquel papel representaba dinero. Hacía dos días que la buscaba minuciosamente por toda la casa, y hasta por la cocina, pero en vano. Ahora se le ocurrió: ¿y por qué no debajo de la cama? Quizás. Entonces se arrodilló en el suelo. Pero después se cansó de estar solo apoyada en las rodillas y se apoyó también en las dos manos.

Entonces advirtió que estaba a cuatro patas.

Permaneció un tiempo así, quizás meditando, quizás no. Quién sabe, es posible que la señora Xavier estuviera cansada de ser un ente humano. Era una perra de cuatro patas. Sin ninguna nobleza. Perdida la altivez última. A cuatro patas, un poco

pensativa, tal vez. Pero debajo de la cama solo había polvo.

Se levantó con bastante esfuerzo, con las articulaciones desencajadas, y vio que no tenía más remedio que considerar con realismo —y era un esfuerzo penoso ver la realidad—, considerar con realismo que la letra estaba perdida y que seguir buscándola sería no salir de Maracaná.

Y como siempre, cuando había desistido de buscar, al abrir un cajón de sábanas para sacar una encontró la letra de cambio.

Entonces, cansada por el esfuerzo de haber estado a cuatro patas, se sentó en la cama y comenzó sin darse cuenta a llorar mansamente. Aquel llanto parecía una letanía árabe. Hacía treinta años que no lloraba, pero ahora estaba muy cansada. Si aquello era llanto. No lo era. Era otra cosa. Finalmente se sonó la nariz. Entonces pensó lo siguiente: que ella forzaría el «destino» y tendría un destino mayor. Con la fuerza de la voluntad se consigue todo, pensó sin la menor convicción. Y eso de estar presa de un destino le ocurría porque ya había empezado a pensar sin querer en «aquello».

Pero sucedió entonces que la mujer también pensó lo siguiente: era demasiado tarde para tener un destino. Pensó que bien podría hacer cualquier tipo de cambio con otro ser. Entonces se dio cuenta de que no había con quién cambiarse: que fuese quien fuese, ella era ella y no podía transformarse en otra única. Cada uno era único. La señora de Jorge B. Xavier también.

Pero todo todo lo que le ocurría era todavía preferible a sentir «aquello». Y aquello vino con sus largos corredores sin salida.

«Aquello», ahora sin ningún pudor, era el hambre dolorosa de sus entrañas, la necesidad de ser poseída por el inalcanzable ídolo de la televisión. No se perdía un solo programa suyo. Entonces, ya que no podía evitar pensar en él, la cosa era entregarse y recordar el rostro añorado de Roberto Carlos, mi amor.

Fue a lavarse las manos sucias de polvo y se miró en el espejo del lavabo. Entonces, la señora Xavier pensó: «Si lo deseo mucho, pero mucho, él será mío por lo menos una noche». Creía vagamente en la fuerza de voluntad. De nuevo se enamoró, con el deseo retorcido y estrangulado.

Pero, ¿quién sabe? Si desistiera de Roberto Carlos, entonces las cosas entre él y ella ocurrirían. La señora Xavier meditó un poco sobre el asunto. Entonces, expertamente, fingió que desistía de Roberto Carlos. Pero bien sabía que el abandono mágico solo daba resultado positivo cuando era real, no un truco cómodo de conseguir algo. La realidad exigía mucho de ella. Se examinó en el espejo para ver si el rostro se volvía bestial bajo la influencia de sus sentimientos. Pero era un rostro quieto que ya hacía mucho tiem-

Pero todo todo lo que le ocurría era todavía preferible a sentir «aquello». Y aquello vino con sus largos corredores sin salida. «Aquello», ahora sin ningún pudor, era el hambre dolorosa de sus entrañas, la necesidad de ser poseída por el inalcanzable ídolo de la televisión. No se perdía un solo programa suyo. Entonces, ya que no podía evitar pensar en él, la cosa era entregarse y recordar el rostro añorado de Roberto Carlos, mi amor.

po había dejado de representar lo que sentía. Además, su rostro nunca expresaba más que buena educación. Y ahora era solo la máscara de una mujer de setenta años. Entonces, su cara levemente maquillada le pareció la de un payaso. La mujer forzó una sonrisa desganada para ver si mejoraba. No mejoró.

Por fuera —vio en el espejo— ella era una cosa seca como un higo seco. Pero por dentro no estaba seca. Parecía, por dentro, una encía húmeda, blanda como una encía desdentada.

Entonces buscó un pensamiento que la espiritualizara o que la secara de una vez. Pero nunca fue espiritual. Y a causa de Roberto Carlos ella estaba envuelta en las tinieblas de la materia, donde era profundamente anónima.

De pie en la bañera era tan anónima como una gallina.

En una fracción de fugitivo segundo casi inconsciente vislumbró que todas las personas son anónimas. Porque nadie es el otro y el otro no conoce al otro. Entonces, entonces cada uno es anónimo. Y ahora estaba enredada en aquel pozo hondo y mortal, en la revolución del cuerpo. Cuerpo cuyo fondo no se veía y que era la oscuridad de las tinieblas malignas de sus instintos vivos como lagartos y ratones. Y todo fuera de época, fruto fuera de estación. ¿Por qué las otras viejas nunca le habían avisado que eso podía ocurrir hasta el fin? En los hombres viejos había visto miradas lúbricas. Pero en las viejas no. Fuera de estación. Y ella vivía como si todavía fuera alguien, ella, que no era nadie.

La señora de Jorge B. Xavier era nadie.

Entonces quiso tener sentimientos bonitos y románticos en relación a la delicadeza del rostro de Roberto Carlos. Pero no lo consiguió: la delicadeza de él solo la llevaba a un corredor oscuro de sensualidad. Y la condena era la lascivia. Era hambre baja: ella quería comerse la boca de Roberto Carlos. No era romántica, ella era grosera en materia de amor. Allí en la bañera, frente al espejo del lavabo.

Con su edad indeleblemente marcada.

Sin siquiera un pensamiento sublime que le sirviera de lema o que ennobleciera su existencia.

Entonces empezó a deshacer el rodete de los cabellos y a peinarlos lentamente. Necesitaban un nuevo tinte, las raíces blancas ya asomaban. Enseguida, pensó lo siguiente: en mi vida nunca hubo un clímax como en las historias que se leen. El clímax era Roberto Carlos. Meditativa, concluyó que iba a morir secretamente, así como secretamente había vivido. Pero también sabía que toda muerte es secreta.

Desde el fondo de su futura muerte imaginó ver en el espejo la figura deseada de Roberto Carlos, con aquellos suaves cabellos rizados que tenía. Allí estaba, presa del deseo fuera de estación, igual que el día de verano en pleno invierno. Presa de los enmarañados corredores de Maracaná. Presa del secreto mortal de las viejas. Solo que ella no estaba habituada a tener casi setenta años, le faltaba práctica y no tenía la menor experiencia.

Entonces dijo en voz alta y sin testigos:

—Robertito Carlitos.

Y agregó: «Mi amor». Oyó su voz con extrañeza como si estuviera por primera vez haciendo,

sin ningún pudor o sentimiento de culpa, la confesión que sin embargo debería ser vergonzosa. Pensó que posiblemente Robertito no iba a aceptar su amor porque ella tenía conciencia de que este amor era ridículo, melosamente voluptuoso y dulzón. Y Roberto Carlos parecía tan casto, tan asexuado.

Sus labios levemente pintados, ¿serían todavía besables? ¿O acaso era enojoso besar boca de vieja? Examinó bien de cerca e inexpressivamente sus propios labios. Y todavía inexpressivamente cantó en voz baja el estribillo de la canción más famosa de Roberto Carlos: «Quiero que usted me caliente este invierno

y que todo lo demás se vaya al infierno».

Fue entonces que la señora de Jorge B. Xavier bruscamente se dobló sobre la pila como si fuera a vomitar las vísceras e interrumpió su vida con una mudez hecha pedazos: ¡tiene! ¡que! ¡haber! ¡una! ¡puerta! ¡de salida!



Clarice Lispector

Tchechelnik, Ucrania, 1920
Río de Janeiro, 1977

Es una de las más grandes escritoras del Brasil. Nació en Ucrania, sin embargo, sus padres emigraron a Brasil cuando ella apenas tenía dos años de edad. Cuando tenía ocho años muere su madre y la familia se debe mudar para Río de Janeiro. En el año 1939 ingresa a estudiar derecho, licenciándose en 1943. Trabaja enseguida como redactora de la Agencia Nacional de Noticias y luego como periodista en el periódico *La Noche*.

En ese mismo año contrae matrimonio con el diplomático Maury Gurgel Valente y comienza un período de frecuentes viajes al extranjero que la cansan y desestabilizan. La pareja tiene dos hijos: Pedro y Pablo.

Su primera producción literaria fue publicada en 1944 bajo el título de *Cerca del corazón salvaje*. Al año siguiente Clarice obtiene el premio Graça Aranha otorgado por la Academia Brasileña de Letras. Dos años después publica *O Lustre* (El Brillo).

En el año 1954 sale la primera edición en francés de su novela *Perto do coração selvagem*, cuya portada fue ilustrada por Henri Matisse. En 1956 Clarice escribió la novela *A maca no escuro* y empieza a colaborar con la revista *Senhor*, donde publica excelentes cuentos.

Viene enseguida la separación de su esposo y ella se radica en Río de Janeiro con la idea de que sea algo definitivo. En 1960 publica un primer libro de cuentos titulado *Lazos de familia*, seguido de *La legión extranjera* y de *Pasión según G.H.*

En 1967 la escritora queda gravemente herida en un incendio en su propia casa, provocado por un cigarrillo mal apagado. No obstante, su carrera literaria prosigue con un libro de cuentos infantiles *La mujer que mató a los peces*. En la misma línea produce *Un aprendizaje o el libro de los placeres* y *Felicidad clandestina*. Vienen a continuación otros títulos importantes como *Agua viva*, *La imitación de Rosa*, *vía crucis de cuerpo* y *Dónde estuiviste anoche*.

En 1976 su trabajo literario es reconocido por el público y la crítica y recibe el premio de la Fundación Cultural del Distrito Federal. En el año siguiente publicó *La hora de la estrella*, su última novela, que fue llevada al cine en 1985.

Clarice Lispector murió de cáncer, en Río de Janeiro, poco antes de cumplir 57 años de edad.

(Tomado de: <https://narrativabreve.com/2014/11/biografia-de-clarice-lispector.html>).

Apuntes de viaje a Nurdu

■ Roy Sigüenza



The silver track of time empties into the distance
(La vía plateada del tiempo descansa en la lejanía).
Sylvia Plath

Una canción barata en la radio del bus que me lleva a Nurdu

«la ciudad más antigua de la tierra»

Allá tienen dioses más benignos que los nuestros
—Escuchan todo lo que se les dice y obran—
Dicen que ayudan a devolver las cosas a su lugar

—Ojalá puedan con mi corazón

*El tiempo es una barrita de chocolate que masticamos
/para entretenernos en cada estacionamiento.*

pasamos

Muluncay, el pueblito de los malabaristas, con sus hombres y mujeres de vida airada;
todos aficionados a la desnudez y decir claro —hablan en agua. No están
cartografiados

pasamos

Soapacá, en una colina. Ahora que es la noche, muy arriba, parpadean hachones de /luz;
de día es el bosque de Payanchillos lo que arde. De cuando en cuando se
encuentran huesos de pájaros bajo las ramadas; pero huesos humanos, nunca.

Llegado el momento ¿sabremos que también ellos han muerto para nosotros?

pasamos

Guambi, la del viejo silabario para escapar con vida de los ataques de los lobos cuando
llega la nieve. Poco se conoce de sus habitantes —«los de pies pardos»—, solo que se
alimentan de setas y creen, aún, en el Dios de la Madrugada. Les es fiel.

anoto:

«El barro entiende que lo durable pasa en el breve remezón de un grito»

pasamos

Este es, debe ser, Chanduy —en los bajos de la cordillera de Jorupe—, donde se trafica
con las curas de agua y se vive sin aprensiones porque nada perece. El amor tiene aquí
su herbolario y su Casa de Citas —de muchos sexos.

anoto:

*«¿Dónde la piedra de mi inscripción?
¿En qué caligrafía dirá mi nombre?»*

pasamos

Muey, al filo del Mar de las Despedidas. Se ven embarcaderos, canoas, un yate, una
carabela, tropezando con el mar, a su suerte. Oímos decir que un animal repta por los
sueños de la gente, borrando todo lo que encuentra a su paso

pasamos

Guayaymi, sin una hierba; puro viento y ruido de preguntas, secos. Un poco más al fondo, Sabanay, perdido por la infección del oro; un hervor de gente mala.

—Espero que al chofer no se le ocurra hacer un alto por ahí, llevo mis ofrendas.

anoto:

*Sangra este momento:
es la hondura del amor
—su cara de pez feroz—*

Más abajo

una

boca

llama

pasamos

Jama, la de venar nacarado. Los viandantes no dialogan —desecharon las palabras por corruptas hace años—, y clarividentes, han represtigiado la rosa y el abrazo. Ciega, un tiempo ardió como yesca, pero guarda un listón de piedra en la memoria. Hoy se sabe de una facción de crueles que urden planes para que cunda el fuego, se hacen llamar «los cofrades de lo puro». Ya han atentado contra los observatorios de Vientos y la Casa de las Atadoras de Nubes.

anoto:

*«Los cuyes escuchan el florecimiento del Arupo
—el soundtrack del arribo del tiempo».*

*«La boca zem que dice cosas inalcanzables
ay la huesería de los días y las noches,
perdida en la Zona de los Charcos,
sin nombres,
sin fechas;
esa memoria enaltecida por las sangres».*

*Arribará el aliento de lo claro,
crecerá la Era de los Inocentes.*

De un momento a otro la radio dejará de sonar; entonces estaremos, quizás, en la ciudad de las Puertas de Ceniza, en cuyo pórtico deberíamos leer:

EL DESEO ES UNA PREGUNTA
CUYA RESPUESTA NADIE SABE*

* «No decía palabras». Luis Cernuda.



Roy Sigüenza

Portovelo. El Oro. Ecuador – 1958

Poeta, gestor y comunicador cultural independiente. Ha publicado la plaquette *Cabeza quemada* y las colecciones de poemas: *Tabla de mareas*, *Ocúpate de la noche*, *La hierba del cielo* y *Cuatrocientos cuerpos*; la antología, *Abrazadero y otros lugares*, y la selección personal —de buena parte de su obra—, *Manchas de agua*, con la editorial chilena Cinosargo-2016. En 2021, Severo Editorial, en coedición con la Universidad San Francisco de Quito, publicó *Habilidad con los caballos*, un libro que reúne 30 años de su escritura poética. Algunos de sus poemas constan en varias antologías —impresas y virtuales— de poesía ecuatoriana y de América Latina. Ha colaborado en proyectos artísticos con Tomás Ochoa, Larissa Marangoni, Patricio Palomeque, Pablo Cardoso, y otros artistas nacionales. Tiene traducciones al inglés portugués y catalán —y dice que no camina por suelos patriarcales desde que era pequeño—.

Hueso duro

■ Cronwell Jara



C amino Real de Morropón a Tuñalí.
Sigiloso desmonto de la mula; tuerto, ojo azul, sin tres
dedos en una mano y en la otra un puñal.
Así me lo imagino.
Arriba, cielo celeste, un sol florido.
Abajo, el tuerto ingresando a mi casa...

«Celedonio Rojas, he venido a matarte».
Dijo el Pancho Carnero y con toda su hiel le arrió la muerte, clavándole el puñal en la espalda antes que Celedonio, mi padre, pudiera reaccionar y defenderse.
Oí el «¡tum!» de un golpe sordo y hondo, como de un cántaro que se quiebra o de un mate que se raja; un quebrarse de huesos, un alarido

escalofriante que me atormentara para mucho.

«Celedonio, lloras como mujer. Y mueres con miedo a la muerte. Mereces morir con polleras».

Mi padre cayó de quijadas sobre la mesa, chasqueándose como piedras las muelas.

«Celedonio, cumplí mi palabra. No te pido que me perdones».

El apuñalado fue ladeándose y volvió a caer. Vi rebotar su cara al dar con el suelo, no le oí otro grito, vi sus ojos saltados, un quishque finito de sangre descolgando por sus labios temblones, su gesto de candela sin llanto, su ahogo de súplica, sin palabras pidiendo misericordia, piedad, un inútil perdón... por fin lloraba.

«Mataste mi buey pinto, Celedonio, ¿recuerdas? Me humillaste en el duelo a machete, me tajaste tres dedos, me vaciaste un ojo, ¿cómo sentir pena por ti, Ya me olvidé cómo se pide perdón».

Afuera se espantaban las gallinas, la oveja, mi ternero, como si hubieran olido, cerquita, un difunto.

El Pancho no me había visto o se hacia el que no, pero yo hui como una lagartija cobarde a ocultarme detrás de un arcón y debajo de una silla.

«Pero sabes que por eso no te mato. Celedonio, entiéndelo antes de que mueras. La humillación más grande fue cuando te llevaste a mi mujer».

Alzó la cara temblante y sudorosa el caído, quiso hablar pero solo emitió un áspero ruido como el que da un atragantado por espinas.

«Todos se reían de mí, a mis espaldas. Como dándome navajazos. Como desollándome vivo, Celedonio...».

Preso en mi espanto, llorando bajito, recordé entonces una conversación casual de mi padre con mi madrina, la vieja Pugo: «Maté su buey yuntero, sí, pero fue casual. Fue por dispararle a un tuco malagüero y ya ve, maté buey, maté tuco. Pero pagué la bestia con muchos cuarterones de maíz, muchos billetes, varios odres de aguardiente. Y si pelié fue porque estando bebidos el Pancho Carnero me retó, tuve que defenderme. Y ya ve que ni lo quise matar». Y en otra ocasión les oí decir a unos amigos de mi padre que la Florinda se había acostado antes con Pancho Carnero, que había llorado por él cuando estuvo a punto de morir en el duelo donde le salpicó un ojo y perdió los tres dedos, pero que el Pancho mucho le pagaba, y se acostaba con la Florinda sólo porque era muy hermosa, como su nombre, pero que ella lo quería úuuh, a rabiarse, y le pidió varias veces que le lleve a la quebrada de las lajas y la tumbe entre los pericos y los chochales. Que el Pancho Carnero era como una borrachera de placer para Florinda. Que la Florinda, antes de tenerme, había abortado varias veces.

Y volví a fijarme en mi padre. Había sido alto y soberbio como un ceibo frondoso y recio como un toro joven, pero cayó. Cayó de una sola... Y ahora aplastaba el

De la garganta de mi padre volvió a oírse, horrible, un repugnante ahogo de atorado, Intentó arrastrarse hacia el horcón que sostiene el techo. Creí ver que el puñal le había ingresado todo, que la filosa punta de acero le salía por el pecho, pero esto era solo mi imaginación.

Mi padre ya no cuidaba entonces de mí. A veces solo me miraba como queriendo matarme o como queriendo matar en mí a otra persona, y sentía que me odiaba con todas sus fuerzas y yo, pajarito asustado, caía a abrazarme a sus pies.

ajango de bejuco que había antes estado arreglando con sus dedos finos, ahora pujaba, temblaba con un temblor de tierra, arañaba el suelo como si fueran reja de arado sus dedos, como si buscara guarida o como si debajo de la tierra estuviera el alivio de su dolor, el consuelo de su miedo, la salvación de su vida.

«¡Florinda!», gritó entonces el Pancho Carnero, «¡quiero que vengas a ver cómo lo remato!, ¡Florinda!, entra ¿no me oyes?».

Mi madre entró y como un viento veloz fue a arrodillarse y suplicar besando sus pies del Pancho Carnero. «No, no te hagas más criminal, Pancho, ojito azul, no te llenes de más sangre. Déjalo morir así, déjalo, por favor, te lo suplico».

«¿La oyes, Celedonio?, pide perdón por ti, pero yo no le haré caso, Celedonio, Primero te remato. Lo menos ocho puñaladas más y luego me llevo a la Florinda, ¿me oyes, Celedonio?».

De la garganta de mi padre volvió a oírse, horrible, un repugnante ahogo de atorado. Intentó arrastrarse hacia el horcón que sostiene el techo. Creí ver que el puñal le había ingresado todo, que la filosa punta de acero le salía por el pecho, pero esto era solo mi imaginación.

«Te lo suplico, Pancho, hazme caso. ¡El Cristo!, él del cielo te está viendo. Por favor, Pancho, déjalo ya, déjalo».

«No, no lo dejaré así; quítate de mis pies, Florinda, o me viene la locura y te apuñalo también».

«¡Apuñálame!, pero ya déjalo a él».

«Lo quieres todavía, Florinda, cómo lo quieres después de todo lo que me hizo».

«Es mi marido».

«Pero tú te acostabas conmigo antes de ser su mujer, ¿no recuerdas cómo me lo pedías?», y dicho esto el Pancho Carnero cogió con fuerza y furia de los moños a mi madre y la levantó hasta verse ambos las narices, «dile cómo me lo pedías».

Así sacudida mi madre, lloraba tanto que no parecía mi madre, los mocos le salían como agua.

Mi padre llegó hasta el horcón y lo abrazó, desesperado. Horcón y mi padre temblaron.

«También me acosté con ella, Celedonio, luego de tu casorio, cuando rodabas borracho por las fiestas. Tus fiestas. En tu misma cama, Celedonio, sobre los mismos cobertores, si no pregúntale a la Florinda, que ella te diga si miento».

Mi madre agachó la cabeza.

Arañando el horcón, temblando de muerte, con mil esfuerzos, intentó arrodillarse. Una baba de sangre, un bronco ahogo, dos ojos húmedos, un sollozo.

«Eso es, Celedonio, te acomodas para que te saque el puñal y te lo clave de nuevo. Te arrancaré el corazón, te sacaré los ojos, te cortaré la lengua para que tu difunto no me siga y ni hable de mí, acusándome de tu muerte. Tengo que hacerlo, Florinda, déjame».

Arrodillado, humillado ante el horcón, entonces habló mi padre, como desde dentro de un

cajón de muerto. «Mátame, tuer- to, por el ojo que te quité, por los dedos, mátame», y tosió. Creí que esas iban a ser sus últimas palabras. «Mátame por el buey, mátame, pero no te llesves a la Florinda».

«Más que por matarte, he venido por ella, Celedonio. No puedo olvidarla. Alzaré de nuevo mi vida con ella, tendré bueyes, cosecharé en abundancia, y tú, Celedonio, serás solo un recuerdo, un hato de huesos, un viento de cuchillos que se arrastra».

Celedonio volvió la cabeza y por fin puso los ojos sobre su asesino como reconociéndolo y pensando: «Qué feyo tu ojo vacío, Pancho Carnero. Sí, eres, tú, y este puñal me prometiste».

«Está bien, Celedonio, no te clavo otra vez el puñal, para que la Florinda no venga conmigo odiándome».

«No, no te la llesves, no, zarco. La quero más que tú, la quero...».

«Ya los muertos no quieren, Celedonio».

«Lo haces por humillarme, tú nunca la quisiste».

«Así no la quera, también me la llevo».

«No te la llesves, zarco, tumbala si quieres humillarme, acuéstate con ella en mi delante, pero no te la llesves».

«¿Por qué insistes, Celedonio? Sólo haces aumentar mis ganas de llevármela».

«Quero que me vea morir, que esté a mi lado hasta el fin».

Pancho entonces se acerca a mi padre, lo jala con ira de los crespos y se apresta a sacarle el puñal. «Entonces es fácil. Verás que te ahorro el tiempo una vez que te lo arranque y te acuchille el pescuezo como a res, Celedonio, hasta arrancar tu cabeza».

Pero, a tiempo, mi madre le detiene el impulso de la mano que iba hacia el puñal. «No, te lo imploro, Pancho no le hagas caso. No quero verlo morir, vámonos ya, vamos».

Pancho ríe con ladrido de perro flaco, con todos sus colmillos, vanidoso animal.

«Jaj, jaj, jaj... ¿Ya ves que la Florinda quiere irse conmigo, Celedonio?».

«Sí, sí, contigo Pancho, zarquito, contigo, Vamos, a ti te quero, zarco. Tú fuiste el primero, el único y quise tener hijos contigo, muchos, me los hiciste abortar a golpes. Sólo por eso me casé con Celedonio».

«¿Por vengarte de mí?».

«Por vengarme, para que sufras, pero te quero todavía, Pancho. Si por mí has venido, vamos pue».

Mi madre me desarraigó de debajo de la silla y quiso llevarme con ella. Y yo no quise.

El tuerco fue hacia el corral y, machete en mano, mató gallinas, oveja, mi ternero, dentro de un alboroto en remolino de plumas, balidos, mugidos, Reía el remolino. El Pancho era un remolino de mil brazos, de mil plumas, balidos, mugidos.

Mi madre lloró porque me fuera con ella, insistente. Pero yo le tenía miedo ahora, la odiaba con todas mis fuerzas, como si nunca hubiese sido mi madre. El Pancho Carnero subió sobre la mula y a ella la subió sobre sus piernas. Mi madre era ya de Pancho, como si siempre lo hubiera sido, y la odié más todavía más que al Pancho mismo. Juré matarlos un día, lo pensé, y se los dije: «Los mataré, amito Pancho, los mataré un día».

Pancho volvió a reír y luego: «Tú qué sabes, niño».

Y mi madre: «Vamos, no me dejes ir sola Zorrito. Vente conmigo».

«No».

«Te morirás de hambre, ¿Quién te dará de comer?».

«No voy».

«Entonces, quédate. Y anda, mira cómo muere tu taita».

Antes de torcer las riendas, antes de dar el fuetazo a la mula, el Pancho dijo como al aire: «Si no te mato, niño, por algo será. No sé».

Y se fueron.

Corrí llorando donde mi padre. Seguía de rodillas. Quise levantarlo, ayudarlo, pero no pude, mis seis años no servían para tanto. Mirándole yo a los ojos, llorándole, besándole la frente, tocándole las mejillas, él también lloraba y parecía no mirarme. Vi el puñal sobre su espalda antes poderosa como montaña, las moscas ya volaban sobre la sangre, toqué el acero y quise sacárselo, pero él se quejó.

«Quema, quema como candela. Tengo una candela dentro...».

«Levanta, taita, levanta».

«No, tú no puedes hijo. Tú no... Anda y dile a la madrina Pugo que venga a ver mi cadáver, corre».

«No. Si voy te mueres. No te mueras».

«Corre, dile que venga. Que no avise a la policía».

Y bruscamente se descolgó su cuerpo sobre sus propias rodillas. Y me aturdió un miedo, un miedo, como si el puñal estuviera clavado en mí. Ya lo veía yo muerto, Y ya me imaginaba verlo levantarse cadáver y llevarme con él al cementerio, y enterrarme con él estando aún vivo yo.

No podía estar, por ese espanto, más con él y llorando me fui donde la vieja Pugo. Y en todo el camino parecía que me seguía un muerto, que detrás de cada chopo estaría ya espiándome mi padre y sus ojos de muerto. «Ya verás que los mato. Los mataré algún día».

Volví ya de noche con la vieja Pugo, sobre un asno viejo y matoso como ella. No vino más gente porque vivía ahora sola.

En el caserío de Tuñali, en ese tiempo, su casa era la más cercana.

La Pugo borracha de muerte quedó al tropezarse con los cadáveres de tantas gallinas, la oveja y el ternero, antes de sobrecogerse con un espanto más fuerte. A la luz de un leño encendido miró primero el puñal y con mano firme quiso sacárselo sin asco ni miedo alguno ahora. Y al solo tocar el puñal, un alarido, un grito quemante como brasa encendida



se nos prendió a la vieja y a mí, y penetrándonos hasta los huesos, nos recorrió como relámpago arañándonos el espinazo y estremeciéndonos en dolor vivo, el cerebro nos tronó el corazón por reventar, eso creí. Era mi padre y estaba todavía vivo. Y sollozaba llorando, acorralado, humillado, vencido antes de su muerte, era ya un difunto.

«Déjenme el puñal».

«No», la madrina, «no puede quedarse ahí».

«No lo toquen, no es un puñal; es Florinda».

«¿Qué hablas? Tas tocau...».

“Es Florinda la que me han clavau dentro. Y me arde como si fuera un nervio, un tizón de candela. Váyanse».

«Deliras, hay que sacarlo».

«No quero ya vivir», sudando, tragando lágrimas, «sáquemelo, pero clavémelo de nuevo, madrina. No quero ya vivir, júremelo que lo clava, madrina»”.

«Te lo juro, ahijao. Te lo saco y te lo zampo de nuevo. Y más al corazón pa matarte esa dijunta, ahijao. Te lo Juro». Cerré los ojos para no ver. Y oí un alarido como si fuera mío. O es que yo di ese grito. Y mi padre, al abrir los ojos, quedó como muerto. O es que estaba ya muerto. Bien muerto.

Celedonio Rojas no murió de la puñalada.

Doña Pugo le regó sangre de grado en la herida, «mano de cobarde ha sido porque sólo te quebró los huesos», le aplicó emplastos con yerbas calientes. «Y el puñal se desvió hacia abajo», le sacó los emplastos y ahí le cosió los pellejos como a cholo que ha sido cogido y despanzurrado por toro bravo en la molienda de caña, «de modo que sólo rozó el

pulmón, o yo no sé si me equivocó. ¡Hueso duro!, ahijao».

Celedonio Rojas quedó cojo para siempre y no pudo recuperar nunca su voz natural, hablaba como atorado, respiraba como ahogándose. Quedó ciego un día, pero descansó y a la mañana siguiente recuperó la luz en los ojos. Nadie sabía qué nervios le había fregado la puñalada. Pero dos meses después todos lo vimos rengueando, temerosos de que le vuelva la ceguera. Parecía mentira, pero seguía vivo. ¿Lo estaba?

«Mátalo con el mismo puñal», desde Morropón, de allá lejos vino la misma madre del zarco Pancho Carnero a ver si era cierto, y conmovióse, que seguía vivo el Celedonio. Al verlo y hato de nervios hablarle, «mátalo, Celedonio. Pancho Carnero ya no es mi hijo. Te clavó la puñalada y te dejó por muerto llevándose a tu mujer, mátalo»; mi padre parecía una loma de rocas, un toro gigante y herido al pie de una hormiguita que le suplicaba, insignificante. «Mátalo, Celedonio»; y qué húmedos tenía los ojos, Celedonio como pujando por no llorar, no la oía o no parecía oírla, pero la oía. Y tampoco la miraba, sólo miraba allá lejos oyendo el canto de los chilalos y las cuculas, o desangrándose acaso sólo pensaba todavía en la Florinda. Y pensaba yo triste en mis adentros: «Madrina, madrinita Pugo, ¿qué ha hecho pue con mi taita, qué?». Tonto yo como si la Pugo debió haber comprendido que mi padre estaba ya muerto sin morir y que debió habérselo devuelto, cumpliendo... Mi padre ya no cuidaba entonces de mí. A veces solo me miraba como queriendo matarme o como queriendo matar en mí a otra persona, y

sentía que me odiaba con todas sus fuerzas y yo, pajarito asustado, caía a abrazarme a sus pies. Cuando se fue doña Pascuala se iba como diciéndose a sí misma: «Me robó cuatro bueyes y los cuatro los vendió. Se llevó mis sortijas de oro. Me dejó colgada en la horca. Búscalo y mávalo, Celedonio».

Doña Pugo empezó a traerme comida, pero yo sólo comía las frutas. Cómo me gustaban las ciruelas, olían a Florinda.

Celedonio, machete en vaina con estrellas, luna y soles de oro y plata, salía al monte y había veces en que no llegaba sino hasta eso de cinco a siete días.

Una noche creí oír al muerto. Era un aullido, un sollozo, una súplica, un lloro. O acaso las hojas, el viento apuñalado.

«Floooriiinnnddaaa», de una colina a otra colina, «Floooriiinnnddaaa», de una estrella a otra estrella, bajo la luna celeste, alta y hermosa. Casi perfumada.

Chiquito allá lejos sobre una altísima Peña, era sólo un puntito tamaño de un piojo. Y tan cerca del cielo estaba, tan cerca a la luna, que casi podía él tocarla si levantaba la mano.

Daba lástima oírlo.

«Flooooooriiinnnddaaaaa».

Arriba, confundido en el remolino de estrellas, en el vértigo de astros gigantes. Un grito más y se descolgaban.

«Flooooooriiinnnddaaaaa... Mamita».

Del racimo de estrellas, el lucero violeta estaba sobre una estrella pequeñita y dulce, se abrazaban como dos arañas, se amaban como dos pajaritos.

«...riiiiiinnnddaaaaa! Mamita, pue ¿Por qué no vuelves? Mamita pue».

Y gigante ahora,
poderoso ahora,
rencoroso y con
un odio capaz de
despedazar montañas,
árboles, ríos, Celedonio
volvió a su odio
antiguo, de siglos, y
cogió el mismo puñal.
Era un Celedonio vivo
ya. Su frente acaso
recordaría un torbellino
de alaridos y súplicas,
plumas y balidos,
ese puñal de candela
y celos que le ardió
como brasa, como si
la Florinda se hubiera
incrustado a fondo en
su espalda, mordiendo
no nervio ni hueso, sino
quemándole el corazón

Y caí. Caí de rodillas, llorando, absorbido por las ráfagas de un torbellino de celos y rabia, como si a mí dos veces y no una, me hubiesen apuñalado.

Celedonio los buscaba, y de encontrarlos no sé qué pasaría.

Volvió doña Pascuala bañada de azul de madrugada y de rocío, luego de tres meses de su primera visita. Celedonio llevaba ya cinco meses y medio de seguir viviendo. «Mira este papel, aquí traigo la dirección de donde viven, lee, están alláaa en Lima, en el Rímac, que dizque es un caserío más tupido queste, alláaa por Montacerdos, y yo no entiendo, pero lee». Dejó el papel y se fue. Nunca más la vi.

Celedonio vendió su alambique, vendió el buey que hubo prestado, felizmente, a su madrina, vendió parte de sus parcelas y luego, después de cinco meses y medio de no hablarme, me dijo:

«Nos vamos a Lima», con voz ronca, de muerto. Y afiló el puñal del tuerto ojo azul y yo me embriagué de una secreta, infinita alegría. Día y medio se la pasó entretenido con el puñal, afila que te afila, acariciándolo, pasándole saliva, borracho por ver sus chispas de amarillo y rojo que salpicaban como luciérnagas ante un mechero.

«Me dejaron por muerto, ¿no? Celedonio, los harás llorar. Y dirás: Pancho Carnero, llorarás

como mujer. Y mueres con miedo a la muerte...».

Pero nunca fuimos a Lima.

Un día antes del viaje, Florinda llegó intempestivamente a casa, vino sola, traída por sus propios pies, traía grueso el vientre, que no le cabía. Estaba demacrada, cara huesuda que parecía y no parecía. Ojos afligidos, con ganas de llorar.

«Florinda».

Celedonio al verla no podía creerlo. No parecía ella pero era. Celedonio trastabilló con su cojera y otra vez la miró, embrujándose, envenenándose con el ventarrón de mil espinas como recuerdos.

No parecía la Florinda pero era la Florinda.

«Florinda», y con ella otra vez ese aroma a ciruelas. A luz perfumada, a lucero en flor.

«Pancho Carnero ha muerto ya. Su madre te trajo una dirección falsa. Murió. Lo mataron en un duelo a machete, estaban borrachos. ¿Por qué no me dejaron que yo lo matara por ti, Celedonio, por qué?».

Estaba encinta la Florinda. Cómo se le notaba ya.

Y gigante ahora, poderoso ahora, rencoroso y con un odio capaz de despedazar montañas, árboles, ríos, Celedonio volvió a su odio antiguo, de siglos, y cogió el mismo puñal. Era un Celedonio vivo ya. Su frente acaso recordaría un torbellino de alaridos y súplicas, plumas y balidos, ese puñal de candela y celos que le ardió como brasa, como si la Florinda se hubiera incrustado a fondo en su espalda, mordiendo no nervio ni hueso, sino quemándole el corazón; recordaría el charco de palabras ladradas por el tuerto...

Con el puñal en mano, Celedonio, despacio, cojo, lento fue hacia la Florinda.

«Solo lo hice para que no te rematara, Celedonio».

Celedonio se acercaba más y la Florinda no se movía. Sólo quería llorar.

«Cierto que fui del Pancho. Cier- to lo que él escupía. Pero por algo he venido así, mírame, por algo».

«Para morir, Florinda», el Celedonio.

«Mátala ya, taita Celedonio, mátala». Saltó como puñalada mi voz, «mátala así como te quisieron matar a ti».

Florinda, llorosa, cobarde, no quería morir, pero no retrocedía (recordando acaso: «También me acosté con ella. Celedonio, luego de tu casorio, cuando rodabas borracho por las fiestas. Tus fies-

tas. En tu cama, Celedonio, sobre los mismos cobertores, sino preguntale a la Florinda, que ella diga...»), pero en un raptó de coraje se arrancó ella misma la blusa, y arrodillándose le puso la espalda al Celedonio, quien llegó a ella con el puñal hecho un temblor, levantándolo, pero:

«Mátala ya, taita».

Cayo Celedonio como un árbol de flores sobre un picaflor asustado.

«No puedo matarte, mamita, no puedo. Perdóname tú, perdóname», de rodillas sujetándola, llorando, besando la espalda de la Florinda, acariciándola, «perdóname».

«Yo ya no quiero vivir, Celedonio. No pude matarme yo misma; por eso vine para que tú lo hagas. Mátame tú ahora».

Celedonio jadeó, se atragantaba de nuevo: «No puedo, no puedo, no puedo. Cómo, cómo pue».

«Tendrás mujer que no fue tu mujer. Cómo quieres tú tanta horca».

«Qué importa, Florinda, qué».

Y Celedonio arrojó el puñal sobre las brasas candentes.

Con el que viene, con éste, sí tendrán dos hijos. Tuvieron dos hijos. Ya han pasado largos años de esto. Mi hermana que nació, como yo. Como el Pancho Carnero, siempre tuvimos los ojos azules...

(Tomado de: <http://aprenda-joyeria.blogspot.com/2013/06/hueso-duro.html>)



Cronwell Jara

Piura, Perú - 1949

Es licenciado en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En 1979 obtuvo el primer lugar del concurso José María Arguedas, con el relato *Hueso duro*; ese mismo año también obtuvo el primer premio el Concurso Nacional de Cuentos para TV ENRAD-Perú con *El rey Momo Lorenzo se venga*.

En 1985 obtuvo el Premio Copé de Cuento con el relato *La fuga de Agamenón Castro*. En 1988 realiza, en la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (ANEA), el Primer Taller Itinerante de Poesía y Narrativa, lo cual lo llevará a recorrer el país. En 1989 publica su novela *Patíbulo para un caballo*. En 1996 ingresa al Centro Cultural de la Universidad Federico Villarreal, donde hasta la fecha dirige los talleres de narrativa y poesía.

En 1991 integró el prestigioso jurado del Premio Casa de las Américas en novela. Sus cuentos han sido traducidos al inglés, italiano, francés, alemán y sueco, e integran antologías en esos idiomas.

En 2007 publicó su obra poética bajo el título *Manifiesto del ocio*, mientras que en 2008 obtiene el Primer Premio en la III Bienal del Cuento para Niños 2008 con el relato *Ruperto, el torito saxofonista*.

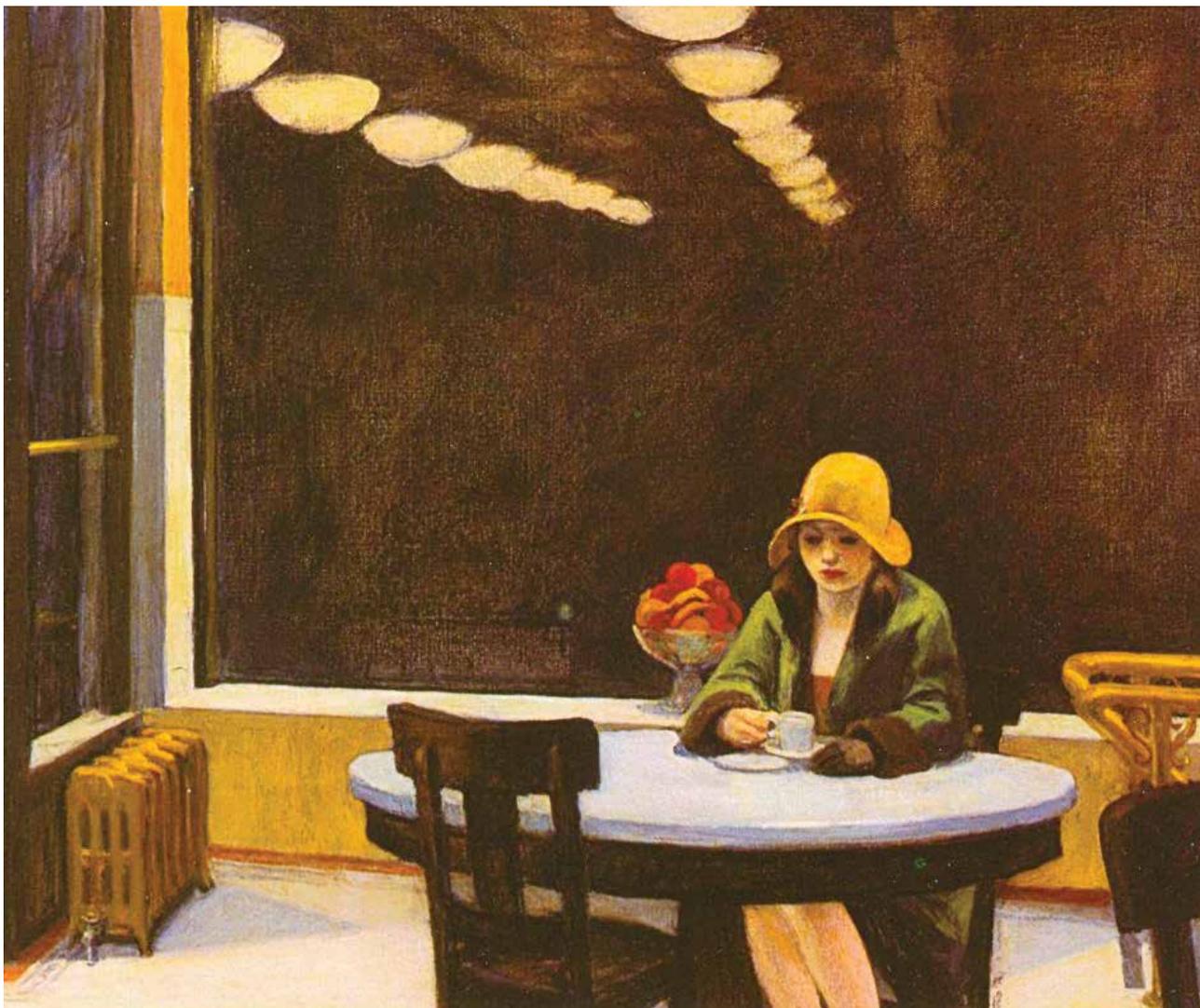
Actualmente prepara una novela sobre sus años en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, que lleva el título provisional de *Patio de letras*.

Camila Sosa Villada

POEMAS

No sé bien si odiarlos o amarlos

No sé bien si odiarlos o amarlos.
Son los que más pena me causan pero también
(y cuando lo escribo se me hace agua a la boca)
los que más dicha me prodigan.
Los amo por sus pantorrillas, la pieza más amada de sus
cuerpos.
Por sus pechos y sus pelambres de animal manso,
por sus manos que estrujan mis tetas adolescentes.
por su fuerza y el modo de poseer
todo mi pensamiento con una caricia distraída.
Los odio por su corazón pobre y opaco.
Por sus mendigos espíritus, sus mentes literales.
Por su mezquina entrega y su fácil huida.
Y los amo, también es cierto, por su sexo y por su olor.
Y por la forma en que resoplan cuando cogen,
y por cómo cubren mi cadera con sus piernas.
Por la indiferencia con que reciben mi entrega de animal sin dueño.
Y vuelvo a odiarlos
por tirar a la basura mi soledad barata y marginal.
Por mentirme y dejarme las pistas para que los descubra.
Por no elegirme. Por abandonarme como se abandonan
los vestidos viejos.
Por hacerme sentir la más fea de toda la comarca.
Y por enamorarme con sus piernas de cazadores y sus
miradas sombrías,
su despreocupada belleza de animal de monte.
Y los cantos que provocan en mi vientre y la saliva que me
endulzan con sus bocas.
Con el temor que tienen por la ternura.
Todos van a mentirme algún día.
Me quedo a la espera del próximo que por un segundo
me haga olvidar que no están hechos para mí ni yo para ellos.
Conozco a los hombres, yo misma solía ser uno.



Instrucciones para mi muerte 1

en mi epitafio debería leerse:
 aquí yace carne de arrabal que fue pudriéndose en vida,
 todo su cuerpo estaba lleno
 de pequeñas pero insoslayables cicatrices,
 su pelo era oscuro y estaba un poco seco.
 vivió como una dragqueen las veinticuatro horas del día,
 fue travesti hasta la muerte.
 pensaba que el mundo era profundamente homosexual.
 creyó.
 tuvo una profunda fe, hecha de antiguas decepciones.
 creyó en la vegetación, en las selvas,
 en las porciones vírgenes de la tierra,
 creyó en un corazón-imán que nos mantiene atados
 a este planeta y a este destino,
 creyó en el destino y en el azar,
 creyó en la muerte,

en los hombres que amó aun cuando mintieran,
tenía fe ciega en que siempre es más noble
la mentira de vivir en otro mundo,
que la miserable verdad que nos da como limosna el capitalismo.
creyó en sí misma, se conoció,
se tomó el corazón con la mano y le cosió la palabra: resiste.
creyó en la resistencia, en lo salvaje,
en las mujeres salvajes,
en los territorios salvajes donde se muerde y se lame
para decir lo mismo.
creyó en la ternura, en el precio de la ternura,
creyó en la fiebre, en el dolor, en la vejez
y en la rabia.
fue rabia contundente, indomable y necesaria.
creyó y amó e hizo daño como cualquiera
aunque eso no justifique ninguna de estas tres estupideces.
sobre el final de su vida fue escabulléndose en su idea de sí misma,
fue encontrando una madre y un padre en su propio pecho.
un asilo para ella y su infancia, como las carpas que se hacen de niños
en el patio de la casa.
quiso ser madre y tuvo madera para serlo
pero en los dados fue desafortunada.
como hechos significativos logró colgarse de un trapecio,
visitó finlandia y sólo finlandia,
fue actriz y prostituta,
le costaba diferenciar en qué momento era una
y en qué momento era la otra.
conoció el mar a los 30 años y quedó sangrando.
escuchó buena música y se traicionó,
una y otra vez, una y otra vez,
como si una vez fuera demasiado poco.
a las cartas de amor las comenzaba pidiendo perdón,
su último amor fue es y será el único.
no gustaba a los hombres, pero les sacudía el espíritu.
ya lo decía el blues: nadie es perfecto porque nadie es libre,
los desengaños amorosos ajaron su carne,
resecaron su corazón y le cambiaron la índole:
su dulzura se agrió.
le llevó toda la vida reconciliarse con su padres.
la razón de su cansancio eran 33 años
de la más agresiva resistencia a todo.
le gustaba sonreír pero no le gustaban sus dientes.
el público fue el esposo que decidió conservar.
con la tristeza bailaba todos los días el vals.
murió feliz pronunciando los nombres de sus amigos,
hizo cruzar sus recuerdos hasta el más allá.
para justificar su carne le bastaba
una foto de niño en la que se revelaba
que el mundo debía tratarlo con más piedad.

Instrucciones para mi muerte 2

La máquina del mundo vomita humo,
escupe para arriba, sus mil sobras y lamentos.
Del cielo nos llueve un ácido que perfora
el endeble futuro cada vez más breve.
Al grito de alguna sirena se produce,
se ordena, se activan las bombas,
se prende la luz de los 10 mandamientos
en la estéril Wall Street
se ponen en marcha los engranajes asesinos,
las religiones activan sus artificios de seducción.
La única solución que supimos encontrar
para la falta de dios y de ternura,
es sembrar, sembrar aquí y allá,
construir, mezclar los metales,
cambiar el curso de los ríos y contenerlos,
en profundos diques en los que duermen
muertos anónimos.
Pudimos tocar la superficie de la luna,
(Hasta que sea demostrado lo contrario)
pudimos comunicarnos al instante
con los amores que están cruzando el océano,
pero no podemos evitar aún la triste matanza
que repetimos, una y otra vez,
hasta perder la índole en los vertideros de sangre.
Nos ha sido prestada una bestia para ser huéspedes
con nuestras pobres almas huérfanas,
somos huéspedes de un cuerpo que resiste incluso
más allá de la muerte, con todas sus armas,
las embestidas del deterioro.
La bestia que nos aloja aprende a hablar,
le susurramos las órdenes que ejecuta a la perfección,
y es similar, en forma y espíritu,
a las demás bestias que pueblan los continentes y los mares.
Y aún en nuestra calidad de huéspedes,
somos incapaces de frenar la matanza.
Todos los días muere una travesti.
Muere asesinada por un cliente,
por un fascista, por un ciego violento.
Muere de soledad, muere de tristeza,
muere ahogada en silicona líquida que
la hace implosionar como esos volcanes
que nos cubren de cenizas y muy de cuando en cuando,
con suerte, de fosforescente lava.
Mueren de sida, en hospitales públicos
a los que con suerte, alguna compañera de ruta,
se acerca a decirle con desesperación: todavía no cruces.
Mueren de frío, de hambre, de orfandad,
de malos recuerdos,

de unas depresiones profundas de las que el mundo,
con sus mil artes para excavar y extraer,
no puede sacar nada más que lágrimas.

Lágrimas de ojos de hombre
con una transparencia de mujer.

Todos los días, al despuntar el alba,
en la superficie de la tierra,
mueren las travestis anónimas,
o mejor dicho, innominadas.

Y son pocos los que lloran tan triste pérdida.

La pérdida de las guerreras,
de las Amazonas del cemento
que aún en su máscara de maquillajes,
ejercen su libertad.

Y qué se hace en la máquina del mundo?
Se sigue echando humo, poniendo a funcionar
las fábricas,

ordenando en filas a los estudiantes,
dictando el gusto de las naciones,
mezclando con el agua las mil supuraciones
de la revolución industrial.

Las travestis no hacen marchas multitudinarias
que son mostradas en todos los medios de comunicación
para evitar su matanza.

No.

Aprovechan una vez al año la indiscreción del gay parade,
y salen a revolear sus pezones como mariposas emperadoras,
a menear el culo de una vereda a la otra
y a confirmar que la única causa por la que vale la pena morir
es la libertad y el amor a esa bestia que nos fue prestada
en esta corta zona de desamparo llamada vida.

la selección natural perdió el rumbo

la selección natural perdió el rumbo
y el hombre se siente por encima de la fauna y de la flora,
los cazadores por encima de la víctima.
los jóvenes se sienten superiores a los viejos,
los hombres creen ser mejores que las mujeres,
las mujeres creen ser mejores que los hombres.
hombres, mujeres, niños, adolescentes y ancianos
creen ser superiores a las travestis.
el rico se siente superior al pobre
el contemporáneo se siente mejor que el clásico
y el clásico hace volar el barrilete de su eternidad.
los heterosexuales se creen mejor que los homosexuales
pero el homosexual con dinero se siente mejor que el puto pobre.
el homosexual atlético saborea su imagen en el espejo,

y su narcisismo le hace creer que es mejor que
el maricón gordo que lamenta no ser mejor que nadie.
los bellos subestiman a los feos,
los inteligentes a los tontos,
los tontos a todo el mundo.
la familia es superior a la soledad.
las mujeres y los niños siempre van primero.
todos creemos merecer algo por haber vivido.
sólo es necesario alguien que nos haga reír,
no creo en merecimientos,
sólo sé que las plantas son superiores a todos
y los perros son las mejores mascotas.
nina simone es mejor que sus colegas,
y nadie podrá igualar a jessica lange.
mi vieja es la mejor cocinera del mundo,
y a las historias de amor hay que hablarlas en primera persona.
al fin y al cabo, en esta partida de justicias e injusticias,
la muerte siempre tiene las mejores cartas.

Este es el elogio a mi fealdad

Este es el elogio a mi fealdad
a su forma de extraviada
a su mano callosa y su oscura axila.
Este es el elogio a mi cuerpo impreciso,
deambulando entre las sombras misericordiosas
de la noche.
Este es un canto a mi nariz rota, a mis manos de enano,
a la sombra nigromante de mi barba.
Este es un sacrificio a mis tetas de quinceañera hambrienta,
a mis pómulos de india mansa,
a mis labios secos por el mareo del viento.
A mis colmillos, a mis uñas rotas, a mis células,
a la vena hinchada de mi frente como la marca de Caín.
Estas son las últimas palabras de una amante desahuciada,
una conversación con algún dios al que le sobra el tiempo.



Camila Sosa Villada

La Falda, Córdoba, Argentina - 1982

Actriz, directora de teatro, escritora y cantante transgénero. Estudió cuatro años de Comunicación Social y licenciatura de Teatro en la Universidad Nacional de Córdoba. Se ganó la vida como costurera, mucama por hora y prostituta. También es docente y conduce el programa de radio *Maldita Vida*. Fue protagonista de *Mía*, del director Javier Van de Couter, que fue merecedora del Premio Maguey en el XXVII Festival Internacional de Cine en Guadalajara. En teatro ha protagonizado *Carnes Tolendas - Retrato escénico de un travesti*, *Llórame un río*, *El bello indiferente*, *Los ríos del olvido*, *Despierta corazón dormido - Frida*, *El cabaret de la difunta Correa* y *Putá Madre*.

Es autora del libro de poemas *La novia de Sandro* (2015), el ensayo *El viaje inútil* (2018) y las novelas *Las malas* (2019) y *Tesis sobre una domesticación* (2019). *Las malas* fue considerada una de las mejores novelas de 2019 y ganó el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2020.

El escriba de Angostura

(DOS CAPÍTULOS DE LA NOVELA)

■ Fausto Ramos Romo

CAPÍTULO 14

EL ACUERDO

El Aromo, Esmeraldas, enero 2006

Los primeros embarques con el alcaloide utilizando las pistas de Nápoles han sido un éxito. Muchas avionetas han entrado y salido con la autorización de la DGAC, van con el contrabando y vuelven con los dólares. El convenio con el cartel de Sinaloa se ha concretado y la ruta aérea República Bananera-Acapulco funciona. Los cuatro radares que disponía la fuerza aérea bananera estaban obsoletos y sus repuestos descontinuados. Una negligencia que El Jefe supo explotar.

Para abrir nuevas rutas, El Jefe estableció una vía marítima, transportando el producto procesado desde La Perla hasta El Aromo, en Táchina, Esmeraldas. Igual que lo hizo Pablo Escobar, El Jefe Jacinto Gutiérrez ordenó construir submarinos de fibra de vidrio, con los cuales evadió los controles marítimos para llegar a República del Nopal.

Los hermanos Ontaneda ultimaron todos los detalles de la reunión en El Aromo, por orden del Guasón. Contrataron, por intermedio de un famoso estilista de Guayaquil, a diez modelos VIP y para El Guasón una presentadora porteña de farándula vespertina de un conocido medio de televisión.

Contrataron un grupo musical de chicas con varios talentos llamadas Las Chichis del Vallenato, que darían el deleite visual a los presentes. Consiguieron además a un popular cantante cafetero de narcocorridos y a un cantante nacional de tecnocumbia. El bufet consistía en frutos del mar preparados en platos típicos de la región: encocado, ceviche, tapado... y licores de marca para la celebración del acuerdo.

A la reunión tampoco acudió Espíndola, pero envió a Casares y Cobos a nombre del Partido Rosado. Asturias y Echeverría acompañaron al Guasón; los dos eran muy versátiles: por un lado jugaban en favor del Presidenciable y por otro les interesaban los negocios con el contra-



bando. Por parte de las FGU vino el Comandante Alfredo, líder del Frente 45 y contacto del Cartel de Cali, acompañado de dos miembros de menor rango y unos seis soldados rasos como guardaespaldas. Por parte del cartel de Sinaloa asistió José Ramírez, alias El Químico, por sus comienzos como laboratorista en el famoso cartel nopalero.

A los vecinos de la hacienda El Aromo y de poblados esmeraldeños como Mataje, Ancón, Robalino, Borbón, El Viento, La Florida, La Tola, El Porvenir, San Lorenzo y las Peñas ya no les extrañaba la llegada de autos todoterreno con vidrios polarizados ni tampoco que se escucharan de vez en cuando disparos de grupos armados exigiéndoles que

vendieran sus tierras por las buenas o por las malas.

El Guasón organizó dos reuniones: la primera con los ciudadanos bananeros y las FGU, donde escuchó con beneplácito que el Presidenciable del Partido Rosado escaló como la espuma y que el margen que lo separaba de su oponente para la segunda vuelta era mínimo. Cobos mencionó que necesitaban concretar el resto del apoyo ofrecido y le dieron su palabra del cumplimiento de los acuerdos ya establecidos. Entonces, el Comandante Alfredo dio la orden a uno de sus subordinados y este abandonó la habitación por un momento. Regresó con un maletín de cuero negro y se lo entregó, quien lo abrió sobre la mesa.

El Comandante les recordó los compromisos: cerrar la base norteamericana en el Segundo Puerto de República Bananera; disminuir los controles del ejército bananero en la frontera; mantener el espacio aéreo sin radares habilitados en la línea fronteriza; fortalecer las relaciones con las FGU y establecer formas de colaboración recíproca para acabar con la desigualdad de los pueblos hermanos.

Para abrir nuevas rutas, El Jefe estableció una vía marítima, transportando el producto procesado desde La Perla hasta El Aroma, en Táchina, Esmeraldas. Igual que lo hizo Pablo Escobar, El Jefe Jacinto Gutiérrez ordenó construir submarinos de fibra de vidrio, con los cuales evadió los controles marítimos para llegar a República del Nopal.

La otra reunión se llevó a cabo entre El Guasón, los hermanos Ontaneda, Casares, Asturias, Echeverría, el Comandante Alfredo y El Químico. Ahí se finalizaron rutas de envío de la 'merca' desde Sucumbíos hasta Nápoles y de ahí a Esmeraldas, para sacarla por vía marítima. El Jefe quería diversificar las rutas

de distribución en sociedad con los carteles de Cali y Sinaloa.

Pasadas las formalidades, Jorge Ontaneda, el mayor de los hermanos, invitó a los presentes a pasar a la piscina. Las miradas se posaron en modelos esculturales vistiendo diminutos trajes de baño, obsequiándoles sonrisas y pidiendo que se les unan en el agua. Se montó un escenario donde Las Chichis del Vallenato con una ropa ceñida y escotada comenzaron a interpretar lo mejor de su repertorio. Los vasos de *whisky* chocaron y todo era risas y testosterona rezumando en el ambiente como un incienso narcótico que alucinaba los sentidos. Lo uno llevó a lo otro y Casares y Echeverría no resistieron la tentación y se metieron a la piscina a capturar cada uno a su sirena.

El Químico y El Guasón eran de los pocos que aún guardaban la compostura, pero el nopalero no pudo ocultar su emoción cuando el cantante de narcocorridos interpretó *Una cruz de marihuana* y emocionado pasó al frente para a corear el estribillo.

Cuando terminó la improvisada interpretación no pudo tampoco evitar lanzar disparos al aire que hicieron que las mujeres gritaran buscando protección en los cuerpos rechonchos de sus acompañantes y más de uno aprovechó la confusión del momento para agarrar una teta o una buena nalga pasada por quirófano, fingiendo que las protegían.

Luego, el cantante bananero interpretó un pasillo de Julio Jaramillo y el *whisky* empezó a correr como agua. Algunos invitados ya habían logrado despojar unos *tops* y se podían mirar algunas tetas bamboleándose al ritmo de la música nostálgica.

El Guasón hizo tal y como El Jefe Gutiérrez le aconsejó: mantuvo la compostura, tomó cuatro cervezas pequeñas y esnifó tres líneas de coca. A ratos sentía cómo la voz de El Jefe se hospedaba en su cerebro y le ordenaba qué hacer, eso le hacía sentir más seguro de sí mismo para actuar sin remordimientos. Ese huésped que controlaba su voluntad, le ordenó que era el momento propicio para retirarse a su alcoba. Los asistentes agradecieron la generosidad de El Guasón y éste se despidió recalcando que estaban en su casa.

Jorge Ontaneda acompañó al Guasón, advirtiéndole que le esperaba una sorpresa en su dormitorio. Cuando abrió la puerta contempló ataviada en un negligé transparente a una famosa conductora de televisión, regalándole una sonrisa hipócrita pero perfecta.

El mafioso escuchó la voz de Gutiérrez hablándole desde su subconsciente, recordándole las primeras veces que le llevó a los mejores burdeles de la capital para que adquiriera práctica en las artes amatorias con meretrices experimentadas. Y es que Gutiérrez pensó hasta en ese detalle, al igual que Escobar, su *alter ego* debía ser un excelente amante. Sonrió seguro y la conductora le correspondió, algo asustada al mirar la enorme cicatriz que le cruzaba el rostro. Ella prefirió cerrar los ojos e imaginó que estaba haciéndole el amor su novio y así se dejó llevar por aquel extraño, que pagó lo que ella ganaba en seis meses de sueldo, por una sola noche.

La chica se mostraba un poco reticente a las caricias de El Guasón, pero poco a poco fue cediendo.

Hasta que ya no hizo falta que fingiera, cuando pudo comprobar entre gemidos de placer la pericia y habilidad de aquel corpulento hombre, levantándola en vilo como si no pesara nada y penetrándola contra la pared. Nadie la había amado así y no pudo evitar soltar un «te amo», cuando alcanzó un orgasmo.

Así, entre gemidos provenientes de los cuartos de huéspedes y los últimos disparos al aire de El Químico para obligar al aterrorizado intérprete de narcocorridos que cantara por última vez *Una cruz de marihuana*, el silencio finalmente llegó al Aromo.

Al día siguiente, los empleados golpearon las puertas de los trasnochados huéspedes, indicando que pasaran a servirse el desayuno. Algunos aún en albornoz y protegidos del sol canicular por unas enormes sombrillas ubicadas junto a la piscina, disfrutaron del desayuno entre anécdotas y bromas de lo ocurrido la noche anterior.

Minutos después apareció El Guasón vestido con guayabera, pantalón de seda ligero y gafas negras. Degustó el desayuno junto a sus invitados y les recordó a cada uno de ellos los compromisos acordados. Nadie se percató que una cámara los estuvo filmando desde su llegada.

Antes del mediodía todos abandonaron El Aromo y El Guasón elogió a los hermanos Ontaneda por su brillante organización y les prometió hacerles cargo de la ruta de Esmeraldas.

EL REGRESO DEL ESCRIBA

Quito, inicios 2003

De los cuadernos perdidos.

Cuando volví a Quito, me contacté con Simón Bartolomé y me encomendó algunos discursos para los funcionarios del Gobierno del Presidente número 12 de República Bananera. Siempre faltaban manos para los escritores fantasmas.

Gracias a mis contactos con el Centro Cultural del Ejido logré ser facilitador de talleres literarios; daba clases tres días a la semana durante dos horas y a la vez aclaraba mis ideas para nuevos proyectos literarios.

Me enteré que Fausto y Alejandra vivían juntos. Y decidí no interferir más en su vida, porque miraba en mi amigo al mejor padre que mi hija podía tener. Yo aún tenía que vencer a mis demonios, encontrar una causa que justificara mi existencia.

El primer día hice que todos los talleristas se presentaran, eran diez en total, todos escritores novatos que querían perfeccionar su estilo, de los cuales descarté a dos luego de leer sus textos anodinos. En esa primera clase reforzamos el tema de la trama en la narrativa leyendo el cuento *El puente sobre el río búho* de Ambrose Bierce.

Durante la fase de crítica sobresalía Santiago Contreras, un muchacho con un talento innato y también estaba Francesca Lima, una estudiante no tan brillante pero con un encanto

que me hacía perder el hilo de la charla. Al finalizar la clase sobre el manejo de la trama Santiago me dejó un texto para que le diera mi opinión y Francesca esperó hasta que todos se fueron para preguntarme algo relacionado con el cuento que leímos.

—Es la primera vez que leo a Ambrose Pierce, es increíble que un escritor del siglo pasado tope temas como la temporalidad y los pasajes del subconsciente.

—Sí, pienso que autores como Borges, Cortázar y el japonés Edogada Ram Po seguro lo leyeron y les sirvió de inspiración para su obra.

—Quisiera que leyera algo que escribí, me gustaría mucho que me diera su opinión —creí escuchar porque mis ojos se perdieron en aquel escote que me auguraba un placer postergado. Asentí torpemente mientras trataba de disimular una erección involuntaria.

—Debo irme, mi novio me está esperando, pero en otro momento podríamos tomar un café si usted desea.

Francesca se alejó rápidamente. Saliendo del taller llamé a Formol y le pedí que ubicara a Pajita para reunirnos en el burdel de siempre. Milton sugirió que sería mejor vernos en una cafetería porque tenía algo importante que decirme.

Cuando nos encontramos en el CafeLibro, Milton estaba acompañado de una mujer de estilo gótico: vestido largo de terciopelo negro y mangas englobadas, ribetes de color púrpura y guantes negros, de encaje, sin dedos. Su rostro, maquillado con colores pálidos se me hizo familiar hasta que mi memoria develó su nombre. Era Elizabeth, mi

primera novia, aquella que conocí cuando Formol oficiaba sus reuniones espiritistas, al parecer ella había sido la única que aún le seguía la corriente.

—¿Y Pajita? —pregunté con inquietud.

Milton cambió su semblante y me contó lo que ocurrió con nuestro amigo Antonio Ramírez, el querido Pajita.

—Cuando te fuiste, perdí el contacto con Pajita. Me dediqué de lleno a mi cargo como médico legista de la morgue de Quito. La vez que lo volví a encontrar estaba completamente drogado y balbuceaba incoherencias, lo único que se me ocurrió fue llevarle a un centro de desintoxicación gratuita por el Valle de los Chillos. Pasó una semana y lo fui a visitar, pero los encargados me dijeron que había fugado. Cuando fui a buscarlo en su departamento por el Inca ya fue demasiado tarde, se había preparado un coctel con alcohol, cocaína y Valium que le provocó una sobredosis. Yo mismo le hice la autopsia —dijo.

Ya nada era lo mismo, Antonio 'Pajita' Ramírez decidió tripular solo un tren hacia el abismo y no estuve ahí para despedirlo o acompañarlo. Formol lucía ausente y junto a Elizabeth eran tan divertidos como dos cadáveres, inmutables en sus gestos, imperturbables y ajenos a sentimientos.

Pensé por un momento en qué habría pasado si hubiera podido cambiar su último coctel de drogas por una cerveza, o tal vez si yo le ayudaba con la mitad de la dosis que ingirió para fugarnos los dos de una vez. Pero todo ejercicio mental era inútil, él ya no estaba y de alguna manera

Formol y yo tampoco. Recordé a Borges, quien aseguró que: «Solo es nuestro lo que ha muerto, nos pertenece lo que hemos perdido, nuestras son las mujeres que nos dejaron, nuestros los días que ya no están».

Aún utilizaba ocasionalmente la vieja *Silver Reed* para transcribir algún manuscrito, principalmente poesía o textos cortos. De esta manera se me hacía más natural su corrección y cuando consideraba que el trabajo estaba listo lo escribía en computadora. Era algo que aprendí con editorial Matute y que resultaba necesario para el mundo que nos habitaba y se apropiaba de nuestras almas, mentes y cuerpos.

En la siguiente clase del taller literario, abordé los diálogos e hice énfasis en la necesidad de utilizarlos solo cuando proporcionarían información útil, no como un relleno innecesario para aumentar el volumen de una historia. Leímos *Colinas como elefantes blancos* y lo comentamos.

—¿Quién me puede decir algo sobre la historia de Hemingway? —Pregunté y el silencio abrazó la habitación —no se desesperen por contestar —reiteré para romper el hielo.

Santiago se dispuso a dar su comentario, seguramente acertado, pero le interrumpí:

La vez que lo volví a encontrar estaba completamente drogado y balbuceaba incoherencias, lo único que se me ocurrió fue llevarle a un centro de desintoxicación gratuita por el Valle de los Chillos. Pasó una semana y lo fui a visitar, pero los encargados me dijeron que había fugado.

—Tú no Santiago, quiero oír el comentario de los demás.

Myriam, algo atemorizada, argumentó:

—Es la conversación entre dos enamorados, esperando en una estación la llegada de un tren hacia Madrid.

—¿Sí, pero qué es lo que comunican a través del diálogo que sostienen?

Énver levantó la mano y asentí para que tomara la palabra:

—Ella está embarazada y él le está tratando de convencer para conseguir un aborto.

—¿En qué parte dice eso?
—preguntó Claudia, arrancando risitas dispersas del grupo.

—Claudia y su comentario nos da una clara idea de cómo no hay que leer un texto —risitas y luego silencio cuando miré con seriedad al grupo—, un texto hay que leerlo y descubrir su contenido entre líneas, no conformarnos con lo que se encuentre en la superficie. Si lo leemos y luego lo releemos la diégesis nos desentrañará algo nuevo.

Alguien por ahí con un dejo de vergüenza levantó la mano.

—Sí, dime Christian.

—¿Marcelo, qué es diégesis?

—Santiago disimuló mal una risita y levantó la mano para responder.

—¿Cuál es el chiste Santiago?

—pregunté con tono serio y sin esperar respuesta.



—¿Alguien que no sea Santiago puede explicarnos qué significa diégesis?

El silencio total significaba que el resto ignoraba su significado.

—Diégesis quiere decir exposición, explicación o relato. En este caso me estoy refiriendo a este último concepto.

Y me animé a comentar sobre *Colinas como elefantes* y sus diálogos:

—Jig es un paradigma, el universo de la diégesis es el diálogo que sostiene con el norteamericano, las referencias que tenemos sobre ellos son escasas pero su interlocución denota aquel universo de visiones contrapuestas entre sus protagonistas. ¿Está claro? —la mitad del grupo mantenía la mandíbula boquiabierta, mientras el resto esquivaba la mirada. Silencio total. Y sonriendo concluí:

—Lo anterior solo fue una explicación académica para fastidiarles —risas sin disimular.

—Lo importante de los diálogos es que permiten la interacción entre los personajes. Se debe utilizar en momentos de verdadera importancia, ya sea durante el desarrollo de los personajes, el avance de la trama o durante momentos de tensión. Si un diálogo no nos da ningún dato de importancia, debemos quitarlo de la narración. Hay que encontrar un equilibrio entre diálogo y narración.

Cuando finalizó la clase, llamé a Santiago y comenté sobre su texto:

—Me encantó el giro que le diste a tu historia. Es genial cómo aquel personaje solapado de la vecina anciana que pasaba desapercibida al final termina convirtiéndose en la asesina serial.

Debes pensar en recopilar todas tus historias, busca temas afines y un día podrías publicarlas.

Le recomendé que se contactara con mi amigo Jaime Núñez, de Editorial Matute, para que revisara su trabajo. Santiago me escuchó entusiasmado y al verlo cruzar el umbral ya no miré al alumno, sino al escritor.

Francesca de nuevo esperó a que estuviéramos solos para acercarse a darme sus comentarios desatinados.

—*Colinas como elefantes* me pareció aburrida, esperaba al final que apareciera un momento de tensión, alguien que rescatara a Jig de ese machista norteamericano, sin embargo, la historia termina cuando llega el tren. Que simplón final.

—Para contar algo no hay que matar a un personaje —dije sonriendo.

—Qué aburrido —dijo ella con esa sonrisa coqueta que invitaba a soñar.

—¿Hoy vino tu novio?

—No, hoy le dije que no viniera. Le dije que saldría con mi coordinador de Literatura —dijo guiñándome un ojo.

—¿En serio? —pregunté algo atemorizado.

—No, tonto, solo bromeaba. Debes aprender a leer entrelíneas ¿recuerdas? —Y me regaló otra de sus divinas sonrisas.

Fuimos a un bar por la avenida Eloy Alfaro donde pedimos unos cubas y conversamos de sus planes como escritora y su carrera en Administración de Empresas. Yo le comenté sobre mi experiencia como editor, mis libros, mi viaje introspectivo a la Amazonía y mis expectativas de un gobierno socialista para nuestro país.

—¿Crees que con un gobierno socialista podríamos estar tomando unos cubas mirando videos por pantalla gigante y bailando salsa?

—En primer lugar, el socialismo es igualdad para todos, tal vez no tendríamos estos lujos audiovisuales, pero sí televisión con programas de contenido cultural. Y te confieso algo, no tengo idea de cómo bailar salsa, pero me encantaría leerte poesía de Gelman, Gironde, Pessoa o Vallejo, mientras en el aire suena algo de trova.

Los tragos corrieron como agua por nuestras gargantas, hasta que vino el set de salsa, como predijo Francesca. La música pareció poseer su sensual cuerpo y vibró al ritmo de *Llorarás*, de Óscar de León, en tanto yo empecé a sentir irrespirable aquel ambiente. Literalmente como escritor en discoteca.

Cuando estuve a punto de decirle si podíamos salir a fumar algo hasta que terminara el set, un tipo alto y apuesto se acercó a ella haciéndome una venia, como si me confundiera con su padre.

—¿B a i l a m o s ? —le preguntó extendiéndole la mano. Ella regresó a verme y encontró en mis ojos un ruego, una súplica pidiéndole que dijera que no.

—Claro que sí, mi hermano no baila, pero le gusta que me divierta. ¿Cierto hermanito? —preguntó traviesa.

Asentí de mala gana y la vi entrar a la pista para desplegar un rito de apareamiento tribal con aquel bello extraño que la tomó de la cintura sin pudor y la hizo flotar sobre la pista al compás de un ritmo tropical pegajoso. Esa media hora se me

La magia se desvaneció, así
como la urgencia de tener
su cuerpo a mi lado. Y aquel
silencio incómodo ya no pudo
ser roto, necesitaba estar otra
vez solo. Llamé un taxi y la
dejé en su departamento en la
González Suárez mientras yo
volví a mi pocilga.

hizo eterna y por alguna razón al verla más atrevida y sensual con aquel maniquí, mi deseo se incrementó.

Cuando terminó el set ella me pidió prestado un bolígrafo y le anotó su teléfono en una servilleta al extraño.

—Buena noche Marcelo, un gusto conocerte —dijo el miserable antes de irse con su grupo de amigos.

Debí tener una cara de cabreado, porque Francesca me dijo con malicia:

—No pongas esa cara querido hermano. Recuerda que dijiste que no te gustaba bailar.

—Sí, pero jamás pensé que ibas a bailar de esa manera con ese tipo.

—¿Estás celoso?

—No, solo que me pareció desvergonzado.

—¿Y si es así, qué? ¿Tú ni nadie tiene derecho sobre mi voluntad y mi cuerpo, o eres como esos machitos chapados a la antigua, que creen que porque uno acepta

una cita, la mujer ya les pertenece y no tiene derecho a salir con nadie más?

La rabia me consumió, pero le di la razón.

—Creo que es hora de irme. Si quieres quédate con tu amiguito.

Pedí la cuenta y me despedí de Francesca. Afuera detuve un taxi y cuando iba a decir que tomara hacia el barrio América escuché un golpeteo en la ventana. Era ella, que abrió la puerta y se sentó a mi lado.

—¿Te gusto? —susurró en mi oído.

—Me enloqueces —le dije atrayéndola hacia mí y besándola.

Fuimos hacia un motel en las afueras de la ciudad y los dos mostramos nuestro mejor repertorio. Su cuerpo estaba esculpido en un gimnasio, simplemente un poema obscuro descifrado entre gemidos. Rogué por no defraudar aquel momento anhelado y creo haber estado a la altura. Lo hicimos una vez más, con más calma hasta quedar exhaustos. Yo fumaba un cigarrillo en el sofá y Francesca descansaba recostada sobre la cama de agua, posando para mí como la maja de Goya, entonces pregunté:

—¿Dónde aprendiste a hacer todo eso?

—La mayoría de mis novios han sido mayores, he aprendido de ellos.

—¿Y qué esperas aprender de mí?

—Nada, solo era curiosidad, nunca había tenido sexo con un escritor —afirmó con una frialdad que me descubrió del ángel que creí tener esa noche.

La magia se desvaneció, así como la urgencia de tener su

cuerpo a mi lado. Y aquel silencio incómodo ya no pudo ser roto, necesitaba estar otra vez solo. Llamé un taxi y la dejé en su departamento en la González Suárez mientras yo volví a mi pocilga.

Al día siguiente desperté. Encendí el computador y revisé si tenía algún encargo de Simón para redondear mi mes, pero lo que encontré fue un correo de al-

guien que se hacía llamar Esperanza. El mensaje confirmó que el Comandante Reyes solicitaba mis servicios para escribir. El sueldo ofrecido era de dos mil quinientos dólares mensuales netos más gastos por transporte y alimentación. En caso de estar interesado, solicitaba mi confirmación, así como la fecha desde la cual tendría disponibilidad para iniciar el trabajo.

Édgar Reyes por intermedio de algún contacto me estaba ofreciendo ser su escriba.

Faltaban un par de semanas para finalizar el ciclo del taller, así que confirmé a Esperanza la fecha en la que estaría listo. Dos horas más tarde llegó un correo indicando que en quince días me hospedara en el Hotel Colombia, en Lago Agrio, con el seudónimo de Julio Benalcázar.



Fausto Ramos

Ambato, Ecuador - 1970

Escritor, coordinador de talleres literarios de narrativa y gestor cultural de Letrábilis, grupo de gestión y difusión cultural de Literatura ecuatoriana.

Ha publicado los libros de cuentos *El señor de los cuentos: historias perdidas de la Mitad del Mundo* (Editorial Lagarto Azul 2011), género fantástico-ecuatoriano; *Palabras sombrías* (Editorial Rampi 2012), género relato oscuro; *El señor de los cuentos II: crónicas fantásticas del equinoccio* (Editorial Rampi 2014); *El señor de los cuentos III: el país de los muertos* (Editorial Huemul 2019). Su obra *Palabras sombrías* se hizo acreedora a la mención de honor a las mejores obras publicadas en género cuento, Premio Joaquín Gallegos 2012, otorgada por el Municipio de Quito. En novela ha publicado *El escriba de Angostura* (Editorial Vórtice 2021), género narco-ficción.

Ha participado en la antología de nuevos escritores ecuatorianos titulada *Luz Lateral 2* (Editorial Jaguar, 2016) y *Cicatrices del demonio* (Cuerpo de Voces Ediciones, 2021).

Su relato corto *Deja Vu* está incluido en el proyecto Minicuentos de autores del Ecuador, Fundación Cultural Rocío Durán Barba y traducido al francés por la Casa Internacional de Poetas y Escritores de Saint Malo.

Sus cuentos han sido publicados en medios digitales de Chile, Venezuela y Colombia.

Correo electrónico: fcramosr@gmail.com

Celular: 0998308640

Facebook: <https://www.facebook.com/fcramosr>

Página descarga gratuita obra *Palabras Sombrías*: <https://palabassombrias.wordpress.com/>

Página informativa libro *Crónicas Fantásticas Equinoccio*: <https://cronicasdelequinoccio.wordpress.com/>

Página Facebook libro *Historias Perdidas Mitad del Mundo*:

<https://www.facebook.com/pg/HistoriasPerdidasMitadMundo>

PREMIO ALFAGUARA DE NOVELA 2021

El hueco

■ Pilar Quintana



Estuvimos tres años en el hueco. Así lo llamábamos aunque en realidad no era un hueco. Era una estructura de paredes altísimas de concreto, sin techo. Mariángela estaba en una celda y yo, en otra. Las celdas eran contiguas.

El único hueco era el que había en todo lo alto. Por ahí entraban el sol y la noche. Por ahí nos caían la lluvia y la comida. Nunca nos dieron un plato servido como a la gente. Nos tiraban el arroz lo mis-

mo que la sopa. Había que hacer las necesidades en un rincón y había que esperar que la comida no cayera en ese rincón. Había que buscar los pedazos de comida esparcidos por toda la celda y, si era sopa, había que agacharse a lamer como los animales.

Mientras estuvimos en el hueco, Mariángela se negó a aceptar la realidad. Según ella, el hueco sí tenía techo. El intenso calor que sentía durante el día y el frío de la noche se debían a un sistema de calefacción y aire acondicionado. La lluvia era un sistema de aspersores para cultivos que colgaba del techo y los truenos, efectos de sonido reproducidos por un equipo de sonido.

Mariángela decía que Víctor había instalado todos esos sistemas con el propósito expreso de torturarnos suplementariamente. El encierro —y la pared que nos separaba—, los daños físicos, las humillaciones no eran suficientes para él. Mariángela decía que a Víctor le gustaba jugar a Dios.

En cuanto a la comida, se imaginaba que la lanzaba un aparato parecido al que dispara pelotas de tenis. Mariángela se había procurado una explicación para todo.

Para ella el hueco era hermético y estaba sumido en las tinieblas. Esa era la razón por la que no podía ver nada, no quería darse cuenta de que le habían arrancado los ojos. Yo no la desengañaba aunque a mí no me había ido mejor, a mí me habían arrancado los testículos.

La mente de Víctor era ilimitadamente perversa, y había que reconocer que en la misma medida era una mente brillante. Nos había castigado a cada uno justo

donde estaba la raíz de nuestro pecado, con un acierto y con una sevicia que solo pueden compararse con las atrocidades divinas de las que hace alarde la Biblia.

En eso de que Víctor jugaba a Dios sí tenía razón Mariángela.

Víctor tenía una flotilla de aviones, una colección de coches antiguos y un equipo de carreras. Tenía tantas propiedades en tantas ciudades que ni él mismo sabía cuántas eran. Tenía una finca —la misma donde estaba el hueco— que era más grande que Suiza. En un arrebato de ostentación la había llamado País Víctor y, de hecho, ahí solo regían sus propias leyes.

País Víctor tenía un ejército de quinientos hombres para custodiarla y no producía nada. Era una finca de recreo que nada más consumía. Tenía 77 nacimientos de agua, 77 caballos árabes y 77 habitaciones para invitados.

A Víctor le gustaban esas coincidencias numéricas —siempre de tres en tres y siempre usando el número siete— y se jactaba de tener el poder de propiciarlas.

Las pesebreras estaban alfombradas, las cerraduras de las puertas eran de oro, lo mismo que los grifos de los baños, y la pista de aterrizaje tenía capacidad para grandes aviones comerciales, aunque no llegaba ninguno.

Víctor tenía fama de haber matado más de doscientas personas y hecho explotar siete bombas de alta potencia en siete centros comerciales de siete ciudades distintas. Así había doblegado al gobierno y conseguido sus favores.

Yo solo era uno de sus pilotos y no tenía nada. La única razón

por la que Mariángela podía haberse fijado en mí era porque yo era guapo.

Víctor era bajito y rechoncho. La barriga le sobresalía por encima de los pantalones y a sus 39 parecía de cincuenta. Tenía la cara deformada por viejas marcas de acné y de vez en cuando le aparecían pústulas frescas que reventaban causando estropicio de pus y sangre.

Por eso hizo que a Mariángela le sacaran los ojos.

Mariángela era una muchacha de barrio. Una de tantas que Víctor compraba con joyas, con ropa o directamente con plata, una de esas que sacaba a pasear el fin de semana. Mariángela no era nadie. Pero tenía un culo precioso.

Por eso, a mí, Víctor me hizo cortar el suministro de testosterona.

Yo llevé a Mariángela a País Víctor. Nunca había montado en avión y estuvo muy preguntona. Cuando llegamos a la casona y vio los balcones, la piscina y la magnificencia de todo, soltó el maletín, que no había dejado que nadie le cargara, y dijo guau.

Víctor no estaba.

Nos sirvieron la cena en el comedor para veintidós personas, a ella en un extremo y a mí en el otro, y nos dejaron solos. Solos con la guacamaya de Víctor, que tenía las alas cortadas, y se movía de silla en silla. Mariángela estaba encantada de jugar a la gran dama. Afectaba los modales, se refería a la guacamaya como a su alteza real y le hacía una reverencia cada vez que alzaba la copa para tomar. Nos estuvimos riendo todo el tiempo.

En cuanto terminó el postre dejó caer la servilleta con descui-



Oí sus gritos aterrados, oí cómo la sacaban, oí cómo se resistía, oí que le suplicaba a Víctor que no la matara y al final, cuando su voz era un hilo en el extremo más alejado del pasillo, oí que gritaba mi nombre.

do sobre la mesa. Había vuelto a ser ella misma y, del modo más natural, me preguntó si me parecía que ella era muy puta por acostarse con un tipo como Víctor. Le respondí que no era más puta que yo. Ahí fue cuando nos perdimos. Lo vi en sus ojos y ella lo vio en los míos. Dejamos de reírnos.

Vinieron a decirnos que Víctor no llegaría hasta el día siguiente y nos llevaron al segundo piso. Nos asignaron habitaciones contiguas con balcones que apenas se separaban con una baranda decorativa de madera. Estoy seguro de que Víctor me puso a Mariángela tan cerca a propósito.

Hasta ese momento solo me había dado trabajos anodinos como llevar a sus amantes ocasionales de un lugar a otro. Ahora, quizás, estaba pensando hacerme su piloto personal o darme una ruta, que era lo que yo ambicionaba. Víctor no confiaba en nadie y quería probarme.

Yo habría jurado que en mí sí podía confiar. Fui el primer

sorprendido una vez se vio lo contrario. Cuando salí al balcón a fumarme un cigarrillo, ella estaba ahí. De pie junto a la baranda que separaba los cuartos. Hablamos de las montañas que se veían al frente, por hablar de alguna cosa, por disimular el nerviosismo. En cuanto tiré el cigarrillo, nos miramos y nos besamos. Cualquiera de los empleados de Víctor podía haber nos visto. Se lo dije a Mariángela y ella se entró a su habitación sin decirme nada. No tuve un instante de vacilación. Salté la baranda y entré detrás de ella.

No nos dijimos nada. Todo lo hicimos con desesperación y abandono, y no creo que fuera solo por el peligro o porque fuera nuestra primera vez, sino porque en el fondo sabíamos que también era la última. Pero fuimos felices, nos mirábamos a los ojos, más bien nos comíamos con los ojos, y sonreíamos.

Yo me vine largamente, ella no lo consiguió.

Le dije que después de un polvo imperfecto siempre hacía falta una buena conversación de cama. Ella se rió y me contó de su hijo de cuatro años. Yo, de los miedos que había pasado en mi profesión. Mariángela se fue quedando dormida en mi pecho.

Antes de irme, contemplé su hermoso culo desnudo. Aún hoy, el recuerdo de ese culo desnudo me hace posible concebir el deseo.

Yo había dejado la luz de la mesa de noche encendida y ahora estaba apagada. Me moví con cautela. A pesar de la oscuridad lo vi. Estaba sentado en el sillón. Se veía tranquilo, y hasta me pareció ver que sonreía. Tal vez ya tenía concebido su plan. No hizo nada, no dijo nada. Se levantó y se fue.

Cuando abrió la puerta, entró un chorro de luz y pude ver que había dos hombres en las esquinas del cuarto. Estaban armados y me apuntaban. Oí que otros hombres entraban en la habitación de Mariángela.

Oí sus gritos aterrados, oí cómo la sacaban, oí cómo se resistía, oí que le suplicaba a Víctor que no la matara y al final, cuando su voz era un hilo en el

extremo más alejado del pasillo, oí que gritaba mi nombre.

Quise ir por ella, pero los hombres me agarraron. Me tuvieron dos días encerrado en la habitación. Sin comida y sin agua. Sin saber qué había pasado con Mariángela. Luego me llevaron al primer piso, al comedor donde había cenado con ella y la guacamaya.

Había varios hombres y estaban Víctor y Mariángela. Nos miramos, estaba tan bonita como el primer día, le sonreí. Uno de los hombres me pegó en la cabeza con la cacha de su revólver. Mariángela soltó un grito.

Me desvistieron, me agarraron entre cuatro y me inmovilizaron sobre la mesa para veintidós personas. Entonces vi al hombre que se acercaba con el bisturí. Mariángela no paraba de llorar, Víctor le sujetaba la cara para asegurarse de que mirara. El hombre tomó mis testículos con la mano, como sopesándolos, los levantó y acercó el bisturí. Sentí el frío del acero y el calor de la sangre. Me desmayé.

Cuando volví en mí, seguía sobre la mesa del comedor. Me

habían puesto una manta encima y sentía frío. Mariángela estaba acostada a mi lado. Dormía. Por un momento pensé que seguíamos en la cama, que acabábamos de hacer el amor. La voz de Víctor me sacó del ensueño. Sentí su aliento en mi oreja. A ella le vamos a sacar los ojos, me dijo.

El hombre del bisturí —debía ser un cirujano, Víctor siempre hacía las cosas bien— estaba al lado de Mariángela. Le pusieron un aparato que le abrió los párpados. Vi claramente sus ojos verdes, vi claramente cuando el bisturí entraba. Perdí la conciencia otra vez.

A ratos la recuperaba y siempre percibía a Mariángela junto a mí. Pero todas las imágenes son borrosas y de pesadilla. Creo que vi las cuencas de sus ojos vacías. Sus ojos en las manos de Víctor. La guacamaya montada en el hombro de Víctor. Los párpados cosidos.

Cuando me desperté del todo, ella no estaba a mi lado y estábamos en el hueco.

(Tomado de: <https://hjck.com/libros/el-hueco-un-cuento-de-caperucita-se-come-al-lobo/>).



Pilar Quintana

Cali, Colombia -1972

Escritora, guionista y publicista colombiana. En 2007 fue nombrada como uno de los 39 autores menores de 39 años más destacados de Latinoamérica por el Festival Hay, y en 2011 representó a Colombia en el International Writing Program de la Universidad de Iowa. Sus relatos están reunidos en el libro *Caperucita se come al lobo* (2012). En novela ha publicado, entre otras, *Coleccionistas de polvos raros* (2007), *La perra* (2017, ganadora del IV Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana) y *Los abismos* (2021, ganadora del XXIV Premio Alfaguara de Novela 2021).

La memoria del exilio

■ Adam Zagajewski (1945 – 2021)

De las vidas de las cosas

La piel perfecta de las cosas se extiende sobre ellas
tan cómodamente como una carpa de circo.
La noche se acerca.
Bienvenida, oscuridad.
Adiós, luz.
Somos como párpados, afirmamos cosas,
tocamos ojos, pelo, oscuridad,
luz, India, Europa.
De repente me encuentro preguntando: «Cosas,
¿conocéis el sufrimiento?
¿Habéis estado alguna vez hambrientas, en la miseria?
¿Habéis llorado? ¿Conocéis el miedo,
la vergüenza? ¿Habéis conocido los celos, la envidia,
pequeños pecados, no de comisión,
pero tampoco curados por la absolución?
¿Habéis amado, y muerto,
de noche, con el viento abriendo las ventanas, absorbiendo
el frío corazón? ¿Habéis probado
la edad, el tiempo, el duelo?».
Silencio.
En la pared, baila la aguja de un barómetro.

(De *Lienzo*, 1991)

Trata de alabar el mundo mutilado

Trata de alabar el mundo mutilado.
Recuerda los largos días de junio,
y las fresas silvestres, gotas de rosado vino.
Las ortigas que metódicamente proliferan
en las casas abandonadas de exiliados.
Debes alabar el mundo mutilado.
Tú observaste los estilizados yates y los barcos;
uno de ellos tenía un largo viaje por delante,
mientras que el salado olvido aguardaba a otros.



Tú has visto a los refugiados yendo a ningún sitio,
 tú has oído a los verdugos cantar alegremente.
 Debes alabar el mundo mutilado.
 Recuerda los momentos cuando estábamos juntos
 en una habitación blanca y la cortina ondeaba.
 Regresa en el pensamiento al concierto donde la
 música se encendía.

Tú recogías bellotas en el parque en otoño
 y las hojas se marchitaban sobre las cicatrices de la
 tierra.

Alaba al mundo mutilado
 y a la pluma gris que un zorzal perdió,
 y la suave luz que se desvía y desaparece
 y regresa.

A mí mismo en mis memorias

Fluye, fluye, nube gris,
se abre la flor de la peonía,
nada te une ya a esta tierra,
nada te une ya a este cielo.
Delira en la canícula el jardín,
un gato da bostezos en el porche.
Caminas por la calle de los tilos
en flor, de qué ciudad, lo ignoras,
en qué país, no lo recuerdas.
Brillan livianos los estorninos,
la noche se aproxima suavemente,
juegan al escondite los capullos de las rosas.
Eres tan sólo un sueño, una imagen,
sólo un anhelo eres.
Cuando te vayas, como las nubes,
se teñirá de bronce tu recuerdo.
Y rondarás los ríos
y las sombras de los árboles,
pero naufragarás en la tierra, en la tierra, en la tierra.

A medianoche

Hablamos en la cocina hasta bien entrada la noche:
la lámpara de kerosén brillaba suavemente
y los objetos, alentados por la calma,
se adelantaron en medio de la oscuridad
para decirnos sus nombres: silla, jarra, mesa.
A medianoche me dijiste sal,
y en la oscuridad vimos el cielo de agosto
recorrido por una explosión de estrellas.
El pálido resplandor de la noche infinita
temblaba encima de nosotros.
El mundo ardía en silencio,
un blanco fuego lo envolvía todo,
ciudades, iglesias, montones de heno
con perfumes de tréboles y hierbabuena. Los árboles
ardían en sus copas, viento, llamas, agua y aire.
¿Por qué es tan silenciosa la noche, si los volcanes
mantienen sus ojos abiertos y el pasado
es presente, amenazando, acechando
en su guardia, como el enebro o la luna?
Tus labios están fríos, y la aurora también será
Una tela en una frente enfebrecida.

Habla más suave

Habla más suave: eres mayor que aquel
que fuiste tanto tiempo; eres mayor
que tú mismo y sigues sin saber
qué es la ausencia, el oro, la poesía.
El agua sucia anegó la calle; una tormenta breve
sacudió esta ciudad plana, adormecida.
Cada tormenta es un adiós, cientos de fotógrafos
parecen sobrevolarnos, inmortalizar con flash
segundos de miedo y pánico.
Sabes qué es el duelo, la desesperación
violenta que ahoga el ritmo cardíaco y el futuro.
Entre extraños llorabas, en un moderno almacén
donde el dinero, ágil, sin cesar, circulaba.
Has visto Venecia, y Siena, y en los lienzos, en la calle,
jovencísimas, tristes Madonnas que ansiaban ser
muchachas normales y bailar en carnaval.
Has visto incluso pequeñas urbes, nada bonitas,
gente vieja extenuada por el sufrimiento y el tiempo.
Ojos de santos morenos brillando en iconos
medievales, ojos ardientes de bestias salvajes.
Entre los dedos cogías guijarros de la playa La Galere,
y de pronto sentías por ellos una inmensa ternura,
por ellos y por el pino frágil, por todos los que allí
estuvieron contigo y por el mar,
que aunque potente, es tan solitario.
Una ternura inmensa, como si fuésemos huérfanos
de la misma casa, para siempre apartados los unos
de los otros,
condenados a breves momentos de visitas
en las frías cárceles de la actualidad.
Habla más suave: ya no eres joven,
el éxtasis ha de pactar con semanas de ayuno,
has de elegir y abandonar, dar largas
y hablar extensamente con embajadores de secos países
y labios cuarteados, has de esperar,
escribir cartas, leer libros de quinientas páginas.
Habla más suave. No abandones la poesía.

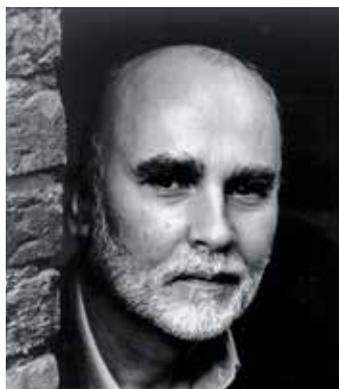
Tierra del Fuego

Tú, que ves nuestras casas por la noche
y las finas paredes de nuestras conciencias,
tú, que oyes el zumbido de las máquinas
de coser de nuestras conversaciones,

sálvame, arráncame de este sueño,
de esta amnesia.
¿Por qué es la infancia, ¡oh, tesoros de aluminio,
oh, susurro de plomo, amenazante y bello,
la única fuente, la única añoranza!?
La vejez, posterior a la edad madura, ¿por qué
es un camino inacabable,
amarillo como si fuera el Sáhara?
Sabes muy bien que algunos días
incluso el deseo se vuelve seco,
y los labios al rezar se endurecen.
A veces la moneda del sol se vuelve mate
y la vida empequeñece hasta tal punto
que podría caber
en los guantes azules de una gitana
que predice el pasado
de hasta siete generaciones.

Y es entonces cuando en un pueblo
del sur un charlatán
decide destruirte, a ti,
y a mí y a sí mismo.
Tú, que ves el blanco de nuestros ojos,
tú, que te escondes igual que un pinzón
en los serbales,
y en las cálidas medias de las nubes
como un halcón,
abre las repletas cajas de cantos,
abre la sangre que late en las aortas
de animales y piedras,
enciende las farolas en los negros jardines.

Innombrable, invisible, silencioso,
libérame de la anestesia,
llévame a la Tierra del Fuego,
llévame allí, donde los ríos
fluyen verticalmente, verticalmente fluyen
ríos horizontales.



Adam Zagajewski

Lvov, Ucrania. 1945

Cracovia, Polonia. 2021

Novelista, poeta y ensayista polaco considerado uno de los poetas contemporáneos más importantes de su país. Creció en la ciudad de Silesia, pero en 1963 se trasladó a Cracovia.

Estudió Filosofía y Psicología en la Universidad de Cracovia. Durante la década de 1970 se unió al grupo de disidentes de Cracovia llamado 'Teraz'. En 1972 publicó su primer poemario, titulado *Komunikat* (Comunicado), al que siguió la novela *Ciepło zimno* (Caliente y frío, 1975). Por aquellos años también publicaba sus ideas en la revista literaria clandestina *Zapis*, uno de los principales medios de la oposición democrática polaca.

En 1975 publicó un conjunto de poemas con claro mensaje político: *Sklepy miesne* (Carnicerías). Considerado un disidente, entre 1976 y 1978 sufrió la censura de la Polonia comunista. Zagajewski fue el principal representante de la llamada 'generación del 68', formada por autores decididos a comprometerse políticamente en sus obras.

Decidió abandonar su país y, después de una estancia de dos años en la capital alemana, viajó a Francia en 1982. Allí publicó al año siguiente la novela *Cienka kreska* (Trazo) y el ensayo *List. Oda do wielosci* (Letra. Oda a la pluralidad, 1983).

En 1988 se trasladó a Estados Unidos, donde trabajó como profesor en la Universidad de Houston (Texas). En su siguiente libro de poemas, *Plótno* (1990), se observa su evolución hacia la contemplación poética, cercana al misticismo.

En 1998 publicó *W cudzym pieknie* (En la belleza ajena), un libro de memorias; ese mismo año editó otro poemario, titulado *Trzej aniolowie* (Tres ángeles). Sus siguientes poemarios fueron *Pragnienie* (Deseo, 1999) y, en 2003, *Powrót* (El regreso).

Su obra ha merecido varios premios, entre ellos, el Premio Kurt Tucholsky (1985), Premio PEN Club de Francia (1987), Premio Vilenica (1996), Premio Tranströmer (2000), el premio que concede la Fundación Literaria Konrad Adenauer (2002), Premio Neustadt (2003) y el Premio Princesa de Asturias de las Letras 2017.

(Tomado de: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/z/zagajewski.htm>)

La travesía

[Fragmento]

■ Luisa Valenzuela



Navegación a ciegas

No cuestionó sus actos, aquel mediodía de viernes mientras dejaba un elegante portafolios negro en el guardarropas del Museo de Arte Moderno de Nueva York, el MoMA para los conocedores. Como antropóloga estaba adiestrada para estudiar conductas ajenas, no la propia. Se trataba de un portafolios pequeño, casi una cartera de hombre, lujoso y lleno y de la mejor fabricación y el mejor cuero porque en estos intercambios no se puede andar con mezquindades y todo debe tener estilo. Tampoco sintió ella en ningún momento la tentación de abrirlo para espiar el contenido. Podía hacerse una idea bastante acertada, de todos modos, dado que se había dejado tentar y había colaborado en la redacción de la carta con las instrucciones.

El sábado anterior, a falta de mejor programa, ella había acompañado a Ava Taurel, famosa dominatrix licenciada para servir a usted, por las calles de Greenwich Village en busca de un antifaz. Ava la había tomado de sorpresa al llamar para invitarla a una fiesta. Juntémonos por la tarde, así charlamos un rato, nos conocemos tan poco, le había dicho por teléfono. Se juntaron, no más, y apenas hechos los saludos Ava le informó a quemarropa que debían salir en busca de un antifaz porque se había conseguido un futuro cliente muy formal y no quería que él le vea la cara en la fiesta si es que él llega a la fiesta, por eso mismo, vayamos a buscar uno, la conminó.

Muy formal no será si aspira a ser cliente tuyo, murmuró ella. De todos modos le gustó la idea de andar buscando un antifaz por el Village esa tarde de sol, tan lejos de todo carnaval o Halloween que antifaces no habrían de encontrar. Fueron encontrando eso sí otros pertrechos útiles para el oficio de Ava que Ava compró al azar de las tiendas del ramo, cosas como las sandalias rojas de taco *stiletto* de diez centímetro de alto y largas tiras para aprisionar las pantorrillas en bellos barrotes simétricos. La simetría, le explicó Ava con toda paciencia, es lo más respetado en ese oficio suyo, todo un arte hecho de constricciones y repliegues.

Y ella, humilde observadora, sólo pudo preguntarse qué cuernos estaba haciendo allí mientras Ava procedía a detallarle que el futuro cliente no debía reconocerla porque le estaba preparando una perfecta cita a ciegas, cequera unilateral, aclaró, porque

yo del hombre sí sé lo suficiente como para armarle la trampa en la que va a caer gozoso y también dolorido como corresponde.

Esa misma noche de sábado tendría lugar la fiesta. Ava la había invitado a ella para avisarla un poco, le dijo riendo, porque parecerás muy mundana pero en el fondo eres una antropóloga cándida ignorante de las verdaderas verdades de la vida. Por

Qué tanto taparte
la cara, le dijo
por fin a Ava.
Que el ciego
sea él, le dijo;
vendale los ojos,
encapuchalo,
tenelo tabicado
como decían
los torturadores
de mi Argentina
lejana.

eso mismo se imponía cambiarle el look, y mientras bogaban en pos del inhallable antifaz aprovecharon para buscar el atuendo adecuado. Debía ser una prenda insinuante, cosa de no desentonar en tan especial evento. Ella se resistió a muchas de las sugerencias de Ava, hasta encontrar por fin en una tienda de usados un vestido de raso negro, lánguido, con un tajo en la espalda.

Con el vestido en bolsa ella se dejó guiar a lo largo de la calle Ocho hasta Broadway, donde se pusieron a manosear las pilchas de los puestos callejeros. En el cuarto o quinto puesto Ava se entusiasmó con unos *bustiers* de cuero calado, toda una promesa, y decidió probarse uno. En medio de la vereda se sacó la blusa, se calzó el *bustier* y sus enormes tetas rebalsaron dándole el aire triunfal de quien se sabe majestuosa y no grotesca. Algunos paseantes se detuvieron a aplaudir, alguno le dijo te queda estupendo cómprate el dorado, no te compres el negro, estaban en el Village a no olvidarlo, Ava se sentía feliz. Cuidado, le sopló ella, su cliente formal quizá fuera uno de esos que andaban por allí paseando el perro.

Imposible. El hombre formal según podía inferirse por su voz parecía ser de traje y corbata y diminuto teléfono celular, sólo caminaba a la vera de Central Park, vivía justo al lado del Museo de Arte Moderno, casi seguro allí mismo trabajaba, sería un curador o un alto ejecutivo, hombre culto, y perro no tendría, no, no parecía ser su estilo.

Él debe llevar una vida ordenada, de ninguna forma asociable con la cita a ciegas que él mismo había contratado recurriendo no a una Miss Lonelyhearts como hubiese sido lógico sino a una Miss Lonelyasses de insospechables consecuencias.

Y la misión le tocó a esta que se hace llamar Ava Taurel y se dice amiga de ella a pesar de ser sólo una conocida de conocidos a quien ella acompañó hasta más allá de Lower Broadway enmascarando sus incomodidades.

Con sólo la ropa interior de mujer que encontró en el portafolios y ahora lleva puesta, se tenderá usted sobre la cama y esperará, esperará. Su ama va a llegar para darle su merecido y más también, cumpliendo la cita a ciegas. Encadilante cita porque usted a su ama nunca jamás le verá la cara.

Me tienes que inventar un buen argumento, le fue pidiendo Ava a lo largo del trayecto; no que a mí me falte imaginación, te puedes suponer, soy de las mejorcitas en este rubro que requiere imaginación sutil y mucha chutzpa, pero mi nuevo cliente tan formal exige una cita a ciegas como la gente, algo totalmente inédito y desconocido, y yo a lo mío me lo conozco demasiado, qué quieres que te diga, se iba autoaplaudiendo Ava por las calles ya sin rumbo fijo, sin buscar más antifaz alguno.

Ava habló y habló, en inglés por supuesto, reclamándole a ella un buen guión para armar la trama, y ella sólo pudo pensar en apersonarse ante el hombre de marras, hombre quizá decente además de formal —pero son todas ilusiones, como siempre, se dijo— para tratar de salvarlo, aunque ¿quién tiene derecho a salvar al otro de sus propios fantasmas?

La cita a ciegas sería un salto al vacío, un borramiento. Y ella al final de la caminata y de la tarde empezó a inferir que lo suyo en cambio se limitaba a mirar, lo suyo era ver en lo posible desde todos los ángulos, tratando de no perder detalle.

Qué tanto taparte la cara, le dijo por fin a Ava. Que el ciego sea él, le dijo; vendale los ojos, encapuchalo, tenelo tabicado como decían los torturadores de mi Argentina lejana.

Buena idea, aunque para nada original, suspiró entonces Ava.

Ella se alzó de hombros. Mil años atrás en las clases de etnografía había aprendido a no intervenir para modificar el comportamiento de la especie bajo observación. Olvidate, le dijo.

Ava no era de las que abandonan su presa y acabó convenciénola con el señuelo del MoMA como sede de la acción. Juntas urdieron la trama.

Y a las doce del mediodía del siguiente viernes, respondiendo al plan preestablecido, ella dejó el portafolios-cartera en el guardarropas del museo, guardó el talón en un sobre que le había entregado Ava para el caso y se dirigió a la taquilla a comprar la entrada, no fuera que alguien la estuviese observando. Después, como quien quiere consultar algún catálogo, dio media vuelta y se dirigió a la librería del museo. Hojeó unos libros, inspeccionó las postales y al ratito escapó a la calle. Se dirigió entonces al *lobby* del edificio contiguo para entregarle al conserje el sobre que sólo encerraba el talón del guardarropas. Es un mensaje urgente, le dijo. Por motivos quizá de defensa propia evitó fijarse en el nombre del destinatario o en el número de su apartamento.

Cumplida la primera etapa del plan habría podido retomar su vida cotidiana hasta la hora señalada, pero sintió que no debía perder el impulso o cortar la concentración o, peor aún, aburrirse. Optó por volver al museo, y almorzó tranquila en la cafetería frente al patio de esculturas y después visitó con absoluta parsimonia la pequeña sala ahí nomás, entre la entrada y la cafetería, donde su compatriota Kuitka exhibía colchones con planos de ciudades ominosas hechas para recorrer durante el sueño calles de pesadilla, colchones algo quemados o chamuscados, con marcas de cigarrillos, colchones al borde de la muerte como pueden ser quizá los que transita Ava,

sospechó ella, o como podría volverse más tarde el colchón ahí arriba en el piso del hombre de la cita a ciegas quien a su vez será cegado. Un colchón que quedará regado de semen —así lo esperará él— quizá de sangre y pis, sudor y lágrimas; la indeleble marca de fluidos corporales, chamuscado quizá, hirviente. Se figuró ella.

En la planta baja del MoMA las salas grandes estaban tomadas por la obra de Kurt Schwitters. Ella pasó allí el resto de su tiempo de espera. Con minuciosidad fue siguiendo los laberintos hechos de recortes superpuestos, estudió la factura, la textura, la composición de cada collage. Eran muchos y frente a cada uno intentó contarse una

historia y percibió el reflejo de su propia vida tan hecha de retazos, tan hecha de papeles e hilos superpuestos, de rostros un poco fraccionados, borrosos, ajenos.

Estoy sola en este museo, en Nueva York, en el mundo; estoy sola y tengo esta vida a lo Schwitters con apenas la ilación de los recortes, pensó.

Había llegado hasta allí para darle forma a una cita a ciegas que no la involucraba en absoluto, que no habría de brindarle satisfacción alguna o remedio a la soledad. Paciencia. Sólo era cuestión de esperar un rato juntando coraje para más tarde, un poquito apenas, justo el coraje necesario para largar su parlamento sin siquiera mirarle la cara al tipo de marras, y sobre todo evitando que

él le viera la cara a ella. Una cita a ciegas minimalista dentro de la otra, la concreta, tan sólo gestionando la otra, orquestándola. Prefirió quedarse allí con Schwitters, no tuvo el impulso de ir al piso alto donde la colección del museo lucía en todo su esplendor. Arriba la esperaba el escenario de un encuentro impensable.

¿Quién le impidió salir corriendo? ¿Quién la obligó a enfrentarlo? ¿Había firmado un contrato, acaso? ¿La estaban vigilando? Nada de eso. Por propia voluntad se había metido en la salsa y muy por propia voluntad podría haber zafado yéndose en aquel mismo instante a su casita, y a otra cosa mariposa.

¿Acaso no sería lo más sádico de todo dejarlo al hombre espe-



rando una cita a ciegas que de tan ciega se tornaría inexistente?

Hermana, se dijo ella ya un poco desprendida de sí, como en otro nivel de la conciencia, un nivel donde todo puede ocurrir, donde conviene llevar los juegos hasta sus últimas consecuencias; hermana, vos aceptaste y no sólo aceptaste sino que pusiste tu grano de arena al armar esta trama, tenés que seguirla en lo que te corresponde, nada de agachadas de última hora, de huidas y mojigaterías que no es conducta propia de vos, hermana, monjita mía, dulce sor Caridad ahora metida en esta obra de bien por el lado del tortuoso deseo.

Qué tedio, Schwitters, un obsesivo, repetitivo, si tiro de ese piolín me encuentro desnuda ante él, ante el ojo clínico de aquel que tortura el papel en mil pedazos y después los cose con puntadas de armonioso desconcierto.

Si tiro... Sí, tiro.

El loco impulso de arrancar los papeles pegados para ver qué habría detrás la arrancó —precisamente— de la contemplación y no sin cierto horror comprobó que había llegado la hora. Las tan temidas, lorquianas cinco de la tarde. Corrió hasta la entrada para plantificarse frente a los porteros, debía buscar a un hombre con discreto portafolios colgándole del hombro. Optó por esperarlo al pie de la escalera mecánica, un sitio muy conspicuo pero no le importó, ella podía ser una visitante más del museo con aire algo intelectual. Simuló leer un folleto, espionando más allá del folleto a la altura de las carteras. Y de golpe lo avizó, reconoció el portafolios, el mismo que había dejado en el guardarropas esa misma mañana.

Elegante el hombre, y joven, y para colmo vestido en la gama de los beige, bien lo hubiera podido querer ella para un día de fiesta, pero no con sus oscuras inclinaciones y la negra cartera, no.

Él se encaminó al baño con paso despreocupado, ella pudo prever sus movimientos como si lo estuviera viendo. Él se encerrará en el excusado, se sentará sobre el inodoro y como es hombre meticoloso bajará la tapa, a menos que tenga alguna otra ocurrencia o necesidad fisiológica además de la de seguir las instrucciones de la carta. Él se asombra y después se sonríe y quizá hasta se relama al encontrar las medias caladas de mujer, el portafolios ajustable, el corpiño y el *slip* de puntilla negra haciendo juego. Él se saca el pantalón. Se saca los calzoncillos y los mete en el portafolios como para no verlos más, desnudo vuelve a sentarse sobre la tapa del inodoro y continúa leyendo las instrucciones. Ella podía seguirlo con la mente, conocía la carta de memoria porque había ayudado a redactarla a pesar de no haber diseñado la idea (poco sabía de estas cosas, poco quería saber, aunque aceptaba y acepta que querría saber bastante menos poco de lo aconsejable). La carta le indica al hombre cómo vestirse debajo de su sobrio pantalón y su sobria camisa. La carta lo envía luego a sentarse en el medio del banco central en la sala de los Pollocks, de espaldas a la entrada. Y cruce bien las piernas, lo conmina, para mostrar las medias que serán la señal para quien se sentará detrás suyo y le dará las últimas instrucciones. Y no gire la cabeza, no mire

para atrás: recuerde a la mujer de Lot, a Orfeo, a todos esos reuñentes.

Medias caladas de encaje negro, con dibujo de floritas, de esas que se usaban en los años setenta. Ella no necesitó pasarle por delante al hombre y verle las medias que él exhibía como una provocación, medias de mujer ajenas al buen gusto, a la virilidad, a sus zapatos *sport* de gamuzón color café con leche. Ella le reconoció el saco, el portafolios, era él allí tan sentadito en el justo medio de ese largo y ancho banco. Lo dejó estudiar las salpicaduras del Pollock frente a sus ojos hasta volverse bizco. Que intente encontrarle algún mensaje, pensó, siempre es bueno auscultar las obras de arte en busca de mensajes. Siempre es bueno e inútil, he ahí la gracia.

A ella la elección de lugar le pareció acertada, y no sólo por razón del amplio banco. De golpe recordó que en Londres a Jackson Pollock se lo llamó Jack el Salpicador, Jack the Dripper en lugar de Jack the Ripper, el juego de palabras resultaba apropiado para el caso, era de esperar que el hombre sentado haya hecho a su vez la alegre asociación. Ella le adivinó la sonrisa, no necesitó pasar frente a él para vérsela: sonrisa un poco sobradora, satisfecha, no segura de sí pero regodeándose ante la expectativa.

Respiró hondo y se sentó a espaldas del hombre sentado, usándolo casi de respaldo para que él no pudiera darse vuelta. Él se estremeció y ella cobró coraje: Acuérdesese también de la Gorgona —le sopló—, no sólo el hecho de mirar para atrás hiere, a veces también hiere aquello que se ve.

Pucha digo, se dijo ella, ya ando saliéndome del libreto, esti-rando sin necesidad el parlamen-to. Pero en la otra espalda tensa percibió un leve escalofrío y eso logró ratificarla. ¿Gratificarla?

Apoyó la cabeza en el hueco de la nuca del hombre; ella era tanto más baja que él pero en ese momento se sintió mucho más grande porque estaba dando las órdenes. Eche un poco la cabeza para atrás si me oye bien, le susurró, y él obedeció y fue como si hubiera querido acariciarla. Yo no soy su cita a ciegas, le dijo al hombre; soy sólo el portavoz que transmite las órdenes. Usted se va ahora a su casa, busca una navaja o un cuchillo filoso y corta la cartera, con cuidado porque tiene

doble fondo, y lo que allí encuentre se lo va a calzar en la cabeza tapándose bien la cara y cerrando todos los cierres para obturar sus propios orificios. Pero antes no se olvide de dejar la puerta de entrada apenas entornada. Con sólo la ropa interior de mujer que encontró en el portafolios y ahora lleva puesta, se tenderá usted sobre la cama y esperará, esperará. Su ama va a llegar para darle su merecido y más también, cumpliendo la cita a ciegas. Encadilante cita porque usted a su ama nunca jamás le verá la cara.

Así le dijo ella al hombre, y poniéndose de pie con total sangre fría para dar por terminada la sesión se escabulló entre el público —una figura más entre

tantas figuras— y desapareció: manchita de Pollock, recorte de Schwitters, colchón desvencijado y mancillado.

Una vez fuera del museo respiró con ganas el aire del atardecer y se alegró de que por fin hubiese terminado para ella toda la loca historia de la cita a ciegas.

Caminó tres pasos y supo que no había terminado, no: recién empezaba. Debía encarar ahora su propia cita a ciegas con la parte ignorada de sí que la había empujado a meterse en el deseo ajeno.

(Tomado de: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-travesia-933306/html/b2655ce3-e336-4949-9465-95ec0ea27202_2.html)



Luisa Valenzuela

Buenos Aires. Argentina - 1938

Su madre era la escritora Luisa Mercedes Levinson, amiga de Bioy, Borges y Sábato, y su padre el médico Pablo Valenzuela Meabe. Su primer oficio fue el periodismo, y comenzó su carrera escribiendo para los diarios *La Nación* y *El Mundo* de Buenos Aires. En 1957 publicó su primer cuento. Poco después se trasladó a Francia, donde se radicó varios años. Allí comenzó a escribir su primera novela *Hay que sonreír* (1966), y colaboró en los programas destinados a América Latina en *Radio Difusion Française*.

Volvió a Argentina como periodista en el diario *La Nación* en 1961. En 1969 obtuvo la Beca Fulbright para la Universidad de Iowa, donde escribió *El gato eficaz*. Desde 1972 hasta 1974 vivió entre México, París y Barcelona, con una breve permanencia en Nueva York, como becaria del Fondo Nacional de las Artes. Su encuentro con México nutrió materiales literarios que surgen en la novela *Como en la guerra* (1977), y la colección de cuentos, *Donde viven las águilas* (1983). Al regresar a Buenos Aires, a mediados de los setenta, escribió una colección de cuentos con el significativo título *Aquí pasan cosas raras* (1975), también los libros *Como en la guerra* (1977), *Cambio de armas* (1982), *Cola de lagartija* (1983) y *Novela negra con argentinos* (1990).

A causa de la dictadura argentina que le impedía realizar tanto su trabajo periodístico como el literario con normalidad, se exilió a EE.UU. donde permaneció durante diez años en los que fue Escritora en Residencia en el Center for Interamerican Relations y en las universidades de Nueva York y Columbia, donde durante diez años dictó diversos seminarios y talleres de escritura. Fue Fellow del New York Institute for the Humanities, del Fund for Free Expression y miembro del Freedom to Write Committee de PENAmericanCenter. Obtuvo la Beca Guggenheim en 1983. Premio Carlos Fuentes 2019.

Astor Piazzolla, centenario de un navegante solitario

■ Jorge Basilago



A pesar de las tentadoras teorías deterministas, es muy probable que la vida no tenga un único sentido. Y hasta es válido preguntarse si en la mayoría de los casos tiene al menos alguno. En general, cada persona navega la existencia como capitán, timonel y grumete de su propio barco, pero sujeta a vientos y corrientes sobre los cuales ejerce una influencia limitada: de hecho, las dos únicas certidumbres del trayecto, el nacimiento y la muerte, tam-

poco dependen de la orientación de las velas o la voluntad de la tripulación. Los navegantes que llegan a buen puerto serían, entonces, aquellos capaces de incorporar a su derrotero cada golpe de mar inesperado.

Cien años atrás, y a orillas del Atlántico, llegó al mundo Astor Piazzolla. ¿Qué significaría la distante ciudad de Buenos Aires, para un hijo de inmigrantes italianos nacido en Mar del Plata? Más aún: ¿se expresaría en tango, un niño que aprendió a tocar el bandoneón en Nueva York con un maestro de música clásica? ¿Cómo podría (o querría) ese músico joven e inquieto, una vez de regreso en Argentina, parecerse a cualquiera de los tangueros tradicionales? Estos y muchos otros golpes de mar hicieron de Piazzolla un porteño tan fiel como improbable; un navegante solitario ávido de habitar y abandonar, al mismo tiempo, los lugares comunes de esa Buenos Aires que aún hoy suena a su música.

«Si yo tuviera 20 años creo que no agarraría para el lado del tango», le confesó el bandoneonista a Natalio Gorín, uno de sus biógrafos, allá por 1990. «Me pondría una camisa negra con una calavera, un *jean* con flecos, una guitarra, me encerraría un mes con tres o cuatro músicos buenos y saldría a romper todo», completó Piazzolla, quien desde muchos años antes se sentía más cerca —estética y filosóficamente— de rockeros como Luis Alberto Spinetta y Charly García, o de la exploración desmesurada de Emerson, Lake & Palmer, que de sus colegas del tradicional 2x4.

Tal vez por esa vocación iconoclasta, el verdadero curso de su odisea ya centenaria fue el

viraje constante. Una extensa cadena de experiencias ordenadas a menudo por la negativa: cada encuentro o desencuentro podía convencerlo de torcer el rumbo; cada raptó de inspiración, de tomar una dirección contraria a la prevista; cada enseñanza de sus maestros, de explorar dimensiones insospechadas en su arte; y cada momento vivido (sufrido o gozado), de continuar cambiándolo todo. «A mí me respetaron porque siempre quise entrar al tango; Piazzolla quería salir», reconoció otro gran renovador del género, el pianista Horacio Salgán, quien no sufrió las mismas críticas y cuestionamientos que el bandoneonista.

Maestros decisivos

A lo largo de su vida Piazzolla tuvo tres grandes maestros de música, decisivos para su carrera en diferentes etapas y por razones diversas. El punto en común es que todos ellos tenían formación clásica: el húngaro Bela Wilda, el argentino Alberto Ginastera y la francesa Nadia Boulanger. Cuando niño, en la ruda Nueva York de la Gran Depresión, tomó clases con Wilda, antiguo discípulo de Sergei Rachmaninov: «Con él aprendí a amar a Bach (...). Del tango ni me acordaba», afirmaría Astor ya en su madurez, aunque nadie puede recordar aquello que en realidad desconoce.

El contacto con Ginastera (entre 1939 y 1945), en cambio, surgió luego de su regreso a la Argentina: a esas alturas ya había ingresado en una orquesta tanguera dirigida por otro bandoneonista célebre, Aníbal Troilo, de la que llegaría a ser arreglis-

ta. Pero allí no se sentía del todo completo, y su nuevo maestro lo motivó a enriquecer sus perspectivas e inquietudes con otros estímulos: «Decía Alberto que el músico no puede únicamente quedarse con sus partituras, tiene que saber literatura, cine, pintura, teatro. Para mí fue un impacto de alto voltaje. Estaba tocando con Troilo y con la mayoría de mis compañeros solo se podía hablar de fútbol y *escolaso* (juegos de azar)», solía relatar un insatisfecho Piazzolla.

Igual de descontento, pero a comienzos de los años cincuenta, Astor viajó a París en un barco de carga: había ganado una beca para estudiar por un año con Nadia Boulanger, considerada por muchos como la mejor docente musical de la historia. Dispuesto a abandonar el tango, agotado de enfrentarse a los fundamentalistas, se presentó ante Boulanger como músico clásico. Ella escuchó sus composiciones académicas y afirmó que eran correctas pero les faltaba «alma». «Muéstrame al verdadero Piazzolla», exigió. Él tocó en el piano su tango *Triunfal* y ella lo convenció de la fatalidad de su destino: rondar eternamente las entradas y salidas de ese universo bipolar, que lo veía con tanta desconfianza como avidez.

«A Astor Piazzolla lo inventa la música del tango. (...) aparece casi como una necesidad histórica», anota el investigador Gustavo Varela, en su libro *Mal de tango*. Eso queda muy claro a partir de 1955, cuando el bandoneonista regresa a la capital argentina y decide aplicar todo lo aprendido en una formación tanguera inusual, el Octeto Buenos Aires. Así se ubica como el esla-

bón más adelantado de una cadena evolutiva, resumida en los nombres de Elvino Vardaro, Julio de Caro, Osvaldo Pugliese, Horacio Salgán y él mismo, el más rupturista de todos ellos. «Yo había llegado dispuesto a romper con todo. Y, aunque les pesara en ese momento, lo que yo hacía era tango», razonaba Piazzolla por aquellos días.

Encuentros y desencuentros

Desde luego él intentaba hacer tangos, pero los encuentros y desencuentros que tuvo en esa búsqueda, lo llevaron a modelar una personalidad musical mucho menos rígida que la de sus contemporáneos: en sus composiciones flotaban juntos el arrabal porteño, Bela Bartók, Bach y el jazz de Gerry Mulligan, entre muchas otras influencias. Se lo había anticipado Carlos Gardel —que lo conoció en Nueva York, cuando Astor tenía 14 años—, al escucharlo tocar el bandoneón: «Vas a ser grande, pibe, te lo digo yo. El *fueye* lo tocás bárbaro, pero en los tangos parecés un gallego». De ese encuentro providencial quedó el augurio de éxito pero también el estigma por la esencia *extranjera* de su sonido.

«Eso que tocás no se puede bailar. Si hacés esa música te vas a morir de hambre», coincidió Aníbal Troilo, solo algunos años después, cuando lo incorporó a su orquesta como músico, compositor y arreglista. Para el tango corrían tiempos de intuición y recetas repetidas, justo lo que Piazzolla quería cambiar, a partir de su formación y de escuchar a las agrupaciones de

Vardaro y de Caro. Troilo era apenas seis años mayor que Astor, y forjó con él una amistad eterna, pero a nivel musical sus diferencias resultaron insalvables. «Yo aprendí su manera de decir, la esencia pura que tenía para tocar el tango», agradeció de todas formas Piazzolla, que a cambio le dejó varios arreglos memorables para su conjunto, y la sentida *Suite Troileana*, compuesta como homenaje tras la muerte del popular *Gordo*.

Ya como director de su propia orquesta, por un período breve (1946-48), el artista persistió en la búsqueda de sonoridades más ricas y complejas al interior —o en los arrabales— de un tango que empezaba a dar signos de estancamiento. Lo acusaron de «esterilizar» a la música tradicional porteña. El colmo del desatino se produjo en 1953, cuando presentó su obra *Buenos Aires (tres movimientos sinfónicos)* al concurso Fabien Sevitzky. El jurado le otorgó el primer lugar, pero nadie pareció estar conforme: mientras los fanáticos clásicos lo insultaban por poner dos bandoneones al frente de una orquesta sinfónica, los tangueros más radicales le recriminaban sus veleidades «cultas». Y los seguidores *piazzolleanos* no tuvieron mejor idea que defender su causa a golpes contra los otros dos grupos.

Las turbulentas aguas de los años sesenta permitieron, curiosamente, que su vocación experimental navegara con algo más de calma. Buenos Aires se había transformado y el tango tradicional no supo responder a esa modernización; el público juvenil, por pura solidaridad de época, estaba más cerca de quien

enfurecía a sus padres y abuelos al acercarse al tango con el jazz o el rock. Y en ese proceso, a Piazzolla se le ocurrió un nuevo viraje: incorporar textos a su música, hasta allí, instrumental. La primera experiencia, junto con Jorge Luis Borges, dejó un disco excelente —*El tango*, de 1965, con las voces del cantor Edmundo Rivero y el actor Luis Medina Castro— pero una pésima relación entre ambos, por celos e incomprensiones mutuas.

Debieron transcurrir dos años para que Astor encontrara, en el poeta uruguayo Horacio Ferrer, lo que con Borges fue imposible: una convivencia prolongada y armónica, tanto humana como creativamente. «El estilo de Ferrer, plagado de neologismos, imágenes de un prudente surrealismo, controlada psicodelia y actualizaciones del lunfardo, era la correspondencia directa del estilo musical de Piazzolla», reflexionó el periodista Santiago Giordano, del diario *Página/12*. Ambos artistas, complementados por la cantante Amelita Baltar —entonces en pareja con el compositor— firmaron tal vez los últimos clásicos tangueros hasta el presente.

Creatividad y angustias

Sobre todo en los comienzos de su producción, cuando era arreglista de orquestas ajenas, la composición generaba en Piazzolla una doble corriente de angustia: la creativa y la pública, porque sus obras tardaron mucho en ser aceptadas por sus colegas y, en especial, por los espectadores. Por caso, aunque muchos de sus arreglos de tangos tradicionales

fueron muy celebrados, e interpretados por grandes agrupaciones de la época, hubo otros que casi lo convencieron de romper para siempre con el género ciudadano. La introducción que compuso para *Copas, amigas y besos*, por ejemplo, era tan larga y tan compleja, que las parejas que seguían a la orquesta de Troilo salían a bailarla en puntas de pie, como si fuese música clásica, solo para burlarse de su autor.

Las exploraciones de Astor en cuanto a la conformación de sus conjuntos —prefería el quinteto, si bien en diferentes etapas probó con sextetos, octetos y nonetos—, fue otro rasgo distintivo del modo en que operaba su inspiración. De la forma al fondo, la cuidadosa elección de los músicos, su decisión pionera de tocar el bandoneón de pie, o la inclusión de instrumentos eléctricos, le resultaban vitales para encontrar la puesta en escena, las texturas y las sonoridades que definieran su estilo particular. Pero semejante nivel de autoexigencia, durante muchos años, no supuso una mayor valoración popular: «Lo insultaban por la calle, incluso un taxista lo acusó de ser el asesino del tango y se negó a llevarlo», evoca Laura Escalada, la última esposa de Piazzolla.

El gran salto hacia el reconocimiento masivo de su arte es, en sí mismo, una desgarradora paradoja. En 1959, cuando murió su padre —Vicente Nonino Piazzolla, el hombre que le compró su primer bandoneón y lo vio batallar sin demasiada fortuna para que su talento fuese valorado—, Astor estaba de gira por Puerto Rico. «Déjenme un rato solo», pidió a sus allegados,



abrumado por la pena. Al salir, media hora más tarde, tenía en sus manos la partitura de *Adiós, Nonino*: su dolor personal, transmutado en una sentida melodía, se encumbró como un himno universal de Buenos Aires. «De mis obras ha sido la que más me gusta, la que más quiere la gente y la más popular», diría luego el artista.

Una década más tarde, ya con la complicidad de Ferrer y Baltar, rozaría aquel suceso —sin alcanzarlo— con *Balada para un loco*, otra de sus creaciones más difundidas. Al igual que con *Buenos Aires (tres movimientos sinfónicos)*, todo inició en un concurso y terminó en conflicto: aquella vez, porque le otorgaron el primer premio; en esta otra, porque su obra fue relegada al segundo lugar, detrás de un tango que hoy solo recobra existencia pública cuando se menciona la injusticia

cometida en la premiación. Según Ferrer, la balada «trataba de interpretar el espíritu de la época: la idea de libertad, de locura buena, como una forma de abordar la existencia».

«Después de *Adiós, Nonino*, mi viejo se pasó el resto de su vida intentando componer algo más grande, pero no pudo», confiesa su hijo, el pianista y tecladista Daniel Piazzolla, quien acompañó a su padre en el Octeto Electrónico de los años setenta. «*Libertango* (presentado en 1974) es uno de los temas más interpretados de todo el mundo, pero él no estaba tan conforme con esa obra», agrega. A cien años de su nacimiento, es probable que Astor Piazzolla aún esté buscando buenas corrientes y mejores vientos, para arribar al puerto que su inspiración le pone siempre un poco más allá. Como de costumbre, navega solo.

Benjamín Prado

POEMAS

Su viva imagen

—Eres su viva imagen, me decían
sin sospechar entonces que esas cuatro palabras
iban a ser ahora mi condena.

No tengo dónde huir, dónde esconderme:
sus ojos están dentro de mis ojos;
su apellido en el mío
como el nombre de un barco en el fondo del mar.
Lo que ayer fue mi casa,
es la guarida de los tiburones.

Tú estabas a mi lado
y me has visto nadar en ríos de veneno;
has visto lágrimas
que eran cristales rotos, una lluvia de espinas,
cicatrices de agua que cruzaba la piel.

Miro su alianza de oro en mi dedo
y su rostro tallado sobre el mío,
mientras la vida sigue,
el aire mueve
los árboles o el sol ilumina su casa
lo mismo que si no estuviera vacía.

El tiempo sólo cura aquello que se puede
sustituir y yo no siento nada
que no sintiese antes
cualquiera en cuyas venas ha bebido la muerte:
la grieta de la angustia,
la plaga de los verbos en pasado;
los recuerdos que buscan su lugar en la vida.

Es tan raro saber que no volveré a verla
y los demás
seguiremos entrando en restaurantes,
cines,
supermercados,
estaciones de tren...



Que no volveré a oír su voz pero a las nueve
será otra vez la hora de la cena,
los fines de semana iré al estadio,
mi coche rodará por la autopista
que ella escuchaba desde su jardín...

Pienso en su dios cruel, el dueño del dolor
y la mentira,
el cínico dice:
—Yo te destruyo para que descanses en paz.
Y ojalá fuese cierto lo que nunca he creído
y ella viera la soledad que deja,
cómo la echo de menos; cuánto me va a faltar;
lo que daría
por volverla a tener una vez más aquí,
un día más, tan sólo.

La mía es la tristeza del cobarde
que reúne para seguir en pie
el valor que no tuvo para ver la caída
de aquello que más quiso.

No tengo que explicártelo. Tú estabas con nosotros
y conoces
el dolor sin refugios,

las sábanas que acechan el cuerpo del herido;
conoces el enjambre feroz de las agujas,
las noches que no acaban cuando sale el sol.

Quien lo sabía todo de mí se ha llevado
el secreto a la tumba,
me he convertido en un desconocido:
el hombre que perdió el rastro de su sangre;
que se ha vuelto una sombra;
que no tiene a quién preguntar por él.

Ahora que mi madre ya no está —si eso es cierto,
si hoy no va a resolver un crucigrama,
ni a mirar los concursos de la televisión
como todas las tardes;
si ha caído en un sueño eterno del que nunca
vamos a despertar—,
guardaré sus palabras, custodiaré sus huellas;
y jamás voy a darla por perdida:
la memoria es el margen de error del olvido.

Le gustaban la nieve, los gatos, la familia;
el fuego,
cocinar,
los cumpleaños,



llorar con las películas románticas;
encender velas en las catedrales.
Le asustaban los médicos,
las llamadas nocturnas,
las tormentas,
el frío,
los reptiles...

Antes de las sirenas y las radiografías,
el miedo blanco de las ambulancias,
sus labios devorados
lentamente
por la carcoma de las oraciones.

Antes de los engaños piadosos,
el fuego amigo de las medicinas,
el esqueleto abriéndose paso hacia la luz.

Cómo puedo escribir lo inexplicable,
lo que no tiene nombre,
lo que todos callamos porque la vida sigue
y junto al cementerio hay tiendas y mercados,
jóvenes que adelantan con sus motocicletas
a los furgones fúnebres,
y avanzamos de espaldas a lo que nos espera
y llamamos silencio
a todo lo que nadie quiere oír.

Le gustaban las fiestas,
los océanos
y creer que su dios no le daba los golpes
sino la fuerza para soportarlos.
Temía la vejez y al abandono:
pensaba que la forma más triste de marcharse
es no tener a alguien que te diga adiós.

La imagino en la época en que yo no existía,
haciendo cosas
que nunca le vi hacer: enamorarse,
bailar, romper las reglas, ser feliz;
y a veces me pregunto
si fue siempre la misma mujer que conocíamos,
tuvo tan claras sus obligaciones,
dónde estaba su sitio,
de qué infiernos no era decente escapar.

Le gustaba que habláramos
de su salud,
del clima,
de su infancia en los años de la Guerra Civil.
Le asustaban los cambios y las banderas rojas,
la libertad y el paso de los días.

Antes de la morfina y el delirio,
de que fuera quedándose sin caminos de vuelta,
sin puentes que cruzar,
sin esperanza.
No sé cómo explicarlo:
los recuerdos te siguen; pero cuando te vuelves,
nunca están ahí.

Ahora que ya se ha ido,
sólo será posible querernos a escondidas,
fingir ante los otros que no me habla por dentro,
que todo ha terminado entre los dos.
Las cosas no se pierden cuando desaparecen,
sino cuando las dejas de buscar.

Miro su anillo;
miro sus fotos
y soy yo:
puedo ver nuestra cara, nuestras manos...
Y eso que era mi orgullo, ahora es mi condena:
ser hoy que ya no está su viva imagen,
ser su eco,
su huella
el fantasma
de María Ángeles Prado, la mujer de mi vida.

El día en que deje de quererte

Sé que llegará el día en que deje de quererte.

Todo será tan rápido:
primero pensaré que la vida se acaba,
que nunca fui más lejos que al dejarte marchar;
después
vendrá el olvido.

Estos poemas
hablarán todavía de nosotros
pero de ti y de mí, ya no, ya nunca más.

Cuando África amanezca cubierta por la nieve
y en los cuadros de Goya luzca el sol.
El día en que las águilas se vuelen de los dólares,
Pompeya se despierte
de su sueño a la sombra del volcán,
entonces,
sólo entonces
dejaré de quererte.

El día que no acabe a las doce de la noche.
El día en que el cielo de Marte cubra el cielo
o Raskolnikov salga de 'Crimen y castigo'
a poner unas rosas
en la tumba de Dostoievsky,
entonces
todo habrá terminado,
no te voy a querer.

Para hasta que eso ocurra,
sólo tú y yo
podríamos
separarme
de ti.

Nunca es tarde

Nunca es tarde para empezar de cero,
para quemar los barcos,
para que alguien te diga:
—Yo sólo puedo estar contigo o contra mí.

Nunca es tarde para cortar la cuerda,
para volver a echar las campanas al vuelo,
para beber de esa agua que no ibas a beber.

Nunca es tarde para romper con todo,
para dejar de ser un hombre que no pueda
permitirse un pasado.

Y además
es tan fácil:
llega María, acaba el invierno, sale el sol,
la nieve llora lágrimas de gigante vencido
y de pronto la puerta no es un error del muro
y la calma no es cal viva en el alma
y mis llaves no cierran y abren una prisión.

Es así, tan sencillo de explicar: —Ya no es tarde,
y si antes escribía para poder vivir,
ahora
quiero vivir
para contarlo.

Historia de Isabel

|
Era esta misma casa. Eran calles de junio,
casi azules;
muros ensimismados,
plata líquida,
lentas persianas del atardecer.

Qué raro este silencio,
la niebla deambulando por las habitaciones.
En el jardín,
las hojas de otoño son cometas
que giran en la órbita de algún sol extinguido.

Qué raro el corazón a la intemperie,
el corazón en vilo,
la luz descarrilando en los cristales,
qué raro el corazón.

||
El viento agita un sauce
que ahora es seda rasgada,
surtidor de leones,
río del cielo.

Hay nubes que parecen,
algodón escarlata,
humo o sangre vertida.

Me buscaron por toda la ciudad.
Yo veía
descuajados los árboles,
detenidas las hojas.
Yo recuerdo
autobuses vacíos, callejones sin nadie
y tormentas azules que ponían
lluvia lenta de níquel dentro del corazón.

Una mujer tatuada sobre la mano de alguien
bailaba entre las tazas de café.

III

Mientras la luna elige sus ciudades
y despierta a sus lobos;
lentamente,
cuando la tinta tiende su emboscada
a la memoria,
he vuelto
una vez más
por esta misma casa de entonces, medio en ruinas.

La oscuridad oculta duros bosques de ébano
y el aire lee el Corán de las enredaderas.

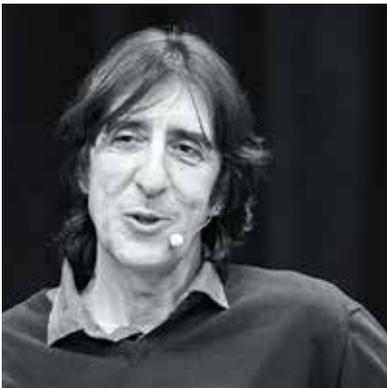
Acuérdate: una noche rompimos un espejo.
Otra noche pasaron cinco años.
Cuando te dije adiós, tuve que preguntarte
de dónde habías venido
y quién eras.

IV

Aún estás a mi lado.
Camino tras tus pies
y la ciudad
desemboca en un río,
un bosque,
una verbena.

Los recuerdos reúnen su mercurio en mi frente
y las tardes se acaban
lo mismo que se rompe un dios de arcilla.

Abro los ojos:
fuera ya no hay nadie.
Los letreros eléctricos van anunciando el frío
y en cada ventana se suicida una estrella.



Benjamín Prado
Madrid, España - 1961

Novelista, ensayista y poeta español. Su trabajo como poeta se inicia con la publicación de cinco libros de poesía recogidos en el volumen *Ecuador* (2002): *Un caso sencillo* (1986), *El corazón azul alumbrado* (1990), *Asuntos personales* (1991), *Todos nosotros* (1998) y *Cobijo contra la tormenta* (1995), ganador del Premio Hiperión de poesía.

En novela, su primera publicación es *Raro* (1995), seguida de *Nunca le des la mano a un pistolero zurdo* (1996) y *No solo el fuego* (1998). En 2018 publica su última novela *Los treinta apellidos*, cuyo protagonista, Juan Urbano, también lo es en tres de sus anteriores obras: *Mala gente que camina* (2006), *Operación Gladio* (2011) y *Ajuste de cuentas* (2013).

Como ensayista, destaca su defensa de la lírica y ámbito poético en *Siete maneras de decir manzana* (2000) y el retrato de la vida y obra de las escritoras María Teresa de León, Anna Ajmátova, Marina Tsvietáieva, Carson McCullers e Isak Dinesen en *Los nombres de Antígona* (2001). Dirige la revista *Cuadernos de Hispanoamérica*.

A lo largo de su trayectoria como escritor ha sido reconocido con diversos premios como el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, el Generación del 27 y el Premio Andalucía de Novela.

Peso pluma, la levedad del poema

■ Yuliana Marcillo

Pedro Rosa Balda me cita en el muelle del Gremio Náutico de Manta o 'Capitalísima', como lo llama. En diciembre de 2020 publicó con la editorial La Caída el libro *Peso pluma*, su tercera obra poética. Estamos rodeados de barcos pequeños y lanchas. Más allá el azul del mar. Un poco más allá los pájaros dándose chapuzones en el agua. Y un tanto más lejos los pescadores y la ciudad.

Esta entrevista propone un acercamiento a su obra poética, a propósito de *Peso pluma* y otras leguas de trabajos literarios que se trabajan en su propio ritmo y tiempo, que oscilan entre pensamientos filosóficos, haikus, pintura y prosa poética.

Pedro publicó su primer libro en 2017, *Veladuras*, con la editorial El Conejo. Su segundo poemario se titula *Uves como cuervos*, impreso en 2013 por El Ángel Editor, traducido al francés como *Les Corbeaux* por Rémy Durand y publicado en Francia en 2017 por la editorial Villa Cisneros Tolón. Sus textos han aparecido en revistas de papel y virtuales de Ecuador y Francia.

La vida en Francia

Nació en Manta, en la calle América. Aprendió a nadar en el mismo lugar donde nos hemos encontrado, cuando no existía el muelle y en su lugar había un rompeolas. El agua era cristalina, los peces se veían desde la superficie.

«Para mí el mar es muy importante, no sé cómo lo traicioné tantos años viviendo en París; allá, cuando iba al mar, descubría que me hacía falta, ahora me costaría mucho alejarme; es como una presencia, está en todas partes. Manta es una ciudad pequeña y manejable, no ando en carro, voy a pie, me gusta caminar, de esa forma revivo el Centro un poco, por ejemplo, todavía está en pie la casa donde nació».

Cuando tenía 23 años ganó una beca en la Alianza Francesa y se fue a Francia. No dudó en hacerlo. En Ecuador estaba siendo para otros y no para él mismo. Entonces, voló. Vivió en París alrededor de 34 años, mucho más de lo que ha vivido en Manta. Después de estudiar francés se dedicó a la docencia y a la traducción.

«Me interesaba cambiar de idioma; los idiomas tienen diversas implicaciones, al cambiar de idioma también cambias todo. La bohemia me atrajo cuando era joven, pero luego me fui alejando, al final te das

cuenta que estás perdiendo el tiempo, pasé mucho tiempo buscándome y por suerte todavía lo sigo haciendo. Quería traducir a Baudelaire, era como mi héroe de la época, quería vivir en su ciudad y estar en los lugares donde él estuvo, finalmente nunca lo llegué a traducir. Aquí en Ecuador estaba en el ruido, necesitaba estar solo, no fue fácil al principio. Siempre me he sentido marginal aquí o allá».

El poema y *Zapaquilda*

Pedro regresó a Ecuador en el 2014. Actualmente vive solo, bueno, no tan solo, su gata *Zapaquilda* de 8 años lo acompaña. A su regreso ha conseguido tener equilibrio, algo que le ha permitido la edad, la experiencia y el tiempo. Tiene algunos proyectos de publicación en mesa, aunque no tiene prisa en publicar, se considera un escritor tardío.

«Soy bastante solitario, no frecuento mucha gente, me siento mejor en compañía de los animales. Y esto también ocurría allá. París es una ciudad tan grande que te permite cierta soledad. Nunca he sido sociable. No ha sido fácil reintegrarme, he tenido que hacer mi espacio a la fuerza. Quizás en algún momento regrese a la traducción, por ahora estoy haciendo lo que siempre quise hacer: escribir, pintar y vivir tranquilo. A mí la soledad siempre me ha gustado, me gusta estar conmigo mismo, reflexionando, escribiendo, meditando».

Peso pluma es el resultado de un proyecto de silogismos y haikus. Está constituido por grabaciones, frases cortas, pero

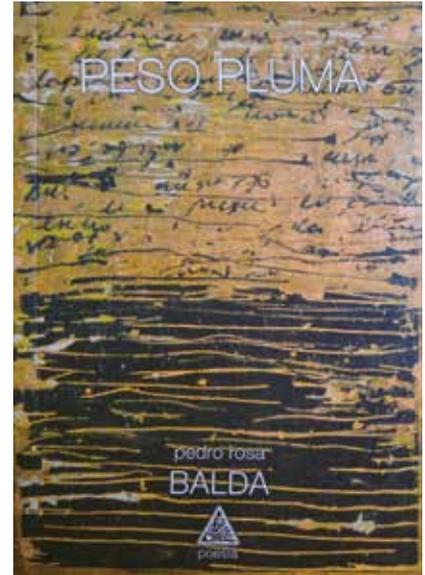
de gran densidad, imágenes y pensamientos. Pedro lo cataloga como un libro diverso. Hay una especie de descontento lúcido, hay un existencialismo que es bastante bien resuelto con humor negro.

Filosofía y proyectos

Actualmente se encuentra trabajando en un libro de pensamientos titulado *Cuaderno de la ira*, obra que también tendrá una sección de silogismos, prepara asimismo otro libro de prosa poética y otro de poemas un poco más extensos, pero ninguno con fecha de publicación, los textos que va escribiendo los ubica en estas secciones como una forma de ir ordenando las ideas.

Dolor, hambre, muerte, felicidad, llanto, enfermedad, artista, arte, son algunas de las imágenes que se ahondan en *Peso pluma* con una levedad que invita a la duda, a manera de preguntas o reflexiones filosóficas.

«La filosofía siempre me ha interesado, soy un filósofo frustrado, no la he estudiado, pero leo mucha filosofía. Colecciono pensamientos, opiniones, críticas. Me gusta trabajar con pocas frases, tengo tendencia a ser muy corto, me gusta el haiku. Quería hacer algo diferente a los otros dos libros, los poemas cortos tampoco son tarea fácil, es difícil darle el sentido. La poesía actual peca porque dice mucho, hay una exageración de la metáfora que pretende decir mucho pero no dice nada, estoy cansado de la poesía que habla demasiado y este libro también es una reacción a eso.





«Los poetas siempre están en actuación, les gusta estar bajo los proyectores, ser los mejores, los primeros, el centro de atención y se creen muy importantes. Yo creo que el poeta tiene que ser un niño siempre, cuando se vuelve adulto o adusto, pierde lo principal...».

»Mucha gente dice que mi escritura es pesimista, yo les digo que no es pesimista sino lúcida, hay un desencanto, pero es un desencanto creativo, a la literatura le afecta mucho la literatura de autoayuda, el arte no está para salvar a nadie ni la literatura para decirte cómo ser feliz en diez pasos. El arte tiene su propio tiempo y está fuera de ese tiempo comercial y utilitario».

Rosa Balda parafrasea a Jorge Luis Borges: «hay que publicar para olvidarse del libro o para que el libro se olvide de uno». *Peso pluma* ha sido escrito

hace mucho, pero Pedro decidió publicarlo hace dos años aproximadamente. Realizó un proceso de edición y selección de todas las anotaciones y textos que tenía en borrador. Su escritura se dio en la calle, en cualquier lugar donde pudiera tomar una pluma y un papel. Luego en casa pulía y clasificaba. La portada del libro es un cuadro de su autoría.

De roles y actuación

El libro también contiene una serie de reflexiones sobre el arte, el rol del artista y la poesía. Hace varios años, Pedro no asiste a encuentros literarios ni lee poesía en público. Huye de los escenarios y tampoco lee para tratar de agradar o ser aceptado.

«Los poetas siempre están en actuación, les gusta estar bajo los proyectores, ser los mejores, los primeros, el centro de atención y se creen muy importantes. Yo creo que el poeta tiene que ser un niño siempre, cuando se vuelve adulto o adusto, pierde lo principal. El encanto del artista es conversar la inocencia, una especie de lucidez, porque hay una forma de inocencia en el arte.

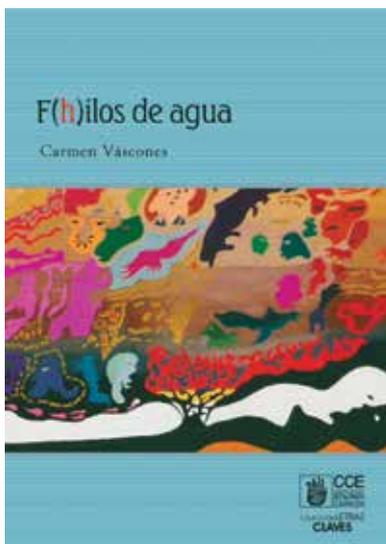
»El medio del arte se ha vuelto competitivo y se encuentra bajo las luces de los reflectores, es demasiado actuado. Me molesta el lado de la representación. Hay mucho populismo, los escritores le dan al público lo que quiere escuchar, en ese sentido el texto tiene que agradar al público, yo creo que el poeta no tiene que agradar a nadie, el poeta tiene que escribir lo que necesita escribir y punto, eso de querer buscar

La cadencia mística de la poesía de Carmen Váscones

■ Cristina Morales Ruiz

*Vista sin mancha. Se deshoja mi piel fugitiva. Sombra no repara nada.
A veces palabras se me atascan en laberinto del cuerpo.*

Carmen Váscones



Es bien sabido que el agua es un antiguo y delicado elemento que cubre la mayor parte de nuestro mundo, sin el cual no es posible la vida y del cual todos los seres que vivimos estamos compuestos en gran medida. Pero, además, traza con su fuerza secular la memoria poderosa de sus caminos por la Tierra y ni las presas pueden detenerla, ya que su fuerza constante, según las mitologías orientales, es capaz de quebrar la dureza de la piedra. Según la tradición judeocristiana, en el principio del tiempo «el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas».

Digo esto en primer lugar porque la Casa de la Cultura Ecuatoriana 'Benjamín Carrión' publicó recientemente el poemario *F(h)ilos de agua*, de la autora Carmen Váscones, como parte de la colección Letras Claves.

La cadencia mística de Carmen Váscones permite acceder al contenido de sus poemas sin encorsetarse en la fría y exclusiva interpretación racional, a través de seis Libros. Es una poesía que hay que descifrar desde nuestro corazón, al compás —a veces armónico y a veces tormentoso— que siguen nuestro fluido sanguíneo y las mareas.

Hay un puente hacia el mundo simbólico que hermana a la poeta y a la persona que atraviesa las páginas de su obra. Leer a Carmen Váscones es arriesgarse a nadar entre arquetipos como Narciso, Edipo y las constantes luchas humanas en el útero oceánico de los tiempos. Sus versos encadenan eslabones breves de sabiduría vital, es decir, *savia*.

¿Cómo la humanidad puede sobreponerse al caos, que bien describe Carmen Váscones, si no es con el apuntalamiento de su corazón en la poesía? Incluso ahora que siglos se nos escurren entre los dedos y luego siguen su camino convertidos en la tinta que surca por el papel.



La poeta tiene una mirada aguda para ver a las personas que la circundan a través de su piel, en un permanente ir y venir de las aguas de la búsqueda del ser, que comparte con calidez y delicadeza, como en este fragmento del poema 'Aun extrañada no dejo de ser':

¿Soy a través de mí?
—No hay opción—
(Mi cuerpo no es tuyo)

Mundo no soy tu uno

¿Yo de quién eres?
(Espejo se mueve)

Temo dejar por fuera de esta selección de poemas de la autora valiosos 'f(h)ilos', mas qué quedaría entonces para el solaz del público lector de esta obra, que acercamos con tanto placer a nuestro público.

Selección de poemas de *F(h)ilos de agua*

Aún en fuente lo feroz de la obediencia

—patalea—

Sometimiento al cordón umbilical

Juega con cuerda

—Placenta aguanta—

Agua amortigua cualquier golpe

—Atronadoramente—

No sabe de rendiciones

—Empuja(do) al comienzo

A destrucción sin nombre

Preso pulmones

Aliento lucha

Boca busca alcanzar...

Muerde soledad

Cobra resuello

Llanto se impone

¿Palabra se quiebra?

Tiembla mano con ese cuerpito

Respiración

Pausa.

Dibuja en agua
Peregrinación del vacío

¿Dónde no se hunde visión de uno...?

Resurrección de lo prohibido:
Un instante para dios y tu conflicto
Caída de ley
Ola de angustia

¿Ser flota en cuerpo o en palabra?

(Pensamiento errabundo)

¿Cuál es límite entre agua y tierra?
¿Cielo no nos sepulta?
¿Todavía se siembran árboles?
¿Siento que puedo respirar?

—Torpe—
¿Quién me asfixia?
(No te me acerques)
—¿Te asustas?—

Pareces caos sin oportunidad

Cuando te tornas reo

Tan sin creación

Tan sin ti.

Mi madre: una margarita
Con mar revuelto en desembocadura
Huella de su boca roja raudal sanguíneo en mejilla del tiempo
Vino su deseo en hojarascas de campo perdido en su vientre
Su útero se desprendió de cansancio
Naufragó como vela en océano
Su destierro: copa vacía del amor testarudo
Su fantasía: subterráneo donde raíz aprieta nudo de nada
Ermitaña en sus vestidos retoca belleza que no pierde
Su rutina delantal para que no la coja desocupada
Su infancia se borró en mirada dada a él
Aquel hombre cruzó a caballo por pueblo de vasijas de barro
Patas del caballo pisotea arcilla para fuego
Tallado en cerrojo de paraíso y caos
Promesa mundana acodera «la» colibrí
Descalza se adentra en jungla de pieles
Pone estaca de madera al día y a la noche silvestremente
Recoge fruta de pechiche y la deja caer en paila de cobre
Su rasgo tierno asoma como relámpago cuando tensión no la toca
Su marido roble erguido en estación de sol con sombrero
(Luna acompaña recuerdo de tu voz)
—Eso no es todo—
Ella una paz y una guerra al borde de la línea
Donde las dos no nos ponemos de acuerdo
—Ajusto cuenta—
Caracol suelta cuerda de música
Agua se desparrama hasta encharcar noche
—Las dos con juegos de papel secan frío de soledad—
Reflejo de ambas queda en sonido de ola.

Si nacemos con vida «completa»
Por qué siempre esa sensación de algo falta
Como si no alcanzáramos
¿A llenar o vaciar qué?

Algo nos toca y recuerda lo lento
Que somos con el sentimiento
Razones dadas o justificadas
O esas lesiones que están ahí
Que no se borran fácilmente

¿Reemprendiendo siempre en eso
para descubrir mi ser?

Despaciosamente como un espejo
Me acepto a pesar de negarme
En borrascosa mirada

Y sin embargo somos tan rápido con la muerte
No alcanzamos a descifrarla
Nos invade con su soledad y disfraz de excusas
(Escudo del horror encaprichado con perfidia del
amante)

Trampa de una atracción que oprime sentidos
Que deja seco al afecto
Que encharca de agua sospechosa

Que se hunde en esa mirada vacía del torpe narciso.

Página inédita cada día
Su historia no es de ninguna de nosotras
Está ahí como hilo pendiente del carrete vacío
La recuerdo para no dejarla en el pozo perdida

(Soy otra margarita)
No me confundo en ese nombre
Ni en voluntad de nadie

(No permití soberanía de nadie sobre mí)

Palabra mamá me recuerda nací

Me llamo como me da la gana.

Absurdo de tener un cerebro
No saber qué hacer con él
Lo bombardeamos

(Lo masacramos en su única realidad anatómica)

O la hecatombe:
Sesos explotando sobre un poblado

—(Atacante tiene su cómplice)—

Una sola cabeza no es suficiente
Para inventar horror

Necesita de otro que sostenga
Para lograr su monstruosidad

No hay fantasma sólo un real escenario
Para lo absurdo.

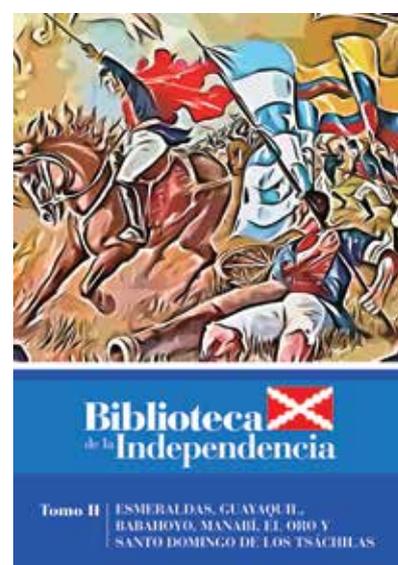
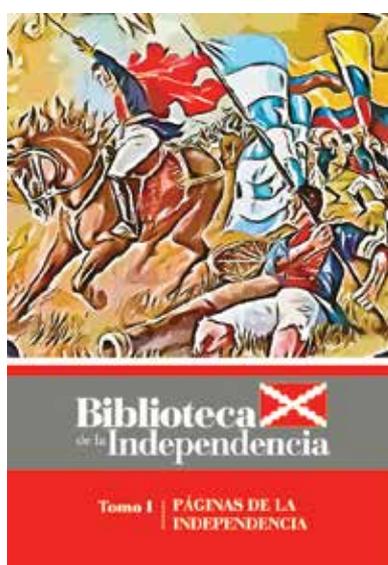


Carmen Váscones

Samborondón, Ecuador - 1958

Es psicóloga clínica de profesión y a lo largo de su trayectoria ha desempeñado un trabajo entrañable con grupos vulnerables, a través de organizaciones estatales como el Instituto Nacional del Niño y la Familia (INNFA) y el Programa del Muchacho Trabajador del Banco Central. Como escritora, ha sido invitada a ferias del libro en Venezuela, Perú y Canadá; y ha impartido talleres literarios. Además del libro que ahora damos a conocer, ha publicado *La muerte, un ensayo de amores* (1991); *Con/Fabulaciones* (1992); *Memorial a un acantilado* (1994); *Aguaje* (1999); *Oasis de voces* (2011); *Soledad pagana* (2017); y *Ultraje/Outrage* (EE.UU.-Canadá-Ecuador, 2018).

Libros en homenaje al bicentenario de la independencia



La Casa de la Cultura Ecuatoriana y la Academia Nacional de Historia, dentro del convenio marco suscrito para realizar actividades culturales y publicaciones, resolvieron rendir homenaje al Bicentenario de la Independencia del Ecuador, que se inició el 9 de octubre al cumplirse 200 años de la gesta heroica de Guayaquil 1820, con la publicación de la *Biblioteca de la Independencia*: una colección de libros en los que se narran los hechos históricos de esta gesta libertaria en todas las provincias del país, relatados por historiadores nacionales en un mancomunado esfuerzo nacional.

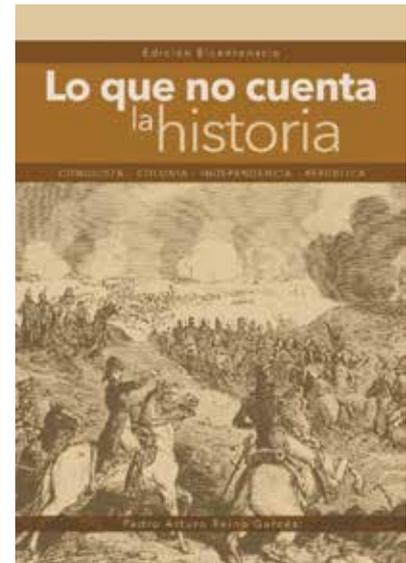
Tomo I.- Dice su autor, Franklin Barriga López, director de la Academia Nacional de Historia, al que tituló *Páginas de la Independencia*: «En la segunda fase de los sucesos heroicos que nos dieron libertad y que comenzaron en la Perla del Pacífico el 9 de octubre de 1820 y culminaron en la Batalla del Pichincha, el 24 de mayo de 1822, sin olvidar que la primera fase se inició el 9 de agosto de 1809, que consagró a Quito como Luz de América, y pagó tributo de sangre, atropello y martirio, el 2 de agosto del año siguiente». El anhelo del autor con esta obra es «alentar el sentimiento sano y edificante en pos de mejores días para el Ecuador, en

el marco de la cohesión nacional y para que se reflexione en torno a si hemos sido dignos de mantener, seguir y expandir el ejemplo de nuestros valores humanos o de acontecimientos merecedores de perdurar en la memoria de las generaciones...».

Tomo II.- La trascendencia de Esmeraldas en la independencia ecuatoriana 1809-1822, Diego Moscoso Peñaherrera; La trascendencia de Esmeraldas en la independencia ecuatoriana 1809-1822, Bing Nevárez Mendoza; La Revolución esmeraldeña del 5 de agosto de 1820 en el Estado de Quito y en América, César Augusto Alarcón Costa; Soldados negros, mulatos y zambos en la Independencia de la región de Quito, Javier Gomezjurado Zevallos; Bicentenario de una Revolución Libertadora, Rodrigo Páez Terán; La Revolución de Octubre vista desde su ámbito naval, Capitán de Fragata (S.P.) Mariano Sánchez Bravo; El Colegio Electoral de Guayaquil 1820-1822, Dr. Alberto Cordero Aroca, MSc.; Una Columna para los Próceres y celebrar con ella el Primer Centenario de Nuestra Independencia, Jorge Suárez Ramírez; 9 de Octubre de 1920 y un vuelo hacia Cuenca gestado en Guayaquil; Las aventuras de la goleta *Alcance* y la Independencia de Guayaquil, en Octubre de 1820, Dr. Magno Marriott; Guayaquil prehispánico, una historia fragmentada, Gustavo Costta; Babahoyo en la independencia política de la Provincia de Guayaquil, Leonardo A. Caicedo Aldaz; La independencia de Manabí - La problemática conformación del Estado nacional en Ecuador,

Carlos Alberto Zambrano Argandoña; Independencia de El Oro, Voltaire Medina Orellana; Las montañas de Santo Domingo de los Colorados entre la Revolución de Quito de 1810 y la Batalla de Pichincha de 1822, Patricio Velarde Segovia.

Tomo III.- Este tomo, que al momento se encuentra en imprenta, tiene como escenario principal las provincias de la Sierra con el siguiente contenido: José Joaquín Olmedo y Guayaquil: 1820-1822, Rocío Rosero Jácome; La Independencia de Loja, Pío Jaramillo Alvarado; Cuenca y la Independencia del Ecuador - El pensamiento libertario en la Independencia de Cuenca, Juan Cordero Íñiguez; La Independencia de Cuenca y Azogues, Bolívar Cárdenas E.; La Independencia del Cañar, Marco Robles López; Combates de Camino Real y Tanizahua, 9 de noviembre de 1820 - 3 de enero de 1821, César Augusto Alarcón Costa; La Independencia de Riobamba en el contexto de las conmemoraciones del primer cuarto del siglo XX, Franklin Cepeda Astudillo; Riobamba: de los levantamientos indígenas a la Independencia, Kléver Antonio Bravo; 12 de noviembre de 1820: Independencia de Ambato, Carlos Miranda Torres; Latacunga en la independencia, Franklin Barriga López; La Batalla de Pichincha: Historia de la Historia, Juan Francisco Donoso Game; Personajes y precedentes del asesinato del Mariscal Antonio José de Sucre, Diego Moscoso Peñaherrera; Instantáneas históricas en torno al proceso independentista de los imbabureños, José Echeverría-Almeida; Car-



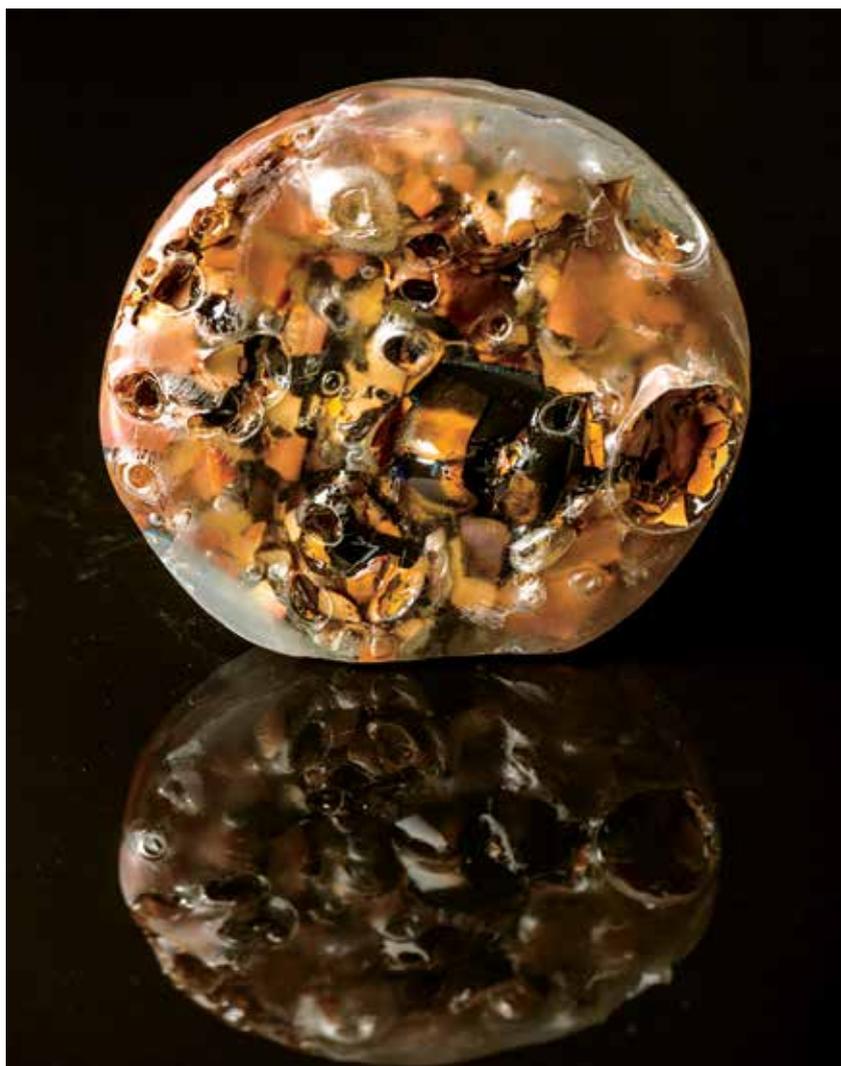
chi: Algunos hechos importantes en la Independencia, Bayardo Ulloa Enríquez.

Lo que no cuenta la historia

Este libro, de Pedro Reino Garcés, fue publicado por la Casa de la Cultura en homenaje al Bicentenario de la Independencia de Ambato. Dice el autor: «Elegí esta categoría de metalinguaje para ubicarme en un mundo de contradicciones de saberes en el que nos movemos». Contiene una introducción y cuatro capítulos: El problema de lo falso en la textualidad de nuestra historia; Conquista / Llegan los saqueadores; Colonia / Doctrinas de explotación; Independencia / Consolidación en el poder; República / Las dinastías del poder en el siglo XIX y una amplia bibliografía.

Tarasieh Werle-Vahdat

■ Rodrigo Villacís Molina



Esta artista nos llegó hace 47 años, de Azerbaiyán, Irán, y se quedó en el Ecuador con su esposo, alemán, convirtiéndose en una ecuatoriana más, aunque de origen sefardí y de fe Bahá'í. De éste, su nuevo país, se ha desplazado con alguna frecuencia para exponer su obra en otros, de América y otros conti-

nentes. Su material es el vidrio y su instrumento principal, el horno; porque necesita las altas temperaturas para manejar ese material tan duro como frágil.

RVM. ¿Qué le hizo radicarse en el Ecuador?

TW-V. Me gustó su gente, su geografía, el clima de Quito: donde nacieron las dos hijas que tengo, y donde estableció mi esposo su negocio, como encargado de la oficina de una empresa farmacéutica.

¿No tuvo problemas con el idioma?; porque entiendo que el suyo, de origen, es el persa, tan diferente al español...

Antes de venir yo había estudiado en España el idioma, porque me encantaba conocer otras lenguas, otras regiones, otras culturas, su arte. Y debo añadir que el arte, de una u otra forma, siempre ha sido una inquietud de mi familia.

El arte es un concepto muy amplio, muy diverso, pero el que usted practica no es muy común: con el vidrio como material.

Bueno, cuando vine a este mi país, me encontré con un mundo muy abierto al arte, y me relacioné con pintores como Kingman, entre otros. Y cuando nació mi



segunda hija ingresé, como oyente, a la Facultad de Artes de la Universidad Central, donde seguí por cinco años, incluido uno de Historia del Arte.

Pero hasta donde yo sé, el arte del vidrio, que es el suyo, no se practica en esa facultad.

Durante una visita a mis padres en Estados Unidos, me topé con el catálogo de una universidad de arte en California, donde decía *Soplado de vidrio como medio de expresión artística*. Me pareció interesante y tomé las clases, que me fascinaron. Esto entre el penúltimo y el último año en la Central. Pero me di cuenta de que no tenía aquí los medios para soplar vidrio. Entonces, cambié soplar vidrio por formar vidrio a base de calor. Así, a mi regreso monté un pequeño taller en mi casa, y comencé a trabajar, hasta poder presentar algo. Y después de dos años me fui a la Escuela

Pilchuck, en el estado de Washington, donde hay una escuela específica para el vidrio. Ahí enseñan todas las formas de utilizar este material, que hay muchas, y se van ampliando, más.





Pero usted no tiene aquí competencia con este material.

Bueno, sí hay; pero me he dado cuenta de que nunca se atrevieron a experimentar. Yo, en cambio, siempre estoy experimentando; hasta se me quemó un horno; pero sigo experimentando. Y creo que la base del arte es experimentar; sin eso, uno se estanca.

¿Dónde consigue la materia prima?

No podía conseguir el material propio, digamos, y entonces me decidí por el vidrio de ventana, hasta que ya pude comprar uno más adecuado, importándolo para un proyecto en el Cementerio Parque de la Paz, de Guayaquil.

¿Cómo viene el vidrio?

Todo vidrio viene plano, y se lo corta, se lo funde, o se lo muele y se le hace polvo para ponerlo en un molde de yeso, que pongo al horno. El color lo traigo del exterior, son óxidos con diversas mezclas. Lo pongo en el molde, o lo pinto después; depende de lo que quiera lograr.

Pero siempre su obra no puede ser sino abstracta, por razones del material.

Me he dado modos para hacer piezas figurativas, no muchas, pero pienso, incluso, hacer una exposición con obras de esta clase, y también una muestra con el tema del «corazón» visto con la óptica de las literaturas oriental, occidental y quichua. Pero aún no me he dado tiempo.

Volviendo al material, usted se vale también de otros materiales...

Así es: la piedra andesita, mármol, acero inoxidable, madera donde encaja el vidrio.

También hace usted vitrales; los he visto en casas particulares y en negocios e instituciones públicas.

Pero no son vitrales combinados con plomo o cobre, como lo hacen tradicionalmente, que también usan pintura. En mi caso son más bien relieves, con moldes (yeso mezclado con otros materiales); pero no es la única técnica. Porque según el espacio se las puede idear.

¿A qué temperatura se licua el vidrio?

A 1.500 grados. Entonces está listo para el molde.

¿Se puede decir que parte de su trabajo consiste en soplar el vidrio?

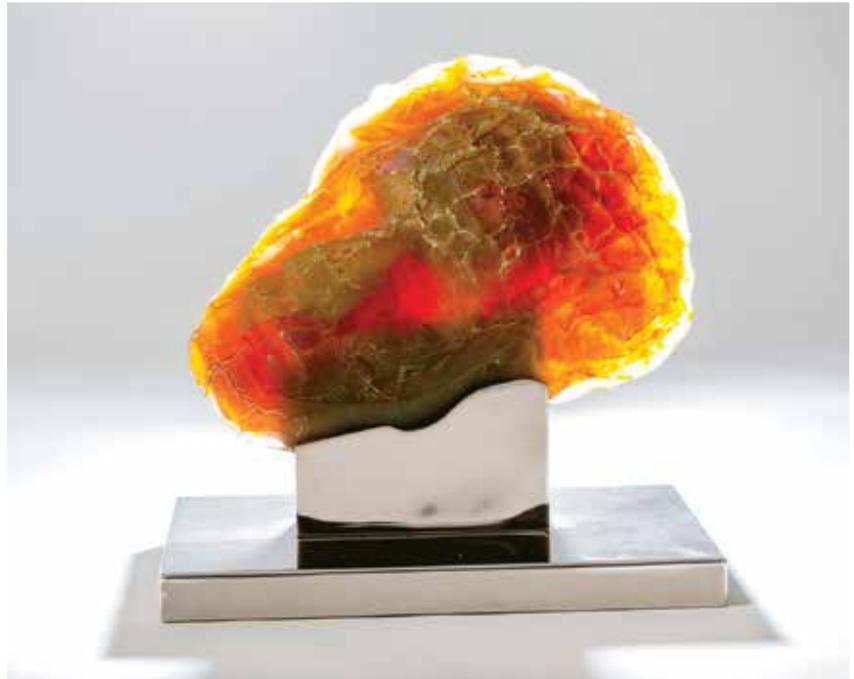
Aquí no puedo soplar. Cuando yo vine, sí había dónde soplar, pero era muy artesanal el procedimiento, y con el tiempo desapareció.

Me viene a la mente el dicho popular, para expresarlo más fácil: «Soplar y hacer botellas».

He oído eso y tiene gracia.

Y dónde hacen las botellas, a propósito.

En Guayaquil hay una fábrica de botellas y las soplan con unas máquinas, en serie.





Eso, entonces, responde al dicho.

Claro.

¿Artistas importantes que trabajaron con el vidrio?

No solamente los que hicieron los grandes vitrales de las catedrales medievales de Europa, por ejemplo; maravillosamente pintadas. Sino también grandes artistas del siglo XX, comenzando por Picasso, se interesaron en este material y se valieron de los técnicos de Venecia y otras ciudades. Pero ahora mismo hay artistas que utilizan el vidrio, combinándolo con otros materiales... No en el Ecuador, y eso es un poco mi culpa porque no me he dado tiempo para hacer un taller.





¿Hay demanda de su obra?

Había bastante, pero últimamente ha bajado mucho la demanda. Y creo que por la situación actual, eso ocurre con el arte en general.

¿Cuántas exposiciones tuyas en el Ecuador?

En las principales ciudades: Quito, Guayaquil, Cuenca, Ambato. Pero también en Alemania. Es muy difícil en otros países, por los costos, aduanas, seguros, etc., y la falta de convenios, como hay en otras partes.

¿Y la crítica?

Bien, muy buenos comentarios en diversos medios, inclusive entrevistas generosas en la televisión.

Espero ver la próxima muestra, lo más pronto.

Está invitado.

29 enero, 2021

No solamente los que hicieron los grandes vitrales de las catedrales medievales de Europa, por ejemplo; maravillosamente pintadas. Sino también grandes artistas del siglo XX, comenzando por Picasso, se interesaron en este material y se valieron de los técnicos de Venecia y otras ciudades.



La Isla de los gatos negros (Galápagos),¹

DE GUSTAVO VÁSCONEZ HURTADO

■ Antonio Sacoto



Léi con pasión su novela histórica *Pluma de Acero: la vida novelésca de Juan Montalvo* (1942) cuando preparaba mi libro *Juan Montalvo: el escritor y el estilista* (1974) y lo cito; me deslumbró su estilo robusto, castizo y el dominio del arte narrativo.

La producción literaria de Gustavo Vásconez Hurtado es pareja a la de la generación ecuatoriana de los años treinta y cuarenta del realismo social, pero él no se adhirió a ella ni por su temática ni por su propósito de denuncia, ni por el manejo técnico, fue un escritor sui géneris. *La isla de los gatos negros*, motivo de este estudio, no participa del realismo mágico o del post realismo mágico que para 1973 está en boga.

El *modus operandi* de *La isla de los gatos negros* es muy siglo XIX, al estilo de Galdós y Pereda en España, y con limitados mecanismos técnicos

¹ Gustavo Vásconez Hurtado, *La isla de los gatos negros (Galápagos)*, Libri Mundi, Quito, 1993.

logra levantar una original novela *tour de force* por el interés de las historias y su desenvolvimiento, por personajes únicos que se salen de la tipificación, por una estructura maciza y principalmente por su estilo rebosante de energía y poético.

La Floreana es el epicentro narrativo adonde han llegado primero el doctor Weinhardt y su compañera Grete, en 1929; Gunther Lindemann, su esposa Matilde y su hijo Chris, en 1930, y la baronesa Lotte Van Rath y sus dos acompañantes y amantes Jack Colvin y Paul Wernoft, en octubre de 1933, todos de nacionalidad alemana, excepto la baronesa que nació en Viena-Austria. Los Weinhardt están más cerca de la playa, a dos horas de camino. Los Lindemann más empinados, y en la colina, a cien yardas de estos, la baronesa. Todos vienen en misión secreta de espionaje dada la importancia de las Islas Galápagos en el mapa bélico del Pacífico en los albores de la Segunda Guerra Mundial: el doctor Weinhardt para los nazis, Lindemann para los antinazis e indirectamente para el FBI, la baronesa para el imperio japonés, y Paúl Weinhardt para el partido comunista, es decir Moscú, y su misión es espiar a la baronesa.

En esas misiones misteriosas y secretas se encuentran los susodichos, pero al mismo tiempo se desdobl原因 abismalmente el drama humano, las rivalidades y peleas de los amantes de la barone-

sa, la seducción por ella al joven adolescente Chris Lindemann y al noruego Vanager, contacto de Wernoft con Divo, director del partido comunista en Guayaquil; el silencio y aislamiento de Grete que le empujan a las redes amorosas de Colvin, los odios y recriminaciones, *vendettas* (en-

El modus operandi de La isla de los gatos negros es muy siglo XIX, al estilo de Galdós y Pereda en España, y con limitados mecanismos técnicos logra levantar una original novela tour de force por el interés de las historias y su desenvolvimiento, por personajes únicos que se salen de la tipificación, por una estructura maciza y principalmente por su estilo rebosante de energía y poético.

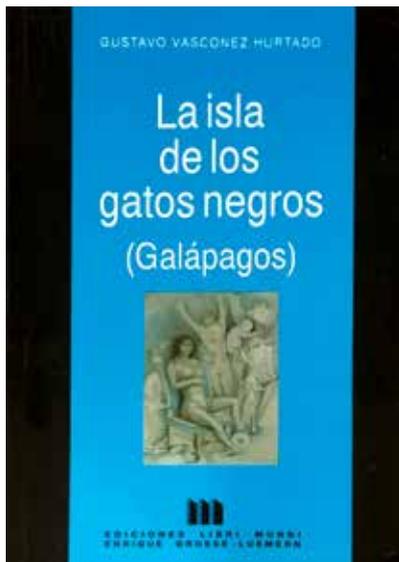
venamiento de los pollos del doctor) y asesinatos (Greta envenena al doctor Weinhardt, Colvin mata de un disparo a la baronesa, y Paúl a Colvin); en el fondo de la historia siempre el mar ondulan- te y marino, sus playas blancas,

el viento que silba, la vegetación, toda la especie de animales, todo esto en un mural cromático.

La narración es lineal, salvo algunos retrocesos cuando los personajes hacen un recuento de sus vidas y se remontan a tiempos pasados; tiene la estructura tradicional: tres partes, la primera se ocupa de delinear a sus personas y el lugar de los acontecimientos. Esta es la más lograda e interesante; la segunda, el nudo, el engarzamiento de las acciones, el tono es policial, detectivesco muy a lo Agatha Christie; el tercero, el desenlace, asesinatos en el desenmascaramiento de los actantes.

La protagonista es la baronesa Lotte Van Rath, una especie de Mata Hari y de mujer mórbidamente seductora, sórdidamente amante del placer, su sensualidad transpira y transmite, devoradora de hombres como la María Félix en *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos. «Hereditaria del poder de seducción y de la ambición» (25), pero principalmente es una hermosa mujer: «Su pelo rubio como la miel, ojos azules y grandes, un cuerpo felino, labios delicados y sensuales» (25); esta belleza adosa- da de una excelente educación, habla siete idiomas, conoce todas las ciudades

europeas y la vida social y promiscua de París de la época, con matrimonios y *affaires* de la alta aristocracia y la diplomacia; su ambición económica le obliga a incorporarse al espionaje japonés. Este personaje en el pedestal



de su vida, belleza y juventud, es y será como en las tragedias griegas arrastrado al fondo y a la muerte (la poética). El doctor Weinhardt, sin ser un personaje antagónico, sí tiene actitudes, ánimos, ideas y teorías que le distancian de la baronesa; hay una manifiesta antipatía desde un principio; si la baronesa se abre como flor de mayo al amor, él se cierra (Grete la compañera le pide, le implora: «Karl, por qué no puedes ser menos duro y más romántico conmigo, estamos solos y yo necesito tu afecto, yo necesito tu amor...» (17). Él le contesta con ironía, «el amor es una función como cualquier otra, además estamos aquí para cumplir una misión, ayudar a nuestro país, a contribuir a la grandeza de la nueva Alemania; como se advierte aquí, en la isla los fuertes sobreviven y dominan, esa es nuestra raza, una raza superior que pronto dominará el mundo» (17). Grete sería una flor de agosto marchita y mustia. La baronesa dispone de los mejores vinos, *champagne* y *coñac*, y los disfruta y da rienda suelta a sus sentidos, *carpe diem*, es sensual; el doctor es abstemio y antisocial y prefiere una vida austera con una rigidez monástica, sin embargo, los dos cumplen su misión de espionaje a carta cabal.

Grete Riedel es un personaje lastimosamente patético, siempre está deambulando desnuda por la playa bajo el curtidor y reverberante sol; en la primera estampa de ella —como una cámara cineteca— se advierte una mujer todavía atractiva, caminaba desnuda y traía agua, «el sol le ha teñido su piel de un color canela, sus senos eran firmes,

sus labios alargados, su pelo corto» (11); han pasado tres años y su atractivo, desdeñado por su compañero, es apetecido por un hombre vecino que siempre le sigue y persigue. Grete, que aparece soslayada por la hostil vegetación de la isla, despreciada por los otros habitantes, al final se abraza del sol candente y disfruta de un voraz encuentro sexual. Ella pasea desnuda en la playa, él la sigue; ella se sumerge en el agua, él hace igual: salen del agua y caminan por la playa juntos hasta encontrar un escondite en donde vorazmente se entregan al amor (207 ss). Ella es la única que regresa a su país natal donde publica un libro, *Satanás vino al paraíso*, allí habla sobre la isla y sus peripecias. De regreso y de paso por Guayaquil ya anunció su proyecto de escribir sobre su estancia en la Floreana, y se advierte ya en ella una mujer más vivaz y vigorosa, al punto que un periodista la encuentra atractiva, amable, sonriente y a pesar de su cojera ella es una mujer con un aire de belleza (268).

Mucho más ofrecen estos personajes, pero el marco de este estudio no me permite penetrar en su psicosis. Nos referimos brevemente a los otros: Jack Colvin, el amante preferido de la baronesa que, salvo su lealtad a su causa, engendra la maldad, el abuso, el mordaz envilecimiento en el constante maltrato de Paúl Wernoft, el otro amante sumiso y humilde, ultrajado y golpeado y todo esto aguanta no sólo por su sometimiento a la causa del partido comunista, sino porque es un ciego empedernido enamorado de la baronesa; los dos son consentidores antes y ahora

de los continuos devaneos de la baronesa.

Varanger, el noruego, contacto del partido con Arnold cuando visita la Floreana, también se enamora y se acuesta con la baronesa, a sabiendas de sus amantes. Todos estos personajes están bien tallados; los Lindemann: Gunther, Matilde de raíz judía, Chri, el hijo discapacitado, los contactos de cada uno de ellos, las autoridades del archipiélago, incluso las prostitutas porque en el escenario de la novela desfilan un sinfín de gentes, desde los más humildes hasta autoridades y científicos, y de paso incluso el presidente Roosevelt con una tarjeta de gracias a Gunther Lindemann. Ningún personaje se pierde y queda suelto; tampoco podemos adentrarnos en la detallada y minuciosa descripción de las islas, simplemente dígame que estos elementos están líricamente descritos y rodeados de una aureola de misterio, pero latentes, al punto que nos recuerdan *La vorágine* de Eustasio Rivera por la frase lapidaria «la selva los tragó».

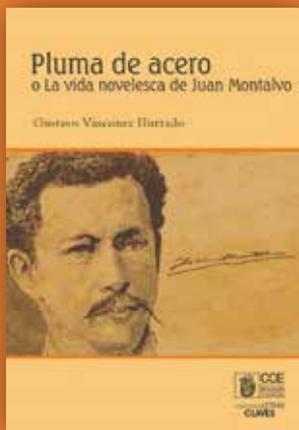
Las historias y las teorías científicas, Darwin y la teoría de la evolución, etcétera, están allí. El novelista, ajeno a las innovaciones técnicas de su época, logra escribir una fascinante novela: la narración en primera y tercera persona la mayoría de las veces al sol de mediodía y otras bajo la neblina que cobija el misterio, espíritus, ambigüedades con matices oníricos. Hay siempre un autor omnisciente que ausculta y escudriña a su objeto, y un siempre omnipresente testigo autor; el código que buscan los actantes espías mantiene en alto el interés y es el moti-

vo del desenlace lleno de intrigas y al estilo policial, como ya lo dijimos, de Agatha Christie: ¿Quién? ¿Quién es el asesino? ¿Motivo? Técnica *sine qua non* de las tragedias griegas (la poética) como el pañuelo en Otelo; el elemento técnico desplegado con maestría para esculpir sus personajes es el punto de vista. Varanger le ve a la baronesa rubia, pálida, pelo de seda, ojos azules; ella le miró a él con deseo (130); el doctor Weinhardt, en carta a las autoridades, indica que cree que se trata de un caso de desbalance espiritual; las disputas y peleas de sus amantes ha convertido la isla del paraíso en un infierno; ella ha corrompido al joven Lindemann. (250). El jefe militar Quintanar, al recibir otra carta del doctor que se queja y exige que se le expulse de la isla a la baronesa, exclama: «Mmm, ella es incapaz de matar una mosca» y recuerda su pelo rubio y sus movimientos impertinentes (211). Los cuadros descriptivos poéticos se despliegan en la novela de principio a fin, las citas que además señalan la fauna y flora están ornamentadas de colores y ruidos, es decir, llenas de imágenes cromáticas y auditivas. Igualmente los niveles narrativos son abundantes e intensos, con una enorme claridad y precisión; los diálogos son grandísimos, lacónicos, apropiados y de un gran espesor. Citamos como ejemplo, página (110). La baronesa decidió bañarse en el agua recogida de lluvia que les servía a todos para la alimentación y vida doméstica. Allí, ella desnuda, enjabonada, gozaba de las delicias de esta agua pura y limpia y la llenaba de jabón. Apareció el doctor furioso y le

arrastró: «Cómo usted se atreve. No sabe que bebemos esta agua. Que cocinamos con esta agua... que yo la hice en la roca viva... y nuestras vidas dependen de esta agua». La baronesa con toda la calma —que debe de exasperarle más aún—, le contesta: «El agua es de todos, además, usted no tiene patente de ser el dueño del agua». —«Usted es una mujer ordinaria y decepciona su lascivia»— ... —«Usted no es un doctor, usted es un simple sacamuelas»—... así continúa este diálogo que refleja a los dos personajes.

Por todo lo anotado, no hay lugar a duda que nos encontramos frente a una hermosa novela.

Libros de la Casa



Pluma de acero o La vida novelesca de Juan Montalvo

Autor: Gustavo Vásconez Hurtado

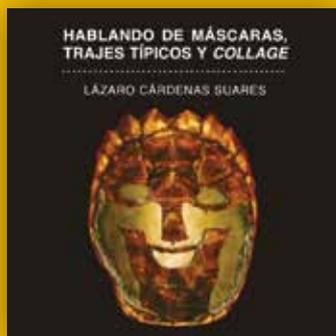
Género: Biografía

Editorial: CCE

Año: 2020

«Según críticos y lectores, esta obra constituye el mayor esfuerzo por acercarse a la vida y obra del insigne pensador

y patriota Juan Montalvo (Ambato, 1832 – París, 1889). Es una novela que relata, con minucioso detalle y cuidada prosa, la vida de Montalvo: su niñez, sus pasiones y vocaciones, su formación, su aprendizaje y su carácter, sus amores y desamores, los ideales que lo llevaron a constituirse en una figura emblemática del país». PHC



Hablando de máscaras, trajes típicos y collage

Autor: Lázaro Cárdenas Suárez

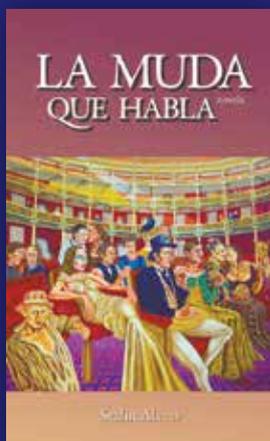
Género: Arte

Editorial: CCE – Núcleo de Esmeraldas

Año: 2021

«Lázaro Francisco Cárdenas Suárez, nacido en Esmeraldas, provincia de Esmeraldas, tiene

74 años, es un artesano que entrega a través de sus manos la creación de múltiples expresiones de arte: máscaras, cuadros (utilizando la técnica del *collage*), vestidos típicos siempre con materiales reciclados de origen natural, revelando expresiones diversas entre alegría, tristeza y meditación; utiliza bien sus colores». SCS



La muda que habla

Autor: Stalin Alvear

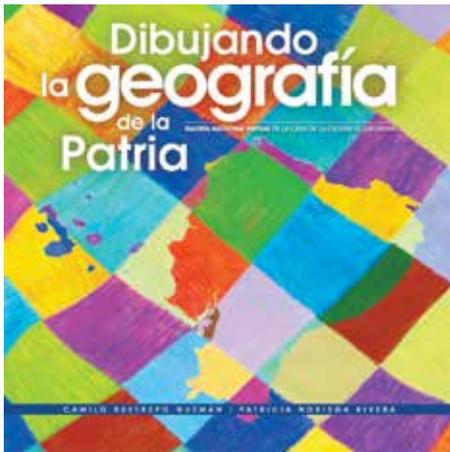
Género: Novela

Editorial: CCE – Núcleo de Loja

Año: 2021

«Marilú Matute es un personaje despedazado moralmente. El arte escénico no la redime, pero le descubre su talento sobrenatural prodigándole la técnica de las señas. *La muda que habla* es una novela que escolta a un tortuoso e intrépido grupo

teatral. Escarba el descontento, la alegría, el egoísmo, el desinterés, la convicción, la flojera, los traumas, los enigmas del delito y de la cárcel, el maltrato de la sociedad a sus parias, el arrojo del arte dramático y la afectación que experimenta un actor en *La última cinta de Krapp*, monólogo de Beckett. Una idealizada entrevista con Fabio Pacchioni, pionero del teatro contemporáneo, encarna lo prototípico de las décadas del sesenta y setenta». SA



Dibujando la geografía de la Patria

Dibujando la geografía de la Patria es el libro de arte en el que participan 24 pintores de las 24 provincias del país, cuyos autores son Camilo Restrepo Guzmán, presidente nacional de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, y Patricia Noriega, directora de Museos.

El libro nace del proyecto Galería Nacional Virtual Dibujando la Geografía de la Patria, impulsado por la Presidencia de la CCE, y tiene como objetivo difundir y valorar la creación plástica de artistas ecuatorianos que delimitan desde sus territorios y realidades, la arquitectura, naturaleza, ritualidad, seres mitológicos, fiesta, simbología ancestral, costumbrismo, pero lo hacen también con contenidos de denuncia ante la inminente destrucción de la naturaleza y los problemas sociales. Tiene varios objetivos: llegar a los hogares del territorio patrio, para que el arte los llene, los libere y les permita aplacar el confinamiento; difundir y valorar la creación de artistas contemporáneos del Ecuador y proporcionar un punto de encuentro para que los artistas plásticos se conozcan y puedan

hablar sobre su trabajo creativo. Se lo hizo en conversatorios que se generaron con todos los artistas participantes y fueron difundidos por medio de las plataformas virtuales de la CCE, YouTube, Facebook, Instagram y Twitter.

Todos estos artistas transmiten sus ideas y sentimientos por medio de códigos y lenguajes de símbolos y signos, que permiten que el observador indague las esferas creativas de su universo y su vida. El artista no se limita únicamente a la representación de la realidad como un espejo. El artista propone, es un ente crítico de la sociedad, y plasma también aspectos ocultos que nacen de su ojo y su mano sensible, porque genera conceptos, propuestas que buscan un mejor mundo, más justo y más noble.

La aceptación del público fue formidable. Todos los artistas superaron las 12 mil visitas. Eso permite comprender que el trabajo que generamos desde la Casa de Carrión tiene una receptividad importante. Según el Presidente, «el propósito de este proyecto es que se mantenga aun después de la pandemia y ojalá después de nuestra ad-

ministración. Las herramientas que nos provee la virtualidad, muchas veces incomprendidas, se vuelven claves para alcanzar fines como éste. Como Casa de la Cultura, estamos buscando la herramienta que permita a la Galería Nacional Virtual anclarse, para que los artistas puedan comercializar *on-line* sus obras que exponen semanalmente».

Como complemento a este proyecto virtual se resolvió plasmar también en un libro el testimonio del trabajo de los artistas de todas las provincias y los Núcleos de la Casa de la Cultura del país. En medio de esa perplejidad, el arte es la única arma que nos queda para devolvernos la ilusión. Por ello, este espacio en el universo virtual, y hoy en un libro, permitirá a la ciudadanía conectarse con la entraña más sensible y poder mirarse reflejados en el espejo creativo de los artistas plásticos a escala nacional.

Pablo Rodríguez,

LA MEMORIA PERSISTENTE DEL ROCK ECUATORIANO



Pablo Rodríguez, investigador, productor, gestor cultural y periodista, fue un testimonio viviente de lo que sucedió dentro de la escena del rock ecuatoriano y mundial. Realizó diversos proyectos periodísticos especializados en rock para prensa, televisión y radio. Fue articulista en las revistas *Historias del Lado Oculto*, *Acero Magazine*, *Revista Q*, *La Barra Espaciadora*, *Cartón Piedra* y *Traversari*. Escribió para los periódicos *Tintají*, *El Telégrafo*, *Hoy* y *Últimas Noticias*.

Fue conductor del segmento de rock en el programa televi-

sivo *Hoy Music*. En radio inició sus actividades en 1999 con el programa *La Luna Negra* (radio La Luna), y dirigió programas radiales como *La Rockomotora* (radio Latina), *Al Sur del Cielo Radio* (Radio Pública de Ecuador), y *Distrito Rock* (radio Distrito FM). Fue director de la revista *Rocker Magazine* y corresponsal en Ecuador de la revista española *Heavy Rock*. Codirector del documental *Tres décadas de rock en Quito* (2010), y productor del disco 'Antología del Rock Ecuatoriano' (2014).

En el campo de la gestión cultural, junto con Diego Brito, recuperó el espacio de conciertos de la Villaflora, y transformó ese lugar abandonado en un afamado festival de rock que se realizó cada 31 de diciembre.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana publicó sus obras *Concha acústica. Cuatro décadas de historia* (2014), libro de investigación

que da cuenta del proceso seguido por el festival de la Concha Acústica de la Villaflora, desde 1972 hasta 2014, y *Charlas de Rock* (2018), el primer volumen de una serie de entrevistas a los más destacados representantes del rock ecuatoriano.

Hernán Guerrero, investigador musical, gestor cultural, en el prólogo de *Charlas de Rock* nos dice: «El rock y la sociedad quedan en deuda con Rodríguez, y no hablo únicamente del aspecto económico; de hecho, siempre está correteando para sustentarse la vida, sino por su exploración crítica del rock popular ecuatoriano, otorgándole así identidad a pesar de tantos avatares encontrados en el camino».

Nuestro querido amigo Pablo Rodríguez falleció la mañana del 20 de marzo de 2021, en el Hospital Eugenio Espejo de Quito.



RADIO
Cultura FM

98 99 100 101 102

100.9

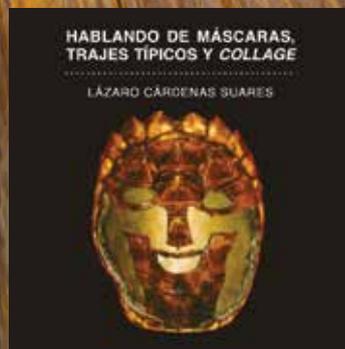
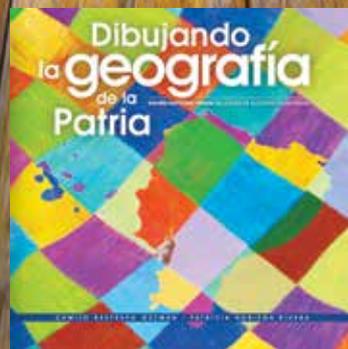
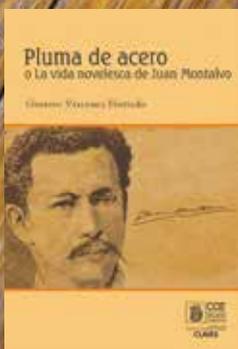
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Librería de la Casa

23
de abril

DÍA INTERNACIONAL DEL LIBRO

NUEVAS PUBLICACIONES



CCE
BENJAMÍN
CARRIÓN

Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión
Avs. 6 de Diciembre N16-224 y Patria
Telf.: 2565-808 Ext. 110

www.casadelacultura.gob.ec

Atención de lunes a viernes de 09h00 a 14h00